

EN EL ESCORIAL



A sé que está descrito mil veces, y por lo mismo me guardaré de hacer la mil y una. Estas grandezas que han recibido el incienso de la admiración universal, tientan menos á mi pluma que las hermosuras ignoradas ocultas en el fondo de un valle, la solitaria cima de un monte ó el rincón de una vetusta ciudad de provincia. Además, en circunstancias ordinarias, yendo al Escorial sin la grata compañía que llevé, mi impresión hubiera sido de tristeza casi lúgubre, casi desesperada.

Por encima de las consolas y los tocadores, andan sembradas en mi país ciertas enormes conchas procedentes de Filipinas, que semejan en lo exterior trozos de jaspe amarillento y bruto, é interiormente tienen la tersura, el color rosado y nacarado, los misteriosos repliegues de una fina oreja humana. Si pegamos la nuestra á la boca de la concha, oímos, primero un zumbido sordo, y después el murmurio solemne, ronco y salvaje del Oceano, ruido que recuerda é infunde la inmensa melancolía de las costas bravas. Pues bien; El Escorial me produce un efecto penoso, análogo al de esas conchas. Zumba y murmura allí el resonante mar de la historia patria: diríase que en cada galería, en cada gigantesco patio, vemos rodar olas colosales que se rompen contra los fríos muros de granito, y que, entre la amenazadora queja que braman, al

caer deshechas en espuma, se alza una voz irritada y doliente, clamando:—¡San Quintín! ¡Lepanto! ¡Pavía! ¡Flandes! ¡Italia... Portugal, Portugal!

Vive El Escorial con una vida ultraterrestre; está habitado, pero por espectros y fantasmas. No importa que no se aparezcan al claror de la luna sobre almenares ruinosos: no importa que la entereza, severidad y solidez del edificio ahuyenten á las pálidas nocturnas visiones; en cambio, á todas horas, hasta á la de más sol y más regocijo, están allí, ceñudas y graves, las sombras de aquellos que no en la nebulosa de la leyenda, sino en la brillante constelación de la realidad histórica, resplandecen en nuestro cielo con luz que los siglos no podrán extinguir. D. Juan de Austria y Felipe II, el excelso bastardo y el Monarca férreo, caminan invisibles al costado de cuantos tenemos la osadía de venir á turbar el postrimer reposo que tan honradamente ganaron... Y el soplo frío que al abrirse la puerta de los panteones nos cruza el rostro, parece el hálito de esos muertos inmortales.

El Escorial—y esto lo nota y dice todo el que lo visita—es el palacio de la muerte; salvadas las diferencias de civilización, de época, de ideal, recuerda los sarcófagos de Tebas y Menfis, el culto de la vida eterna que movió á los egipcios á erigir sus asombrosas Pirámides. Palacio de la muerte, sí; pero de la muerte regia, fastuosa, augusta; de la muerte que reclama la apoteosis, y se envuelve en púrpura y se alza sobre magnífico pedestal de bronces y mármoles. Sin duda, el inglés tocado de *spleen* que bajó al panteón de los Reyes á levantarse la tapa de su escaso meollo, pensaría para sí que no hay mejor sitio de matarse que allí donde la muerte lleva corona y cetro, arrastra manto imperial, habita una maravilla arquitectónica y se rodea de todos los esplendores del arte.

De tal suerte excita la imaginación el poema fúnebre, cuyas estrofas talló Herrera en helado granito, que la inspiración mortuoria se ha comunicado á nuestro siglo, y la obra magna del panteón de Infantes, no terminada todavía, puede competir con el soberbio panteón de los Reyes en grandiosidad y fausto, ya que no en gusto. Hacen, por lo demás, contraste perfecto. En el de los Reyes, la solemnidad del pórvido

oscuro y del dorado bronce infunde respeto y trágica tristeza; en el de los Infantes, la alegre sinfonía de los mármoles blancos, de los rojos jaspes y del oro nuevo, aleja todo pensamiento fúnebre. Y este es acaso el defecto de tan hermoso panteón. Necesita, para enamorar al artista refinado y exigente, la patina del tiempo; que el mármol se rancie y el oro se temple; que los colores vivos de los escudos se armonicen y fundan; que el de D. Juan de Austria, acostado sobre su flamante sarcófago, adquiera esa amarillez suave que transforma en carne humana el busto de alabastro, y que los Reyes de armas que, con su dorada maza al hombro, velan el sueño de tanto vástago de sangre real, lleven los mismos años de hacer guardia que llevan sus modelos en la capilla de los Reyes nuevos de la catedral toledana.

Por lo demás, el panteón de Infantes completa la majestad del gran sepulcro regio, y acaba de dar á la sacra Monarquía hispana un lecho mortuorio digno de su gloria. No cabe duda que Felipe II, al idear esta imponente necrópolis, al levantar este templo, al habitar esta celda humildísima, amueblada con espartana sencillez, fué un gran poeta en acción. Su epopeya no ha caducado; cuando la leemos nos produce aún el escalofrío de lo sublime, como ciertos pasajes de la *Divina Comedia*.

Me ratifico. Si acierto á visitar El Escorial sola ó con gente de esa que quita la soledad y no da compañía, mis contemplaciones se hubieran teñido del color más tétrico. Pero en compañía tan culta y amena como la del Dr. Thebussem, Cárdenas y Álvarez Sereix, con la hospitalidad cordial y el exquisito almuerzo que nos ofrecieron el docto profesor de la Escuela de Montes, Sr. Oliva, y el ilustrado joven Sr. Vélez de Medrano; con la apacible y hasta templada atmósfera de un día primaveral, sorprendente en aquel punto, creo que la persona más hipocondriaca (y yo no lo soy ni mucho ni poco) desarrugaría el ceño entregándose á la satisfacción culta y humana que infunden el buen trato, la amistad, el ingenio y la franca y decorosa intimidad de la mesa.

Mucho se ha hablado estos días del doctor Thebussem; se han contado sus humoradas, sus simpáticas genialidades, sus

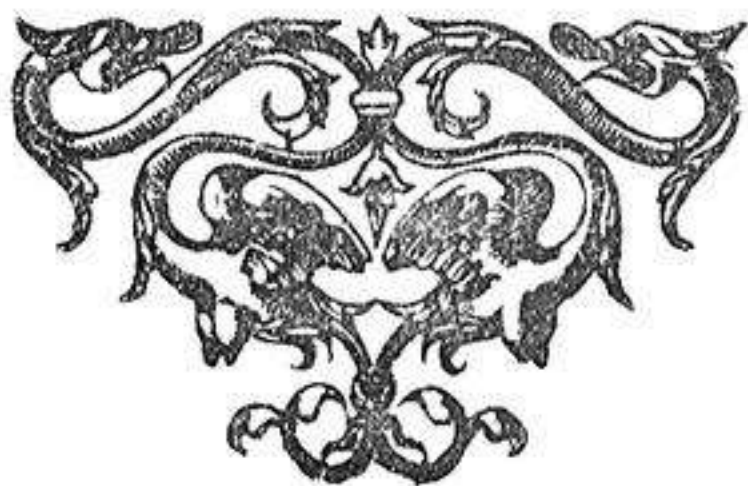
caprichosos pseudónimos, sus graciosas manías de coleccionar martillos y *menus*, lucir el título honorario de una de las profesiones más modestas y penosas, viajar á regiones apartadísimas en busca de dos carneros y escribir con un estilo muy castizo y hermoso sobre las más nimias fruslerías; pero no sé si alguien ha dicho que el doctor, además de ser una de esas curiosidades literarias análogas á otras artísticas, que por lo peregrino de su forma ó lo singular de su labor se guardan en las cristaleras, es uno de los comensales más salados y oportunos que ha creado Dios para bien de los que amamos la discreción y el donaire. Si en el almuerzo del Escorial faltase algo, sería un taquígrafo, para recoger las agudezas andaluzas, los oportunos cuentos, las áticas sales del doctor. Cuando ya íbamos á levantarnos de la mesa, su afición á los *menus* ó *listas de comida* (resuelvan los hablistas cómo debe decirse para no decirlo en gabacho), le sugirió una idea que nos entretuvo infinito. Hizo que los once comensales firmasen todos los once *menus*, encabezando cada uno el suyo con un pensamiento; de estos *menus*, así firmados, sorteóse el mío con gran solemnidad, y los demás se distribuyeron barajándolos antes. Contada así parece muy sencilla la operación; en la práctica puedo asegurar que fué complicadísima, que nos dió tela para solazarnos media hora, y que aumentó, si aumentarse pudiera, el regocijo y la expansión del almuerzo.

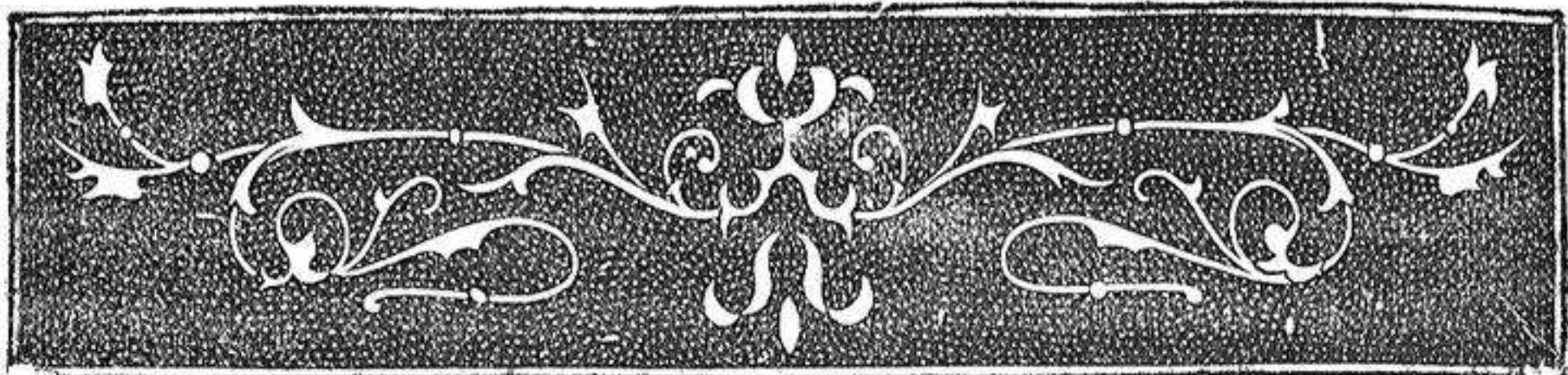
Antes de partir visitamos la Escuela de Montes, instalada en el que fué convento de mi paisana la célebre Sor Patrocenio. Según declaré francamente á los señores Ingenieros—de cuya galantería y agasajos sería poco cuanto pudiese decir—soy la persona más ruda en achaques de mecánica, y todos aquellos niveles y teodolitos, que serán unos primores en su género, no los distingo, si ocurre, de una máquina de coser. Lo que me interesó fueron las secciones de maderas vistas al microscopio, donde adquieren la riqueza de colorido y la maravillosa contextura de metales ó piedras preciosas. Y, en conjunto, parecióme que toda la Escuela está hecha una tacita de plata, científicamente hablando, y que allí se advierte una dirección acertadísima y una inteligencia suma. Esta Escuela, con su excelente maquinaria, sus ricos cuadernos de

botánica, su biblioteca, sus múltiples y raros ejemplares de maderas, su orden y su seriedad, colocada allí á dos pasos del prodigioso Palacio de la muerte, tiene algo de simbólico y convida á decir en tono meditabundo:—Ayer y hoy.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Madrid, Diciembre de 1887.





D. MANUEL IRADIER BUFLY

Y SU OBRA

COMO EXPLORADOR EN EL ÁFRICA TROPICAL ESPAÑOLA (1)

ARTÍCULO I



ESTA la concurrencia y facilidad de la población, »resta saber de qué género de gentes se ha de »poblar, y no parece que hay en esto mucho que »deliberar, por ser tan conocida la industria y aplicación de los vizcaínos al ejercicio de la mar, y fábricas con que se han hecho temer de los enemigos, y con menos con-

(1) Ya estaba en prensa este artículo cuando cierta publicación de esta Corte ha dado á luz una carta del Sr. Osorio, compañero del Sr. Iradier en muchos de los trabajos de exploración á que se refiere el siguiente estudio, haciendo el primero al segundo cargos que ya pertenecen á una triste cuestión personal.

El autor de este trabajo desconoce por completo el fundamento de tales cargos, y sólo ha fundado sus juicios en los hechos relatados, en los datos y en el patriotismo del Sr. Iradier, ostentados en los dos tomos de su instructiva obra.

Fuera de sus páginas, repite, que ignora por completo las razones de tan deplorable disentiimiento entre obreros, ambos meritorios de la nacionalidad española.

»veniencias que otros se aplicarán á hacer este servicio á la »Monarquía» (1). Hé aquí una de las notas que acabábamos de registrar en la biblioteca de la Academia de la Historia en esta Corte, precisamente y en el mismo día que, al llegar á nuestro domicilio, se nos entregaba una obra de dos tomos, en cuyo frontis se lee: *África.—Viajes y trabajos de la Asociación Euskara.—La Exploradora.—Reconocimiento de la zona ecuatorial de África en las costas de Occidente, por don Manuel Iradier* (2).

Atraído en seguida por la cubierta elegante con que se presentan ambos tomos, por la limpieza de su tipografía y el buen papel de sus páginas, púseme á ojearlas, y no pude menos de exclamar bajo el influjo del texto que dejo copiado y que traía en mi cartera de apuntes con bien diferente objeto, cual era comprobar cierto estudio sobre la civilización de Cuba, cuyo segundo tomo ya tenemos en prensa. Si hace tantos años, nos dijimos, que los Vascos ya gozaban de tan aventajada opinión en nuestro Gran Consejo de Indias, para ser conquistadores y pobladores de nuevas tierras en la región americana, Iradier no ha desmentido en la africana la secular propensión de su raza, no sólo para la exploración de aquellos mares y comarcas, sino hasta para la anexión de los nuevos territorios que ha sabido añadir á su patria, como más adelante se verá. Porque, Iradier es, en nuestros tiempos, otro conquistador, si bien distinto de sus antecesores por el modo y la condición con que sólo puede producirlos el siglo XIX.

Sus compatricios se apropiaban mares y tierras, cubiertos con el casco de bacinete y armados de la tizona y el arcabuz. Iradier ya no se ha servido de otro casco que el de fieltro, y no

(1) *Memorial dirigido á los Sres. del Real Consejo de Indias, en Orden á la defensa de las Islas de Barlobento.* Está sin fecha, pero debe ser por los años de 1742.

(2) El costo de esta bella edición ha sido sufragado por el autor y sus amigos, con ayuda del Círculo Vitoriano, la Diputación y el Ayuntamiento de la ciudad de Vitoria, con lo que se atestigua la ilustración y cultura de esta población, una de las más notables de España por su gente tan culta como pensadora y económica.

se ha prevenido con otras armas que con la *brújula*, el *quintante*, el *espectroscopio*, el *microscopio*, el *fotómetro*, las tablas de Mendoza, y las últimas, tan notables del Sr. Vázquez Queipo (1). Iradier, además, no iba á ser el viajero que marcha á satisfacerse en lo desconocido; sino el explorador, el hombre inteligente que, como dice *Larousse*, sabe ya lo que se propone recorrer con anterior estudio, y se proporciona, además de lo indicado, otra porción de objetos de que podía necesitar para formar mejor juicio, ya sobre la materia geológica del suelo que iba á pisar, ya sobre la atmósfera que lo había de envolver; de los mares y ríos que iba á cruzar, y hasta del derecho público é internacional que podría invocar en obsequio de nuestra nacionalidad, y de pueblos que, aunque representados hoy por tribus bárbaras, han de adelantar en su civilización moral, y aumentar nuestra comunicación y comercio. Mas no nos adelantaremos sobre estos resultados, para dar antes algunos antecedentes sobre la individualidad de D. Manuel Iradier.

Iradier es el segundo Vasco que en nuestros tiempos hace honor á un país tan laborioso y viril como el país Eusckaro. Iradier viene á ser la segunda parte de otro intrépido é instruído hijo del solar vizcaíno D. José María de Murga, al que tributamos desde estas líneas el recuerdo que merece aquel libro que nos dejó, de tan rico ingenio, sobre otras partes del África, libro de tanta penetración en su fondo, como de chispa humorística en su forma (2). Este nuestro llorado amigo fué entonces el viajero, que á costa también de sus intereses, de sus peligros y molestias, nos habló de lo desconocido sobre Marruecos. Iradier es el explorador que hoy nos instruye y deleita realizando sus excursiones también por el África en sus costas de Occidente. Uno y otro han sido: viajero el uno, y explorador el otro; y ambos lo han sido por una intuición particular de sus caracteres é ideas. El uno sacrificó á su propensión de inquirir y de viajar, los intereses y las comodidades de la vida

(1) A este nuestro antiguo y respetable amigo lo van doblando los años; pero no la pujanza del dote de su inteligencia.

(2) *Los Renegados.*—*Monografía de una familia próxima á extinguirse y que no fué descrita por Bufón.*

social con que le brindaba la distinción de la familia en que había nacido. El otro, no ha reparado en mermar la modesta herencia que recibiera, y hasta ha sacrificado á las aventuras de su resolución, no sólo su reposo, sino el de otro sér, á quien tanto se llega á estimar en las circunstancias más excepcionales de la vida. Iradier, según el biógrafo que nos ha precedido, de gran competencia para calificar sus trabajos y su reciente obra (1), dice: «que corriendo el año de 1868 y estudiando el cuarto en el Instituto de la ciudad de Vitoria, de la que es hijo, aún no contaba diez y seis años y ya se ocupaba en trazar un pequeño mapa por los países que á su espíritu se le presentaban, y no cesaba de influir con sus jóvenes y más estudiosos amigos para constituir en aquella localidad una Junta ó Sociedad que pudiera apoyar sus proyectos de exploración del África central, moral y materialmente.»

Y sus esfuerzos no se emplearon en vano; que en unión de estos amigos y de otros sujetos no menos ilustrados, ya dieron el sér á una Sociedad, que se nombró la *Viajera*, la que con un reglamento adecuado comenzó á funcionar, repartiéndose en comisiones, cuyos trabajos científicos, todos venían á confluir en el plan de un viaje de *exploración* por la parte indicada.

En 30 de Diciembre de 1872, secundado muy particularmente Iradier con un entusiasmo igual al suyo por los señores Velasco, Urquiola, Irabien, Cano y Leal, ya pudo exponer ante esta primera Sociedad (que cambió su nombre por el de la *Exploradora*) el estudiado proyecto de atravesar el África de Sur á Norte en tres ó cuatro años, con un gasto de 20.000 pesos, según el informe que había precedido á este cálculo, teniendo en cuenta la hidrografía del África Austral, sin perdonar la consulta de un viajero tan afamado como Enrri Stanley, sobre otros detalles de tal expedición; y hé aquí ahora el extracto de la conversación que medió entre este ilustre viajero, á quien ya había tratado Iradier á su tránsito por Vitoria, cuando aquél partía para el descubrimiento del curso del Congo:

(1) Véase en *El Imparcial* de 11 de Octubre de 1887 un artículo tan sentido como erudito, por el Sr. Becerro de Bengoa.

«*Stanley*.—El proyecto de V. es grandioso y realizable y su edad la más conveniente.—*Iradier*.—¿Qué más puede hacer falta?—*Stanley*.—Dos cosas importantes: dinero y dinero.—*Iradier*.—He calculado en veinte mil duros el presupuesto de gastos.—*Stanley*.—Es suficiente, dada la organización que V. da á la expedición; pero, ¿cuenta V. con ellos?—*Iradier*.—Espero que el Gobierno de España y las Sociedades científicas del país me los faciliten.—*Stanley*.—¿Por qué no empieza V. la expedición por el Golfo de Guinea, frente á las posesiones de España?—*Iradier*.—Temo que el clima comprometa el éxito de la empresa, y al pensar así me apoyo en recientes catástrofes.—*Stanley*.—¿Y si no pudiese V. reunir los veinte mil duros que necesita...?—*Iradier*.—Entraría al interior por el Golfo de Guinea, para lo que me basta con veinte mil pesetas.—*Stanley*.—¿Alcanzaría V. el Oceano Índico?—*Iradier*.—No. Mi pensamiento es llegar á los grandes lagos vistos por Burton y Speke.—*Stanley*.—Si V. quiere apreciar un consejo de un viajero africano, realice primero este pensamiento, que después yo le garantizo que encontrará los recursos que necesita para llevar á cabo su gran obra de exploración.»

Iradier fué bastante español para no tomar en cuenta ni aun esta indicación futura, y las Comisiones de la *Exploradora*, por su parte, continuaron comprando libros y discutiendo los medios que mejor podrían facilitar la realización de tan ilustrado como racional pensamiento, cuando ya en 14 de Octubre de 1874 se dirigía el entusiasta y decidido Iradier á sus asociados en estos términos: «*Pongo en conocimiento de la Junta que pienso verificar un viaje de exploración, que costearé yo, por los países inmediatos al Golfo de Guinea, con el objeto de ver el terreno de cerca y adquirir la práctica y conocimientos necesarios que están fuera del cálculo teórico, á fin de poder realizar á mi regreso los pensamientos de la Sociedad, con mayores probabilidades de éxito.*»

Hasta aquí, todo lo extraordinario que va apareciendo en el desarrollo incipiente de esta empresa, no ha pertenecido por completo, como se ve, á Iradier; sino á la ilustración de sus compatriotas y á la especial de los cinco jóvenes, que tanto le

sostenían en sus intentos. Pero si merece consideración este movimiento de tanto vuelo intelectual y geográfico en una población tan retirada del litoral como Vitoria, no menos peregrino va á ser el nuevo acto de Iradier, con que quiso inaugurar la primera serie de sus funciones exploradoras, en el país desconocido á que marchara.

Iradier, antes de abandonar su ciudad natal, asoció su despedida á la única y más rápida felicidad, de que puede disfrutar el hombre en su breve y desengañada vida. Iradier se casó, y su luna de miel (según el vulgo la apellida), quiso pasarla por cierta afinidad de su espíritu por aquellos días, en las Islas de los *Volcanes* ó sea en nuestras actuales Canarias (1), primera etapa á la que podremos llamar bucólica y pastoril, por lo que más adelante se dirá, y que había de formar gran contraste con otras que le esperaban en días menos felices, y entre islas no tan *afortunadas*. Pero no nos anticiparemos á los sucesos. Aquí sólo debemos agregar, que si en nuestro orden social, la aspiración de los más es unir á este período de placida luna el sosiego y la tranquilidad, para no ambicionar sino como uno, cuanto pertenece al egoísmo de dos; Iradier se casó para compartir con su compañera los peligros de la mar, el contraste de los climas, y la sociedad de habitantes bárbaros, bajo jefes árabes de sus dos existencias. Ignoramos si su compañera aceptó la inauguración de su nuevo estado, con igual despreocupación filosófica que Iradier, y con igual científica voluntad. Lo que podemos asegurar es, que recordándole á esta señora, el que esto escribe, tan singular etapa, preguntóle á la vez si quería repetirla, y la negativa absoluta fué su contestación. Es verdad, que cuando todo esto aceptó estaba en la época de los *síes*, y que cuando ahora nos contestaba, estaba en la de los *noes*. Pero sigamos con el Sr. Iradier y el curso de sus viajes, cuando ya los comenzó con su bella compañera.

(1) El propio Iradier ya se hace cargo de las diferentes denominaciones, que han tenido estas islas. Además de las de los Volcanes se han nombrado de los *Gigantes*, de las *Piedras*, de las *Siete hermanas*; y *Canarias*, por los grandes y numerosos perros ó canes, que en ellas se encontraron.

Con tan preciado bagaje, dejó Iradier la ciudad de las mujeres guapas y esbeltas; de los hombres serios; del pueblo que tanto en piedad sobresale; en el que la administración de sus Corporaciones puede servir de modelo; en el que se ostenta el mejor jardín provincial; en el que abundan los cazadores y los paseantes; y en el que, por último, no escasean los chopos y las moscas; pero no la plaga de los pobres, porque su administración de antiguo ocurre á este mal, como se olvida hoy en la Corte (1). Mas como al dar este adiós al hogar de sus mayores, Iradier llevaba á su lado la que más podía embotar este sentimiento, muy pronto saludó entre otras impresiones más agradables, las márgenes históricas del Ebro, tanto más vivas para él, cuanto por ser Vasco, no dudará descender de los que le dieron su nombre.

Bajo influjo no menos propicio, llegó Iradier á las playas andaluzas, y son curiosísimas sus observaciones, sobre los primeros objetos que se ofrecieron á su contemplación por aquella costa. Que al trasladarse á los muelles de Cádiz y al vapor *Africa*, correo de Canarias, se ocupa del patrón de la barca que hubo de conducirlo á este último buque, y describiendo su locuacidad y la doblez con que procuraba el *plus* de su conducción, se expresa de esta manera, haciéndose cargo del contraste que ofrece el marino de esta localidad con el marino del Norte.

«Comprendí—dice—desde el primer momento, que me las
 »tenía que haber con un timador de oficio y ejercitado en los
 »muelles de los grandes puertos del mundo.—No puedo pa-
 »garte ahora—le contesté.—Llevo en el bolsillo una porción
 »de *monedas falsas* entre otras buenas, y aquí sería imposible
 »el separarlas; en el puente del *Africa* hay luz, allí las sepa-
 »raré y te daré los *ocho ó diez* duros que pueda costar el em-
 »barque.—Es una onza, señorito.—Bueno, una onza, esto es
 »cuestión pequeña.—Poco tiempo después llegué al vapor y
 »subimos al puente. Pregunté al mayordomo, primera persona

(1) Desde la Administración foral, está prohibida en Vitoria la postulación pública. Unos alcaldes que llaman de *Pobres*, exigen su cumplimiento, signo verdadero de la civilización de un pueblo.

»que se presentó á mi vista, por una tarifa de precios de em-
 »barque, y me dijo que había una tarifa, pero que regía sólo
 »durante el día. La consulté en la cámara, doblé su importe
 »como si fuera visita nocturna de un médico afamado, y entre-
 »gué el total á mi patrón que empezaba á comprender su ver-
 »dadero estado.—Aquel lobo de mar quedó engañado por
 »segunda vez, pero no se calló como yo esperaba, sino que
 »se desató en denuestos y palabrazas, siendo desembarcado,
 »casi á viva fuerza, por dos ó tres marineros catalanes del
 »vapor.—Sin embargo haré justicia; la gente de muelle es en
 »todas partes lo mismo, el tipo andaluz, su locuacidad y su
 »gran imaginación le hacen más hábil para el engaño. Como
 »marinos intrépidos y entendidos, sólo tienen rival en los del
 »Golfo Cantábrico.—Pero existen entre ambos diferencias
 »muy marcadas.

»El marino andaluz, por su carácter heredado de los inva-
 »sores de nuestra Península y formado más tarde en un clima
 »templado y bajo un cielo siempre sereno, por el hábito cons-
 »tante de ver una mar tranquila y serena, rizada apenas por
 »olas juguetonas y alegres como las deliciosas playas donde
 »van á morir, no teme á la mar. En las playas de Andalucía
 »todo sonrío, y esta sonrisa se traduce en el rostro del mari-
 »no, en su carácter, en su traje, en sus embarcaciones.—Sen-
 »tado en el bote se mece en las aguas y el murmurio de las
 »rizadas olas y el gemido de la agradable brisa, le invitan
 »constantemente á lanzar alegres cantinelas llenas de pasión
 »y de armonía.—No busquéis nada de esto en el Cantábrico.
 »El oscuro y abrupto acantilado, el mugido del mar, un cielo
 »plomizo y amenazador, dan al cuadro un carácter de subli-
 »midad que nada tiene de poético.—Aquí no canta el marino
 »ni se mece en las olas.—Calla y lucha, y por esta circuns-
 »tancia no mira con cariño á la mar, la teme. Convencido de
 »que toda su experiencia es inútil para conocer los cambios
 »de tiempo, nunca está tranquilo y recela siempre una trai-
 »ción de las olas ó una venganza del cielo.

»El rostro de un viejo timonel es la impresión exacta, el
 »retrato fiel de la naturaleza de los mares que ha frecuentado.
 »Los ojos que constantemente acechan la ola, la miden y estu-

»dian sus intenciones sin llegar nunca á conocerlas, no pueden
 »menos de expresar la vacilación, la intranquilidad y la duda.
 »Este sello característico se encuentra en la mirada de los ma-
 »rinos del Cantábrico.—Unos y otros son intrépidos hasta la
 »temeridad, y poseen un valor á toda prueba, hijo en unos de
 »la costumbre de triunfar en la lucha con el Oceano, nacido
 »en otros de la confianza en Dios.»

Por este trozo, que sin escoger presentamos, de las hojas del primer tomo de la obra de Iradier, ya podrán formar mis lectores, aparte de su fondo, la aproximada idea de su valor. Observador social unas veces, naturalista otras, español siempre, no es ampuloso, ni pretencioso en sus relatos, ni desfigura los hechos buscando el efecto novelesco de la escuela actual, que desnaturaliza todos los hechos del pasado y apenas deja fe para creer los del presente. Serio y reflexivo como son los hombres del país de su nacimiento, en la misma naturalidad de lo que examina, está la fidelidad de lo que observa, inspirándose en los sentimientos del ciudadano honrado, y del hombre observador y sensible. El que esto escribe, que es andaluz por nacimiento, y hombre del Norte por las simpatías que siempre á los vascos ha rendido, no puede menos de reconocer la fidelidad del cuadro vivo que aquí Iradier nos presenta.

Ya se encontraba embarcado contemplando á popa con cierta delicia el movimiento de las olas sobre las que se deslizaba su buque con rumbo á Tenerife, cuando el pueblo de los *Atlantes* y la célebre *Atlantida* que lo perpetúa, vinieron á ocupar su pensar y sus recuerdos. Bajo éstos, no pierde momento para escribir en su diario las reflexiones que sobre tal suceso se le agolpan, según lo entendieran los egipcios, los atenienses, Platón, Plinio, y escribe por conclusión, lo siguiente: «Todos estos datos inducen á creer que la *Atlantida* »estuvo situada en el hueco comprendido entre España y las »costas de África y vis-á-vis del Estrecho de Gibraltar. Si al »hombre le fuera posible soportar las presiones enormes que »se ejercen en el fondo de los mares, bien pronto denodados »exploradores sacarían del lecho del Oceano un pueblo que »fué; por ahora no hay más recurso que la sonda, y me voy á

»permitir echarla por estos parajes;—¡2.000, 3.000, 4.000,
 »5.000... metros!—¡Una legua de agual Sin embargo, yo me
 »acuerdo que Platón daba á la isla 3.000 estadios, y que dice
 »se sumergió en una sola noche. El estado actual de la ciencia
 »no permite creer en la desaparición de una tan considerable
 »cantidad de tierras en tan pocas horas sin admitir un cata-
 »clismo horroroso, un desquiciamiento estupendo, una rotura
 »de la corteza terrestre, una lucha titánica entre el agua y el
 »fuego, de la que, resultando millones de millones de metros
 »cúbicos de gas, hicieran saltar en mil pedazos la patria de
 »los *Atlantes*. Si esto fué cierto, ¿qué de extraño tiene que la
 »isla quedase á 4 ó 5.000 metros bajo las aguas, si esta dis-
 »tancia es sólo 0,01 de su longitud? Además, cuando la su-
 »perficie de la tierra queda herida, ésta tiembla, lucha, se
 »hiende cientos de veces; sólo se cicatriza después de muchos
 »siglos. El mar Atlántico conserva huellas de este cataclismo.
 »La tierra se abrió, el mar y los restos de la *Atlantida* inva-
 »dieron la región del fuego: éste luchó con energía, fundió las
 »rocas, las tierras, las ciudades; el agua silbó declarándose en
 »torrentes de vapor, atacó de nuevo la brecha, el fuego invadió
 »el fondo de los mares que se deprimía más y más, las co-
 »rrientes de lava fueron sorprendidas y petrificadas, se amon-
 »tonaron unas sobre otras, se deshicieron miles de veces para
 »formarse de nuevo, y á través de los siglos, después de tanto
 »luchar y de tanto rugir, un montón de escombros y de ceni-
 »zas fueron elevados sobre las aguas por un postrer suspiro de
 »la corteza terrestre. El aire, la luz, la humedad trabajaron en
 »ellos, las leyes divinas se cumplieron y el vegetal nació, nació
 »también el animal, y más tarde el Rey del mundo, el hombre,
 »fué allí á cumplir su misión de lágrimas de amor y de ventura.
 »Estas son las Canarias, la Madera, las Azores, la Salvaje y
 »las rocas Pavía. No busquéis la *Atlantida* en los parajes
 »hollados por el hombre: si ella existió, sus restos han des-
 »aparecido: si sólo fué un ensueño de Platón, ¿á qué volver á
 »tratar de ella?...»

Iradier arribó á estos restos que de tal catástrofe nos quedan,
 haciendo parada en la ciudad de las Palmas. Aquí tomó una
 casita de campo, en donde se instaló, proponiéndose una acli-

matación gradual para su físico, y una necesaria preparación para el ensayo de los instrumentos y la práctica de los métodos y fórmulas que había de emplear en sus observaciones, si su permanencia en África se prolongaba más allá del año siguiente. Él nos describe cuántos fueron estos métodos y estas fórmulas, las rectificaciones de su quintante, y los diferentes medios de averiguar la variación magnética, no dejando de llamar la atención cómo un hombre solo, con reducidos recursos, tuvo bastante constancia para poder después multiplicar tanto sus notas astronómicas, geológicas, zoológicas, botánicas, mineralógicas, etnológicas, barométricas, higrométricas, termométricas, atmídométricas, pluviométricas, heliométricas, ozonométricas y nefeloscópicas; pero no necesitaba menos de este anticipado caudal, si había de salir bien de su campaña científica.

Iradier dejó al fin su casita campestre, nido primero de sus amores, cuyo dibujo contemplamos en sus páginas, piedra miliaria que iba á dividir la vida normal y risueña que dejaba entre los blancos, con la anormal, aventurera y peligrosa que ya le esperaba entre los negros.

El 24 de Abril de 1875, ya emprendió Iradier desde el muelle de Las Palmas en el vapor *Loanda* este su nuevo rumbo hacia la región africana y Costa de los Granos. Desde aquí comienzan sus aventuras y el principio de sus episodios, los que comenta, á veces con gravedad filosófica, sin privar al diálogo de la sencillez de su verdad. Hé aquí el oportuno que sabe presentar en las páginas á que nos vamos refiriendo, cuando es su intento señalar los contrastes que presentan las dos razas de blancos y negros. Iradier pinta este cuadro encontrándose ya sobre la *Costa de Oro* y de los *Esclavos*, dejando atrás la del Marfil y la más prolongada de Liberia y Tierra Leona, habiéndola principiado á recorrer desde Cabo Verde.

«Cuando el hombre de raza blanca—escribe—se dedica por completo á trabajos corporales constantes en los climas cálidos, enferma. Está probado hasta la evidencia que el ejercicio brusco de los músculos, debilita de una manera extraordinaria, siendo esto causa que predispone al desarrollo de las fiebres intermitentes. Por este motivo los buques que reco-

»rren la Costa de África, haciendo multitud de escalas en
 »puertos insalubres, en la desembocadura de los ríos, donde
 »el agua salada está en mezcla con la dulce, toman al llegar á
 »la Costa del Kru, una tripulación negra que se dedica a las
 »faenas penosas de á bordo, como son el baldear la cubierta,
 »la carga y descarga de las mercancías y el servicio de botes.
 »Generalmente estos tripulantes negros son krumanes de Li-
 »beria ó de la Costa del Marfil, y llevan en sus frentes el signo
 »de su redención que consiste en una marca negro-azulada.==
 »Son altos, fuertes, sobrios y trabajadores; su color es más
 »bien bronceado, predominando en algunos de ellos un tinte
 »amarillento característico. El desarrollo de sus músculos es
 »tal, especialmente el del *biceps*, *triceps* y los *pectorales*, que
 »da á su conjunto un aspecto varonil digno de ser copiado
 »por un hábil pintor.==Desde el momento que la tripulación
 »blanca es relevada de todo trabajo penoso, varía completa-
 »mente la vida á bordo. El marinero inglés descansa y comer-
 »cia, fuma y habla con sus colegas de otro color. El kruman,
 »palabra inglesa que significa *hombre del Kru*, recibe por todo
 »alimento un puñado de arroz y un trozo de tocino; pero en
 »su afición á fumar y á poseer objetos de la industria europea,
 »cambia á la gente de proa mil cosas que trae en su caja ó en
 »su maleta por tabaco, por un organillo, por un pañuelo ó
 »por una pipa.==Cuando el buque navega lejos de las costas,
 »el kruman habla con la marinería inglesa, pregunta constan-
 »temente por satisfacer su deseo de conocer los progresos de
 »la industria y sueña con Europa, país que ante sus ojos se
 »presenta como un paraíso de felicidades cuajado de maravi-
 »llas sorprendentes.==Pero cuando el buque fondea junto á la
 »playa, el kruman se anima bajo el sol de fuego, sus múscu-
 »los se dilatan, y entre el humo de las maquinillas, los ruidos
 »de las poleas y los gritos de los pilotos, se dedica á las ope-
 »raciones de la descarga con febril entusiasmo cantando sin
 »descanso, sin que el rudo trabajo, ni el copioso sudor que da
 »brillo á sus carnes, sean suficientes á debilitarlo; y cuando
 »uno que se ha distinguido, recibe en premio una galleta ó un
 »trozo de carne, convoca á sus compañeros y reparte entre
 »ellos, con una galantería que nosotros desgraciadamente no

»conocemos, el obsequio que acaba de recibir. Esta unión fra-
 »ternal sería calificada como estúpida por la marinería blanca.
 »La conducta contraria, según ellos, es la indicada por el siglo
 »en que vivimos. El objeto es engañar á todo el mundo, desde
 »el Capitán, hasta el Contraamaestre, desde el piloto al cocinero
 »=Cuando el mar está tranquilo, cuando el puerto está
 »lejano y no hay á bordo ningún trabajo, se reúnen marineros
 »blancos y marineros negros. La mira de los primeros es
 »el engaño y la especulación; la de los segundos es sacar el
 »partido posible de su astucia.=Juzguemos por estos diálogos:
 »—¡He! ¡Kruman! ¿Deseas venir á Liverpool?—Sí iría,
 »pero no quiere el Capitán.—Eso no importa, el Contraamaestre
 »es primo mío y permitirá que te lleve sin necesidad de
 »que sepa nada el Capitán.—Pero si me coge á bordo después
 »que hayan desembarcado mis compañeros, me dará
 »cincuenta palos.—No. Es imposible. El Capitán nunca se
 »acercará á nuestros camarotes. Además, en ellos ya sabes que
 »tenemos muchas cajas que de vuelta á Inglaterra van vacías;
 »por lo tanto, en caso necesario, te meteríamos en una. Yo te
 »daré de comer cuanto quieras, y al llegar á Liverpool te llevaré
 »á mi casa, y mi familia te enseñará toda la población
 »que es más grande que media Costa de África; verás los ferrocarriles,
 »las fabricas de telas, de armas, de pólvora; verás casas enteras
 »más grandes que este barco, iglesias inmensas y cosas que ni siquiera
 »has soñado. Allí tendrás todo lo que te se antoje, y cuando nos
 »toque regresar, te embarcaré y volverás á tu país con las cajas
 »repletas de curiosidades.—Yo ya quiero ir, pero el capataz es preciso
 »que lo sepa, pues lo demás me echaría de menos al desembarcar.—
 »Bueno y hablaré al capataz en reserva. ¡Thom! ¡Thom!—El capataz,
 »hombre atlético, se presentó.=He pensado—continuó diciendo el
 »marinero inglés—llevar á Mabruki á Liverpool, sin que lo sepa el
 »Capitán...—¡Ah! Yo conozco á los blancos hace mucho tiempo;
 »á mí también me llevaron á Liverpool una vez, pero Mabruki no va
 »sino con una condición, con la de que su caja quede en mi poder.=
 »Habiendo interrogado á Thom, el capataz de los krumanes, sobre las
 »intenciones del marinero inglés, me dijo:—Mabruki tiene en su
 »caja mucho

»marfil. Nosotros los *morenos* somos muy malos, pero tam-
 »bién es cierto que los blancos nos enseñan á serlo.—Parece
 »á primera vista que el kruman es mucho más fuerte que el
 »europeo, y sin embargo, no es así. Yo he visto en diferentes
 »ocasiones muchos juegos de fuerza y agilidad, y en todos
 »ellos han salido triunfantes los marineros ingleses, cuyos
 »músculos estaban mucho menos desarrollados que los de sus
 »contrincantes los negros. Esto tiene su explicación sencilla:
 »el clima, los miasmas y los alimentos, influyen de tal modo
 »sobre el africano, que debilitan su constitución hasta el pun-
 »to de hacerla muy poco resistente. Por eso dicen los ingleses
 »que los negros tienen *carne de caracol*. Un rasguño, una ro-
 »zadura insignificante en un negro, es un accidente grave que
 »termina con calentura y con la formación de una úlcera; y
 »una enfermedad seria, lo mata con prontitud, mientras que el
 »europeo resiste perfectamente todos estos accidentes gracias
 »á la naturaleza de raza, á los alimentos, á su género de vida
 »y á la civilización de la sociedad en que ha nacido y que le
 »brinda constantemente con dones, comodidades y recursos.»

Con este cuadro de tintas tan vivas, y que tiene por fondo este diálogo tan fiel entre negros y blancos, con que Iradier ha querido reflejar sus pensamientos al encontrarse ante las verdaderas puertas del África central, bien nos prueba, que la naturaleza de raza y su inferioridad en el negro, siempre marcará, respecto á la superioridad del blanco, una transcendental distancia. Bien hacen la religión y las Sociedades abolicionistas en trabajar por acabar de romper las cadenas del negro y la afrenta de su esclavitud; pero jamás alcanzará esta raza un progreso social, debido á sí misma, á su propia inteligencia. Y su desgracia es doble: porque cuando el blanco invade la tierra del negro y le descubre el mayor campo de sus ideas, es, como decía el capataz á Iradier en el diálogo que acabamos de copiar, para inficionarlo, para que el negro pierda la buena fe del salvaje, y no trate sino de superarle en el arte de los engaños. No pertenece, por cierto, el negro, á otra especie distinta de la nuestra, y creemos religiosa y científicamente en la unidad de la especie. Pero sin descender á los resultados de la anatomía, sus caracteres exteriores quedan por muy bajo de los del blan-

co. Siglos y siglos han pasado sobre esta raza, y después de tanto tiempo transcurrido y á pesar de haber estado en contacto con la Egipcia, con la Cartaginesa y Romana, su estado interior es el mismo. «El esqueleto de un negro, dice el doctor Van Ewrie, de Nueva York, está de tal modo formado, que si se colocase sobre él la cabeza de un europeo, no podría conservar su equilibrio. Resulta, pues, añade, que los filántropos que pretenden elevarle al nivel de su propia inteligencia, sólo conseguirían hacerle incapaz de guardar la posición vertical.» Y en efecto: sólo así se concibe cómo en los campos de Cuba hasta la extinción de la esclavitud, haya podido estar poblada de ingenios, y estos, con dotaciones unos de más de *ochocientos*; y otros hasta con *mil* negros, solo al mando de un hombre blanco y dos ó tres capataces de color, sin que se les ocurriera romper su sumisión, á no estar estimulados por blancos ó mulatos, cual hubo de suceder en Santo Domingo, durante el hervor de la Revolución francesa y sus fanáticos principios! ¡Cinco siglos pedía el último Presidente de la República Liberiana, para preparar la ilustración del continente africano! Cinco siglos (1)... Pero volvamos á Iradier.

Seguía éste por las costas del Gambia, y no se ocultó á su atención la riqueza especial que ofrece esta región con su árbol *Kola acuminata*, cuya descripción nos hace, enterándonos de los mercados de este fruto, comestible para sus habitantes, y que tiene además el bien de purificar las aguas corrompidas, tesoro higiénico que debían tener á la mano todos los Ediles de nuestros buenos Ayuntamientos, incluso el de Madrid, si los suyos de estas cosas se ocuparan más allá de la gran vía, su *maná* futuro.

Con las tierras del árbol de la *Kola* y su sol de fuego, dejó también Iradier á sus espaldas las de la Liberia y su Repúbli-

(1) M. Blyden, representante que ha sido de la República Liberiana en Inglaterra, en su libro publicado en París, *África para los africanos*, dice: «Jamás podréis hacer nada en África sin el trabajo forzado. Si la civilización blanca quiere á todo costa imponerse en África, que se sirva de los negros cristianos. Que se nos den solamente cinco ó seis siglos, y probaremos que no somos una raza inferior.»

ca negra, en donde se entierra, pero no se aclimata, la semilla de la civilización. Echa sus miradas más adelante sobre los establecimientos, que de otro orden vienen en seguida, franceses é ingleses, sobre la costa de los Dientes y de los Esclavos, de tan desagradables recuerdos estos últimos, y prosiguiendo su navegación hacia Oriente, preséntasele una aldehuela (Whyda), de techos pajizos sobre una playa monótona, la que así describe: «A la vista de aquella población raquítica y, »pase la frase, al contemplar aquel mar agitado y lleno de peligrosas barras, al fijarme en un cielo gris y uniforme, la tristeza se apoderó de mí, oprimiéndome el corazón. ¿Era un »efecto puramente psíquico ó material?—pregunté al barómetro,—y el fiel aparato me respondió diciéndome, que la presión atmosférica era la ordinaria, y que mi sistema circulatorio no estaba, por lo tanto, alterado, por falta de atmósfera »suficiente. El electrómetro no acusó la presencia de grandes »cantidades de electricidad, y el ozómetro, por fin, reveló »una gran pureza en el aire que respiraba.»

Ya por el mes de Mayo dejaba Iradier los mares de Whyda cuajados materialmente (según él dice) de tiburones. El 14 de este propio mes, seguía su navegación con rumbo á Fernando Póo, y al siguiente ya pudo distinguir entre la bruma un trozo de tierra que debía formar parte del *Delta*, del mar llamado *Niger*, según se expresa, y hé aquí su relato: «No »pude menos que mirar con horror aquel país de desolación. »Allí se extiende una selva inmensa que cubre extensas sabanas de aguas cenagosas procedentes de ríos sin cauce; allí se »encuentran leguas y leguas de terreno cubierto de inmundo »lodo, bañado á temporadas por las aguas del mar ó por las »de los ríos; una humedad perniciosa brota por todas partes »á impulso de un calor sofocante, y produce entre las capas »del triste y oscuro manglar la niebla funesta que se conoce »con el nombre de *mortaja de los europeos*. Ningún sér humano ha osado atravesar por esas regiones llamadas por los »africanos *países de los espíritus malditos*, sólo las enormes »serpientes y los repugnantes cocodrilos pueden respirar impunemente aquella atmósfera saturada de miasmas deletéreos. La historia de las expediciones africanas cuenta con sus

»páginas más terribles en los viajes verificados por estas re-
»giones, y son pocos los denodados exploradores que han
»escapado á los funestos efectos de este clima, después de
»haber dejado en sus itinerarios un rosario de cadáveres. A
»las tres y media de la tarde se desencadenó un furioso tor-
»nado acompañado de truenos, relámpagos y rayos; el viento
»circular era tan fuerte que hacía pasar por encima de nues-
»tras cabezas jirones de negras nubes arrastradas con una ve-
»locidad indescriptible; por otra parte, el celaje se hallaba tan
»bajo que los truenos no eran continuados y repetidos, sino
»que producían un solo y formidable estampido. La cubierta
»baja del buque quedó desierta, y sólo en el puente se halla-
»ban el timonel y piloto, que cubiertos con impermeables,
»descalzos y agarrados á la rueda, resistían los ataques del
»huracán. Desde una de las ventanillas de mi camarote dis-
»tinguí á la tripulación negra acurrucada bajo el castillo de
»proa y observé que se había colocado los *gris-gris* ó amule-
»tos para preservarse de los efectos de los rayos. El *Loanda*
»se batía contra el mar y contra el viento con majestuosa
»valentía, balanceándose pesadamente, vomitando torrentes
»de humo negro, embistiendo con su atrevida proa á las
»olas que lo asaltaban, seguía la marcha y el rumbo á im-
»pulsos de sus crujientes músculos de acero que azotaban
»el mar produciendo remolinos de blanca espuma. La oscuri-
»dad fué haciéndose más profunda y era ya de noche comple-
»ta cuando cesó la lluvia, se alejaron los truenos y cedió en
»fuerza el viento. El sol de 16 de Mayo iluminó uno de los
»paisajes más bellos que he visto en mis viajes. En el hori-
»zonte de un mar azul y tranquilo levantábanse dos enormes
»montañas, cuyas agudas cimas se hallaban coronadas de
»fajas de nubes ostentando variados colores; los flancos de
»aquellas elevaciones eran á primera vista distintos. El anteojo,
»amigo inseparable del que viaja, me hizo observar en una de
»ellas, rocas abiertas y rasgadas, quebraduras, simas, multitud
»de cráteres y conos; en una palabra, un paisaje lunar, aque-
»lla montaña que tantas señales tenía de haber sido trabajada
»por Vulcano, era Camarones; la otra que no presentaba
»tantos accidentes, pero que la vegetación la inundaba hasta

»su blanca calva, era Fernando Póo. Algo de grande y de
 »imponente había en aquel magnífico cuadro de la Naturale-
 »za parecido en parte al que presentan las islas Canarias. ¡Qué
 »pobres, qué desoladoras me parecieron entonces todas las
 »tierras africanas que habíamos bordeado! A medida que nos
 »acercábamos á la isla, apreciaba más sus encantadores deta-
 »lles, y cuando al entrar en la bahía de Santa Isabel, impor-
 »tantísima por su extensión, y bella por su aspecto, descubri-
 »mos la población, no pude contener un grito de entusiasmo
 »al contemplar aquellas preciosas casitas blancas rodeadas de
 »verdes palmeras, sobre las que ondeaba el pabellón de Es-
 »paña, el mismo que se ha desplegado en todos los mares y
 »continentes desconocidos. En aquel momento se encontra-
 »ban á mi lado el médico de á bordo y uno de los pilotos, y
 »me confesaron no existir en toda la costa occidental de Áfri-
 »ca un paisaje tan pintoresco como el de Fernando Póo. La
 »isla Española, me dijeron, es una medalla de oro y piedras
 »preciosas, sostenida por una cinta verde que la forma el li-
 »toral de las dos Guineas. Es una joya, les contesté, que
 »VV. han codiciado muchísimas veces.—Y aún la codiciamos,
 »pues bien sabe que hemos tratado de cambiarla por Gibralt-
 »tar.—Gibraltar ha sido, es y será plaza española, que no
 »puede cambiarse...—Pero puede venderse...—Lo único que se
 »puede hacer, es devolverla como se devuelve un objeto sus-
 »traído, es decir, del mismo modo que nos devolvieron us-
 »tedes esta isla que tenemos enfrente.—Hoy no cometeríamos
 »semejante tontería.—Pues señor mío, aplazo á V. para tiem-
 »pos venideros, y mientras tanto, le suplico no insista más
 »sobre este asunto enojoso.» En esta descripción, como se
 ve, hay facilidad, buen pincel y mucho patriotismo.

El cañón de á bordo con que saludaba el *Loanda* su llegada á Santa Isabel, puso fin á la anterior conversación, que á poco fué también seguida entre el explorador Iradier, el Gobernador y el Secretario del Gobierno de esta Isla que lo felicitaban, por poner salvo sus piés en aquel suelo. Iradier les expuso el objeto de su viaje, de cuyo fin tan desinteresado se admiraron, y ofreciéronle una carta de recomendación para el reyezuelo negro de Corisco, *Conyenamango*, y demás guerreros que

debían acompañarlo en sus exploraciones del interior, porque allí, donde se produce la caña de azúcar, el algodón, el café, el cacao, la canela y maderas tan preciadas como la *techa*; aquella Isla sigue casi en el mismo estado que cuando los portugueses la descubrieron, aparte de los millones gastados en aquella bahía por nuestra última colonización en el reinado de Doña Isabel II.

Iradier dejó este puerto de Santa Isabel, haciendo rumbo al río Camarones por entre repetidos bancos de arena, haciendo éstos variar tanto al timonel la dirección del buque, que la brújula giraba sobre su eje cual si estuviera loca, según la expresión viva de Iradier. Aquí fué donde sintiera por primera vez el frío en tales mares africanos, y en donde sorprendidos por la noche en tan difícil travesía, no pudieron menos de anclar hasta esperar los rayos de la luz del nuevo día, y hubo de entretener alguna de sus horas con otra conversación que nos transmite, conversación que hubo de sostener con un pasajero portugués, en cuyo diálogo se destaca la protesta y el disculpable encono de todo portugués contra la Gran Bretaña, protesta y encono que repiten otros muchos pueblos, por el abuso con que la fuerza material de esta nación y su egoísmo han querido aplicarlo á los demás. Entusiasta partidario este pasajero de la unión ibérica, bello ideal de nuestros lejanos horizontes, como lo ha sido en los presentes la unión de Italia para el complemento de su conjunto nacional; hé aquí lo que este pasajero decía á Iradier:—«¡Infeliz nación! Nosotros hemos »sido cien veces más grandes que tú, hemos cumplido desti- »nos más vastos y misiones más grandiosas; pero así como »cuando fuertes respetamos, cuando desgraciados nos respe- »tan. El día de la bancarrota llegará; la raza india no desapa- »rece de tus colonias como la negra, y la raza india posee la »caja de Pandora, que una vez abierta..., adiós de tus escua- »dras poderosas, adiós de tu influencia marítima. Las nacio- »nes en masa te harán pagar muy caro los ultrajes que les »inferistes y arrojarán en tus estériles islas puñados de sal, »para que en ellas desaparezcan hasta los últimos seres de la »escala de la vida.» ¡Disculpables desahogos, cuando las injusticias se han sentido tanto!...

Al siguiente día, el *Loanda* levantó anclas, y siguiendo su marcha á cada paso angulosa y ondulada, las volvió á echar en cuatro brazas de agua, según señalaba el escandallo por este canal, uno de los más preferidos. Los negros de este punto, llamados Cámara y Camarones, son muy fieros y hasta caníbales. Las orillas del río Camarones son bajas, cubiertas de interminables manglares, los que encajan su grande y majestuoso curso. La fisonomía particular y geológica del monte *Camarones* nos la representa Iradier en una de sus láminas, y es de las más raras por su perspectiva, pues presenta una serie de conos truncados volcánicos, que parecen representar el conjunto de un campamento de tiendas de campaña. Iradier, por último, deja su lápiz, y tomando la pluma, describe el paisaje que le rodeaba, de esta manera: «Al siguiente día, 18 »de Mayo, emprendió el *Loanda* su marcha momentos antes »de salir el sol, y entró en el majestuoso río Camarones, cu- »yas orillas bajas y cubiertas de manglar eran dominadas por »nubes teñidas de color de rosa por los rayos de la luz na- »ciente.—A las ocho nos detuvimos enfrente de las factorías »europeas del río, sobre las que ondeaban los pabellones de »Francia y Alemania. Cinco pontones ó almacenes flotantes »de toda clase de baratijas se encontraban anclados en las »aguas.—Los negros del Camarón revelan en su fisonomía »bastante inteligencia y denuedo; la depresión de sus sienes »es pequeña y son industriosos y trabajadores. Muchos de »ellos vinieron á bordo para vender jaulas, marfil, ébano, de- »fensas del pez-sierra y de elefantes, plátanos, monos, coto- »rras, etc., etc.—Ni la más leve brisa alteraba la absoluta »quietud de la atmósfera, ni la más imperceptible nube man- »chaba el azul oscuro del cielo; en medio de aquella calma »profunda derramaba un sol de fuego sus abrasadores rayos. »Nunca había sentido calor tan sofocante; no era aquel calor »de esos que *cuecen* y que producen la transpiración, sino de los »que se *pegan*, de los que *tuestan*, evaporando el sudor antes »de que asome á la piel. Los pilotos y marinos encargados »del desembarco de mercancías tomaban contra el sol precau- »ciones que habían creído inútiles en la tórrida Senegambia, »y la misma tripulación negra se sentía perezosa y agobiada.»

No podemos seguir: engólfase desde aquí Iradier por sus grandes exploraciones en el país del *Muni*, objetivo primordial de sus estudios, y ya no podemos continuar analizando el diario de sus manifestaciones, porque son tantas, tan variadas y fecundas, que su continuación sería formar otro segundo tomo como el que presenta la obra del Sr. Iradier. Pero en ella queda, para los hombres de estudio que la procuren, los accidentes peligrosos de que deben precaverse otros de sus sucesores, teniendo presente los acaecidos á Iradier. En sus páginas se refiere hasta dónde alcanza la fuerza de los elefantes, reunidos en bandas por aquellas seculares selvas; los recursos con que brinda aquel país, cuál es el artículo de sus gomas; cuáles sus leyes y su justicia de bárbaro instinto, y cuánta no fué la robustez de físico de su autor para afrontar la influencia del clima, las contrariedades de la tierra y hasta la carencia de sus reglados alimentos. Pero llegaron sus últimos días, y á las penalidades del físico sucedieron las morales, los dolores del alma, crueles como ningunos para el hombre del hogar, para el probado Vasco, que perdiendo por aquella zona el primer fruto de sus amores, no tenía ni aun el consuelo de sepultar sus restos en la querida tierra de sus padres, entre cuyos sufrimientos, así se expresa:

«Yo creía—dice—que al salir del país del Muni había pagado sobradamente á esta África misteriosa el tributo que todo europeo está obligado á satisfacer; pero no fueron suficientes por lo visto, ni las privaciones de todo género, ni los malos ratos, ni la ansiedad y angustia constantes, ni las enfermedades de todo género que padecí.—Cuando llegué á Fernando Póo, quemado del sol, demacrado, destrozado, tembloroso, creía que había terminado la época de sufrimientos y comenzaba la de compensaciones, pero me convencí, una vez más, que el infortunio está emboscado en este maldito país y sale al encuentro á cada momento.—Sesenta y seis ataques de fiebre sufrí en Santa Isabel; treinta y siete mi esposa; diez y seis mi cuñada, y quince mi hija nacida en Elobey. Mi casa fué un hospital y muchas veces nos encontramos todos postrados en cama en un mismo día. La alegría había huído, el silencio vino á reinar por completo, la

»anemia hacía progresos. Ya no veía fisonomías animadas,
»rostros alegres; la sonrisa había sido sustituida por la melan-
»colía..., la muerte nos amenazaba y fué preciso tomar una
»determinación seria para evitar un desenlace fatal.—No en
»vano había estado sufriendo mojaduras constantes, acam-
»pando á la intemperie, durmiendo sobre los pantanos, des-
»calzo, privado de alimento sano y nutritivo, bebiendo aguas
»corrompidas, envenenado dos veces, atormentado por los
»mosquitos, respirando los miasmas de una atmósfera ardien-
»te y deletérea, bajo la acción enervante de la fatiga y de las
»pasiones deprimentes.—Puedo dar gracias á mi excelente
»constitución y á la extraordinaria resistencia de mis órganos,
»admirada por los alemanes é ingleses que me vieron en Elo-
»bey y fueron testigos de mis campañas.—Pero todos estos
»sufrimientos eran poco aún, y me quedaba por sufrir el tor-
»mento más cruel á que puede someterse un padre.—El 28
»de Noviembre de 1876 mi adorada Isabela, elobeyana de
»nacimiento, cayó herida por la última fiebre. Todo fué inútil,
»se declaró el acceso pernicioso, aquellos hermosos ojos se
»cerraron para no abrirse más.—La muerte se cernió en el
»seno de la familia, y á objeto de evitar más desgracias, man-
»dé á los seres queridos, que con tanta abnegación me habían
»acompañado á aquellos climas, á reponer su quebrantada
»salud en las hermosas playas Canarias.—No quedé solo; el
»recuerdo de mi hija me perseguía por todas partes.—Antes
»estudiaba itinerarios, levantaba planos del curso de los arro-
»yos, coleccionaba insectos, seguía con interés las indicacio-
»nes de mis instrumentos meteorológicos. Después no supe
»caminar, sino en una misma dirección; no supe descansar,
»sino en un mismo punto. La tumba de mi Isabela, situada al
»pie de un gigantesco caobo, me atraía con irresistible acción.
»El recuerdo de ella me absorbía todo el día.—¡Cuántas veces,
»rendido de cansancio, me he sentado en lo más inestricable
»de la selva y he preguntado á la Naturaleza por sus más
»escondidos designios! ¿Dónde está mi hija? La fe me dice
»que ha muerto su cuerpo; pero ella, su alma, ha empezado á
»vivir en un mundo de goces inefables. La razón, discutiendo
»sobre la justicia y la bondad de Dios, confirma lo que la fe

»me asegura; pero la Naturaleza, ¿no parece que trata de ahogar los misteriosos gritos de consuelo que nacen en el fondo de nuestro espíritu? ¿Es esto verdad? ¿Consiste en que entre lo que está sometido á la gravitación y lo que á su acción se escapa hay una distancia inmensa, una semejanza infinita que nosotros no podemos comprender sin caer en la idea de una contradicción? ¿Una esfera sin límites, cuya superficie está en todas partes y su centro en ninguna, ¿no es una blasfemia en geometría? Y sin embargo el infinito es; el infinito lo sentimos.»

Tales fueron los últimos días de Iradier en la región africana.

Él mismo deja estereotipado, cómo á las penalidades de su físico y á las de los seres que de él dependían, se sucedieron los dolores del corazón, y ya bajo su influjo se decidió á volver á sus patrios lares, aunque cumplida la misión exploradora que él á sí propio se impusiera, sin otra compensación que la que da la conciencia en el país vascongado, de cumplir cada cual con la suya en los varios destinos de la vida, á que son llamados por la Providencia. Allí el trabajar es para todos más que un deber, un culto, y sus más inteligentes hijos no dudan dirigir su laboriosidad en provecho de su localidad primero, y de la común patria después, promoviendo, unos la riqueza en general, otros la cultura en particular, y otros la beneficencia. Los Ibarra levantando de los primeros en Bilbao las potentes palancas industriales de sus actuales y altos hornos; un Churruca, honor del pueblo bilbaíno, trazando límites al mar y levantando puentes á favor de la navegación y el comercio de este rincón privilegiado, hoy de la madre España; un Camilo de Villabaso, que perpetúa con alta crítica sucesos transcendentales en aquel suelo (1); un Trueba, historiando y novelizando (permítasenos la conjugación) con la suficiencia del erudito lo primero, y con la sencillez de una dulce balada lo segundo; un Juan G. Delmas uniendo á su pluma los progresos del arte tipográfico; en Vitoria un marino, D. Víctor Velasco, que trabaja en el retiro de su gabinete á favor de España, con el propio entusiasmo con que le ofreciera su existencia entre el

(1) La cuestión del puerto de la Paz y de la Zamacolada, Bilbao.

rigor de los mares (1); un caballeroso Zabala, padre diligentísimo de la provincia que preside; un Herrán, aventurando su fortuna para multiplicar en su país las dos cintas de acero que han de transformar en nueva producción las zonas hoy olvidadas entre Vitoria y Estella; un José Colá y Goití, incansable en tributar iguales sentimientos de patriotismo (2); un Antonio Arzae, cronista ilustradísimo y arqueológico del país vasco-navarro (3), y por último, un Marqués de Urquijo, padre incansable para la beneficencia y más que poderoso por el modo práctico de hacerla (4). Pues todos estos no han necesitado ni necesitan como Iradier ninguna otra recompensa, sino la más pura y satisfactoria de cumplir cada cual con su deber social.

Pasan diez años. Repuesto ya Iradier de sus dolencias, fué solicitado por la Sociedad de Africanistas y Colonistas de Madrid para que se pusiera al frente con el Doctor Ossorio de una expedición encargada de extender nuestras posesiones por las tierras ya en parte por él exploradas desde el río del Campo hasta Camarones y desde Camarones hasta el Niger, ajustando Tratados con los indígenas, á fin de iniciar por aquel continente la fundación de factorías comerciales y misiones civilizadoras; pero todo esto será materia para el artículo siguiente.

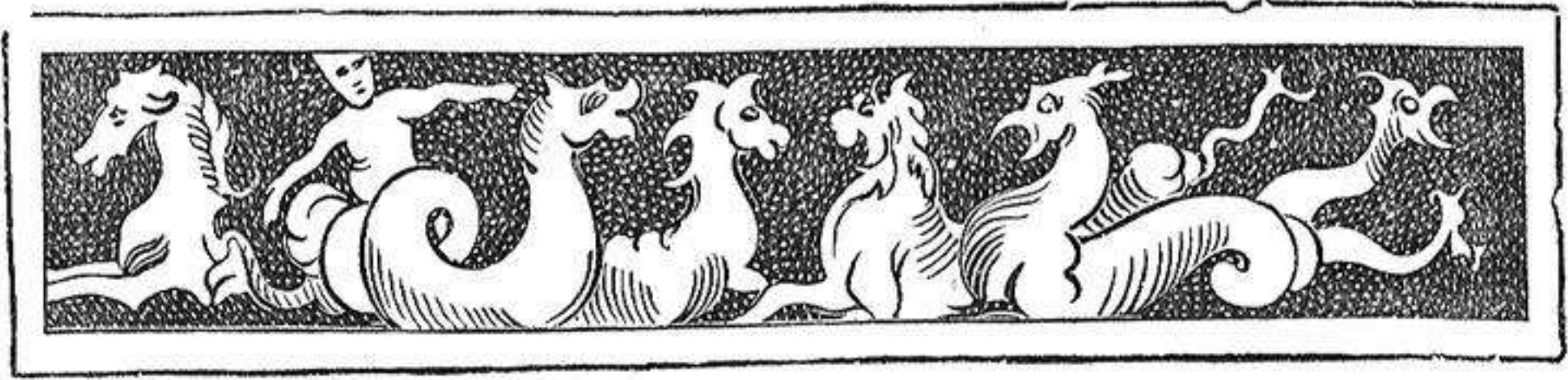
M. RODRÍGUEZ-FERRER.

(1) Es alavés y autor de la novela marítima *Los amigos de Simón*, verdadero reflejo de los hombres y de escenas del mar, publicada en Vitoria.

(2) Es autor de su sentido y bien escrito libro *La emigración vasco-navarra*.

(3) Director de la *Euskal-erria*, revista vascongada.

(4) Y su generosidad no está vinculada á las necesidades comunes. Se extiende á las obras públicas; á la comunidad religiosa que educa; á los maestros de escuela, á los que les organiza cajas que pongan su vejez al abrigo de la miseria, y á favor de los que ha mandado tomar el competente número de ejemplares de esta obra de Iradier, para su estudio y solaz.



¡GABÓN!

LA NOCHEBUENA VASCONGADA

*¡Zure osa sunari, erri maiteal
¡A tu salud, oh tierra queridal*

I

ANDANDO

Por el áspero camino
que tapiza helado suelo,
que cubre nuboso cielo
y que hacia la cumbre va,
sube un grupo de eu-kaldunas
con el ato en la *maquilla*,
que andando desde Castilla
hace seis días está.

Chicos y adultos y ancianos,
en la caminata dura,
todos, con igual soltura,
todos con el mismo ardor,

avanzan, como impelidos
por idéntico ardimiento,
por el noble sentimiento
del hogar, del patrio amor.

—

Con sus pipas encendidas,
con sus chaquetas colgadas,
con sus boínas coloradas,
sin detenerse jamás,
ayer Castilla y el Ebro,
animosos traspasaron
y por su tierra avanzaron,
de alegre flauta al compás.

—

Al vislumbrar las montañas
de Amboto, Udala y Gorbea,
por el monte y por la aldea
vibró el *jujú!* veloz;
y en Altuve y en Urquiola,
y en Arlabán, se sintieron
los ecos, que repitieron
el saludo con su voz.

—

Casas, torres y caminos
en Castilla fabricaron;
cual titanes trabajaron
en su artístico quehacer;
y al llegar la Nochebuena,
según la antigua costumbre,
vuelven hacia la techumbre
que les cobijó al nacer.

—

Lejos de su suelo amado,
lejos del hogar querido,

falta grave hubiera sido
el celebrar el *Gabón*;
no hay uno que así lo indique,
ni el pensarlo se consiente,
ni hay quien detener intente
la fuerza del corazón.

Suben la elevada sierra
donde lo espeso del monte
cubre el extenso horizonte;
pasan el puerto después,
y ven, entre las montañas
repartidas como calles,
los vascos risueños valles,
dilatándose á sus piés.

Entonces los brazos alzan,
al aire las boínas tiran,
y los pechos que suspiran
la amante tierra al mirar,
largos *jujúus!* exhalan,
que á la hondonada volando
marchan todos, anunciando
que la gente va á llegar.

Acude en los caseríos
corriendo á la portalada,
la familia alborozada
que los saludos oyó:
«¡Allá los hermanos vienen!
¡los hijos, el padre acaso!»
«¡ya bajan, ya están á un paso!»
«¡ya nuestra gente llegó!»

Arden colosales troncos
 en el fogar anchuroso;
 en la caldera, oloroso
 aroma la leche da;
 repletas hierven las ollas,
 el mantel se ve extendido,
 y entre las chapas metido
 bien caliente el *talo* está.

—

Limpia sala y blanco lecho,
 por pobres casas que sean,
 en nuestros pueblos campean
 brindando amparo y calor;
 fogar, mesa, lecho y sala,
 con esmero preparados,
 dan á los recién llegados
 descanso, fuerza y amor.

—

Allí, en la noche anhelada,
 en familiar armonía,
 el *Gabón*, con alegría,
 los euskaros han de «hacer;»
 jamás en nuestros hogares,
 de grande ó corta fortuna,
 entre la gente euskalduna
 se olvida tanto placer.

II

NAVEGANDO

Oscura está la mar; por el ocaso
 apenas los brillantes resplandores
 entre las densas nubes se abren paso,
 de la tarde en los últimos fulgores.

Allá, hácia el Norte, en la región temida,
unidos cielo y agua se confunden,
y al contemplar su masa indefinida,
hondo pesar en nuestro pecho infunden.

El viento brama en el confín lejano,
cual monstruo horrible que avanzar intenta,
y se estremece inmenso el Oceano
al rudo amenazar de la tormenta.

Hoy las luces del cielo no rielan,
y en la sombra las lanchas partir vemos,
que sobre el mar alborotado vuelan
al vigoroso impulso de los remos.

Desde el oculto banco de Alcajona
vienen rompiendo el piélagos salado,
empapadas cubierta, gente y lona,
y hasta el borde repletas de pescado.

El patrón y los *mútilac* que suelen
los trulles arreglar en la caladas,
y otros viejos marinos las impelen
sentados en las húmedas bancadas.

Lleva el flotante casco, ya de vuelta,
chicotes y chumbados recogidos,
de babor á estribor pesca revuelta
y cestos y palangres confundidos.

Hoy la labor nocturna se suspende,
no se aguarda en el mar la noche fría,
y en busca del hogar la lancha tiende,
que hacia él la fuerza del amor le guía.

Sobre el abismo aterrador tripulan
y avanzan animosos contra el viento,
y reman á compás, mientras modulan
suave canción, con vascongado acento.

Una... dos... tres... cuarenta; salpicadas
en la oscura extensión del Oceano,
con idéntico rumbo encaminadas,
del puerto buscan el refugio sano.

Para llegar á un tiempo el puño aprieta
la gente valerosa, y no desmaya,

hasta que al cabo ven la gran silueta
de los queridos montes de Vizcaya.

Súbito resplandor allá perciben,
y ante su vista el *ujujú* vocean,
que allí marcan las casas en que viven,
las luces que en la costa centellean.

Allí está el santo hogar, sobre el que giran
las ilusiones de la vida entera;
desde allí hacia la mar los hijos miran,
allí la amante esposa les espera.

¡Aúrrera mutillac! La noche hermosa,
el querido *Gabón* hoy ha llegado;
de la vida marina borrascosa,
buscad este momento deseado.

Vuelan, vuelan las barcas, esparciendo
por los remos y quillas amplia espuma,
que en pos de ellas la noche va extendiendo
por el aire y el mar pesada bruma.

En la tierra y el mar ya de la fiesta
percíbense el rumor y la esperanza,
que allá en la playa el *ujujú* contesta
al *ujujú* del pescador que avanza.

Ya vibra el tamboril, suena en la torre
de la Pascua el repique bullicioso,
y el pueblo entero hacia las playas corre,
y á la gente del mar recibe ansioso.

Cien... doscientos... y mil, los pescadores
que van á hacer *Gabón* á su morada,
olvidan de su vida los rigores
en esta hermosa noche, no olvidada.

III

SIRVIENDO AL REY

(*De un artillero vizcaíno á su madre.—Desde Sevilla.*)

«*Nere amacho maitea,*
porque veas usté agora

cómo andando los Castillas
 erromanse aprender pronta,
 desde errincón de cuartel
 en la tiempo que te sobras,
 voy erromanse esquibrirte
 usted cuatro barri-coplas.

Desde que te sales quinto,
 estando mútill, buen mosa,
 alegres corres la mundo
 de estos los Españas todas.
 Artillero de cañones
 errodada, majo tropa,
 andamos tiros tirando
 al aire, y gastas el pólvora.

No me siento ser soldado,
 como cantan en el copla,
 porque viscaíños soldados
 siempre España servir sobra;
 y viscaíños guerreristas
 muchos cuentas los historias,
 que te has chorrao mucho sangre
 depender hondra española,
 no te sientes ser soldado
 ni quemar el aire pólvora,
 te sientes, porque mañana
 ser *Gabón*, y yo, aquí sola
jurrin! jurrin! de mi madre,
 me voy pensar tristes cosas.

No te ver yo, *nere amacho*,
 ni ver *veguis* del mi novia,
 que entre Abadiano y Elorrio
 en la caserío hermosa,
 los castaiñas tamborrill
 asar, y acordando ellora;
 no ver padre, que se fumas
 siempre con pipa en el boca,
 ni cuentos de los *sorguiñas*
 que cuentas señor *aitona*;

no ballar de damboliñ
 con los *nescachas* nosotras,
 unos *ujujus* echando
 y culetasos que tomas.

Aquí sielo hermosa estar,
 Sevilla es errelumbrosa,
 hombres, muchos barriquetas,
 chicas *politas* de sobras,
¡baña!... ¡los nubes de Amboto
 y Udala querer yo agora!
 el barriada *chiqui, chiqui,*
 mejor que estos me enamoras;
guisones de biscaitarras,
 con los chapelgorris boinas,
 y rescatillas de trensas,
 que hasta el pantorrillas colgas,
 blanco el cara, y con las ojos
 dulses como la *biotza,*
 aunque abarquetas en piernas
 por los tiempos *charras* pongas,
 mas que Sevilla gustando
 me estas, viendo de memoria.

Mañana, en el sentinela
 carabiña al hombro sola,
 cuando en el Giralda torre
Gabón los campanas tocan,
 y alegres andalusías
 las gentes vivir de bromas,
 yo... tristes, te llamaré
 aunque de *urrín* errespondas,
jama nere biotzeco!
 inviar usté el alma toda.

Oguei mutillac estamos
 erregimento de tropa
 la mismo, y aunque posilbe
 todos guardia no te tocas,
 el sena del colasión,
 cuartillo y *terdi* de ardoa,

soplar, y con pipas llenos
pumando, *píscat* de broma.

Unos cuatro duros tienes
yo, de las mesesque sobras,
y en un papel de libransa
te invias y en el carta incontras;
pañuelo de blanca, nuevo
para el cabeza tú compras;
un devantal el hermana
y un gorbeta de la moda;
padre la chaleco nueva,
Durango mercao te tomas,
abuelo un libra de pipa
tabaco piño te escojas,
y, un sortija dorao, de oro,
de tres pesetas, que ponga
la dedo de corasón
recuerdo, Mari mi novia.
Adiós, ¡probe nere amachol,
contestar hará usté pronta;
al tuyo, de corasón
Juan José de Goicoerrotta.»

IV

EN TODAS PARTES

Venid, hermosas jóvenes del Bayas y el Urola,
estrellas de la tierra helvética española,
venid, y en nuestro coro patriótico cantad;
y en honra del pasado, de inolvidable ejemplo,
en honra de estos valles, de libertades templo,
vuestro armonioso cántico alegres entonad.

—

que un día reflejara, con ansia y con ternura,
 en los de aquella madre que á Elcano amamantó;
 en vuestra hermosa frente la llama se divisa,
 y bulle en vuestros labios la plácida sonrisa
 de la que á Juan de Urbieta el corazón templó.

—

Palpita en vuestros pechos, fecunda, audaz é inquieta,
 la inspiración insigne que á Ayala hizo poeta,
 la fe con que sabía su inspiración sentir;
 el prodigioso numen del bravo caballero
 del trovador de Arauco, de Ercilla el gran guerrero,
 tan bravo en los combates, tan grande al escribir.

—

Del hierro que atesoran los euskaldunas montes
 del ímpetu que agita del mar los horizontes,
 tiene mezcla el espíritu que Dios os concedió;
 de amor y de fiereza, de hierro y de dulzura,
 la sangre de la raza del vasco se satura,
 que allí donde hubo glorias, sus glorias alcanzó.

—

Venid, cual tantas veces, en admirable coro;
 mostrad de vuestras almas el más rico tesoro,
 el santo amor al suelo que un día os vió nacer;
 y en esta hermosa noche, en el hogar querido,
 lancemos animosos las penas al olvido
 y ¡*Euskal-erría, viva!* gritemos con placer.

—

De la pandera suene el ritmo cadencioso,
 y vibre allá en la sierra ei *irrintzi* animoso,
 repiquen las campanas y suene el tamboril;
 el corazón exige que el duelo salga afuera,
 que reine la alegría, que brote toda entera;
 que nunca fué cobarde quien nunca fué servil.

—

Más alta que las cimas de Amboto y de Gorbea,
á veces orgullosa el águila campea,
y con desprecio mira cuanto en la tierra ve.

¡Vana ilusión! Al cabo, la muerte el vuelo ataja,
desde el espacio al suelo con sus orgullos baja,
y el esqueleto rueda... y Amboto queda en pie.

Vibre la alegre llama que en el hogar alumbra;
rompa el «aitona» el baile, cual siempre se acostumbra,
y entónese en vascuence el coro general;

y salten las castañas entre el rescoldo ardiente,
y corra lleno el vaso del gran vino caliente,
y ¡*Viva Euskal-erría!*, gritemos sin cesar.

Venid, hermosas hijas de la región euskara,
de libertades cuna, de patriotismo avara;
venid, hermosas jóvenes del Deva y del Nervión;

noche es de ahogar las penas, la fiesta celebrando,
por el mañana hermoso, unánimes brindando,
bebiendo en toda Euskaria, en el feliz *Gabón*.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.





NAVARRA

IMPRESIONES DE UN VIAJERO

I



AY una región española, cortada en todos sentidos por innumerables sierras, donde se han desarrollado los acontecimientos de larga historia tan complicada y extraña como su sistema orográfico. Para penetrar en ella y visitar interesantes poblaciones, es necesario cruzar numerosos ríos, subir largas cuestas, salvar puertos de respetable elevación, y caminar constantemente sobre terreno desigual, no encontrándose en las dos terceras partes de la extensión recorrida, llanuras exentas de accidentes cuyo eje mida más de tres ó cuatro kilómetros.

Nieves casi eternas cubren al Norte las cúspides de altas montañas; y al mismo tiempo que desaparecen entre la niebla los contornos de pueblos y peñascales en este extremo de la provincia, abrasa un sol no velado por nube alguna las áridas llanuras que se extienden al otro. Las diferencias climáticas son sólo una de tantas manifestaciones de las profundas diferencias que presentan los diversos miembros de aquel organismo, en condiciones de vida, en suelo, en población, en estado

de desarrollo; y cuando dos á dos se comparan entre sí los variados valles y zonas que allí existen, ocurre preguntar: *¿En qué carácter ó caracteres se funda la unidad natural de Navarra?*

Las ciudades cabeza de sus cinco merindades, más bien parecen capitales de microscópicas naciones de diverso origen que pueblos de una misma provincia hoy española. Los alrededores de *Tudela* y *Tafalla* por un lado, de *Pamplona* por otro, de *Estella* en plano independiente y de *Sangüesa* en la parte oriental del antiguo reino de los *Teobaldos*, ofrecen tan diferente aspecto, que no habría medio de superponer sus imágenes, aun cuando fuera dable dibujar sus fisonomías especiales, y producir con ellas una de esas fotografías genéricas, descritas hace nueve ó diez años por *Galton* (1), en las cuales se borran los rasgos individuales, y quedan sólo los que predominan en una raza cualquiera.

Es bellísima la estrecha vega de *Estella* regada por el *Ega* que parece abrirse difícilmente paso al través de las montañas conquistando palmo á palmo la fertilidad á los peñascales; y rodean en cambio á *Sangüesa* extensos campos de *pan llevar* que ya se extienden entre cerretes ó suben á las cimas de los oteros. Sólo por excepción se ven aquí frondosas alamedas y huertas verdes en la cañada abierta por el Aragón que viene de pasar á la vista de *Leyre* y corre á ocultarse entre las desiguales alturas de *Cáseda* y *Callipienzu*.

Tafalla muestra mejor aprovechado su término, ofreciendo trozos verdaderamente hermosos los campos que se prolongan hasta las murallas y Palacio de *Olite*; y desde *Tudela*, convertida en vergel por la útil obra de *Pignatelli*, pueden divisarse á lo lejos hacia el *Nordeste* las desoladas llanuras de las *Bardenas reales* y en la orilla opuesta del *Ebro* las arenosas y grises colinas que separan á *Arguedas* y otros pueblos vecinos del solitario y austero monasterio de *La Oliva*.

Junto á *Pamplona* acompaña una estrecha cinta de verdura

(1) Mr. *Arthur Batut* acaba de publicar un libro en que presenta como suya esta idea que desarrolló ya hace tiempo el sabio inglés *Francisco Galton* autor de otros muchos trabajos de género parecido.

el curso del *Arga*, y desde esta ciudad hasta *Noaín* y *Monreal*, extiéndense grandes campos dedicados á pastos, de pobrísima vegetación y triste aspecto, cuya monotonía es de trecho en trecho interrumpida por pequeños grupos de árboles.

Y cuando de la comparación de estos términos municipales entre sí se pasa á la de los distritos montañosos con la ribera, ó á la de aquéllos unos con otros, queda más sorprendido el observador ante las enormes diferencias que aprecia, y ante la falta de elementos idénticos que hacen casi imposible toda aproximación y toda clase de indicaciones generales sobre el carácter de Navarra.

Las crestas de *Altabiscar* que miraron impasibles la rota de Roncesvalles y el puerto de las *Arras* donde siguen recordándose antiguas costumbres y cumpliéndose con tributos de tiempo inmemorial, imponen un respetuoso sentimiento de admiración, nada semejante á la placidez que infunde en el ánimo la contemplación de aquellos poéticos vallecillos del Baztán, cubiertos de verdura, ocultos entre breñas cuya aspereza se disimula por el espléndido desarrollo de árboles y arbustos, donde pacen tranquilamente mansos ganados y en los que los jirones de la niebla que se abre dejan ver aquí y acullá casitas blancas anunciando en conjunto el imperio de una vida patriarcal que guarda su aspecto feliz y tranquilo en medio de los mayores disturbios.

La vaguedad de términos de estas regiones contrasta luego con la dureza de las líneas que domina en las porciones Sur de la provincia. Aquí se miden los extremos grados de esa embriaguez de luz juzgada como característica de España, que hace estimar falsas en el extranjero las producciones de nuestros más fieles paisajistas; parece que se vive en una región sin atmósfera que imposibilita la apreciación de las distancias; y las habitaciones y pueblos que se tienen á la vista, y los montes que cierran el horizonte, se mezclan y confunden de contornos, cual sucede en los cuadros japoneses, ricos de color y faltos de perspectiva. Allá la humedad saturadora del aire, que amortigua al mismo tiempo la energía de los rayos solares, permite separar bien objetos que distan sólo cuatrocientos ó quinientos metros, y todo toma ese matiz misterioso que ha

trasladado al lienzo en extranjero suelo Claudio de Lorena. Ni tierra, ni cielo, ni habitantes son comunes al Norte, y al Mediodía del interesante reino que dió á la vez un Sancho el Fuerte y un Carlos el Malo.

Mas si sus comarcas no tienen nota común que las diferencie en conjunto de Castilla y Aragón, presentan, sí, en cambio, una por una, sello tan singular, que sólo miradas de modo superficial y dominado el ánimo por prejuicios teóricos, puede afirmarse que *Tudela* es una continuación de la ribera aragonesa, y *Sangüesa*, parte de las cinco villas, y sus montañas, montañas guipuzcoanas. Pareciéndose remotamente á estos tipos, tienen todas ellas el suyo, y aquel ambiente que se respira en *San Salvador de Leyre*, y aquella estrecha vega de Estella que parece deslizarse con su río, y las hermosas perspectivas que se divisan desde el puerto de *Velate*, ó desde los altos del *Roncal*, son ambiente y vegas y perspectivas que no se repiten en el resto de España.

El contorno de sus montes formados por las aguas con surcos que las decoran, y las cañadas abiertas por éstas, se multiplican allí de manera tan variada, que bien podría pensarse se habían agotado para engendrarlas la infinidad de las formas con que un mismo hecho puede producirse en la superficie de la tierra. Corta el Irati las últimas faldas de la sierra de *Leyre* y la hoz formada solo, en que es hoz se parece á las que forman el *Júcar* y el *Huecar* en las proximidades de *Cuenca* y los mil y mil riachuelos que discurren por las montañas para morir en el Aragón que baja desde Jaca á recogerlos, llevan escritos en el color de sus aguas y en la vegetación que en su seno se desenvuelve, y en las sustancias minerales que acumulan lentamente sobre su lecho, los blasones característicos de cada una de las sierras en que nacen.

Abundan, sí, en todas direcciones los cerretes de forma cónica que parecen exigir, en su coronación, un castillo, cual si la Naturaleza hubiera preparado á Navarra para su accidentada historia; entre las nieblas del invierno y aun á la clara luz del verano cree ver todavía el viajero la fortaleza levantada en la cima del Monjardín, que asedió Sancho Garcés II para arrancarla del poder musulmán hace ya muchos siglos, y sobre el

Montejurra limpió en su cúspide de la sangre toda española que regó abundantemente las vertientes de ambos lados; se extraña la falta de bastiones y gruesas murallas. El que sentado en la Taconera de Pamplona frente al cerro de San Cristóbal dirige su vista en el sentido de Irurzun y Alsasua, contempla tal número de oteros con puntiagudos remates, que no es de extrañar se despierten en su fantasía mil cuentos de poderes sobrenaturales encargados de acumular firmísimos baluartes en defensa de la capital navarra, y al extremo opuesto se ofrece siempre ante el observador, desde todos los puntos de que pueda mirar, la famosa higa de Monreal, cónica también, señalando el camino á Leire como punto de refugio histórico contra las más asoladoras y antiguas invasiones.

Parece la Naturaleza en Navarra terreno destinado á marcar suavemente las transiciones entre los territorios tan diferentes que la rodean. Su parte baja del Valle del Ega, desde Lerín hasta San Adrián, por Carcar y Andosilla, que se parece á Rioja, sin confundirse con ella, se convierte, por una serie de graduales cambios, en la región de Estella, de Puente la Reina y de Pamplona, no realizándose la transformación sin soluciones de continuidad, sino con incrementos y decrementos de diferencias, en relación con la subida y bajada de los puertos, á la manera como se producen también los cambios y progresos en la vida humana: y desde la capital, subiendo al Norte, y sujetándose la evolución á idénticas alternativas, se transforma la llanada con ligeros accidentes que guarda el templo de Arre, sencillo, pero respetable por su antigüedad, en las escarpadas rocas cercanas á Burguete y en la cañada donde está la histórica colegiata de Roncesvalles, por un lado, y en los cerros de Almandoz por otro, que ostenta ya orgulloso los escudos jaquelados, proclamadores de las glorias del Baztán.

En dirección perpendicular á ésta, puede apreciarse de igual manera la lenta degradación de unos en otros paisajes, arrancando de los campos que limitan el término de *Sangüesa* en las proximidades de la villa aragonesa de *Sos*; atravesando esta capital, de una de las cinco merindades navarras, pasando á la vista de Rocafate, encaramado artísticamente sobre un independiente cerrete, dejando á la derecha Liedana, muy cerca-

na, primero, y Lumbier alejado luego, subiendo en seguida al puerto de Loyti; deteniéndose en él un momento para contemplar á lo lejos los altos del Roncal y los picachos en último término de los Pirineos, bajando después hacia Monreal, y recorriendo durante algún tiempo las poco fértiles campiñas que se extienden desde aquí hasta Pamplona; con el fin de tomar últimamente la carretera que va desde la capital hasta Irurzun, Lecumberri y Betelu. Se cruza en ella por entre las dos poéticas y extrañas peñas, llamadas Las dos Hermanas, y se sube y baja por ásperas cuestas paralelas de hondonadas y faldas de montañas tupidas de castaños, que se cambian alguna vez por manzanales cuando se penetra ya en el territorio de Guipúzcoa.

No cabe, por lo tanto, hacer una descripción general del reino á quien rigieron, por última vez en su vida propia, don Juan de Labrit y Doña Catalina. Este sello de independencia particular en cada parte, y de falta de carácter en el todo ó la condición de tener elementos genuinos que se subordinan luego en cierto modo á elementos extraños, parece descubrirse, no ya en su historia y en su raza, sino en el cuadro de sus montañas y en el régimen de sus aguas. Bajo el punto de vista orográfico puede juzgársele aprisionado en las mallas imperfectas de una red, engendrada por las intersecciones de las cordilleras desprendidas desde el Pirineo hacia el Sur, con las que avanzan hacia el Oriente, teniendo su punto de partida en la sierra de Aralar. Las líneas aparecen luego cortadas en diferentes sitios por ríos y riachuelos que se dirigen unos al Oceano, y otros al Mediterráneo, no sin penetrar aquéllos en tierras francesas ó guipuzcoanas, y ser llevados éstos por el Aragón á engrosar el Ebro, como tributo cobrado por los agentes naturales del pueblo con quien tantas veces lucharon los navarros, y á los cuales le unieron también en tantas ocasiones distintas los principales acontecimientos de su historia.

Ni la fuerte unidad aragonesa, ni la doble unidad castellana están anunciadas por la naturaleza navarra; pero es este territorio, en medio de los demás territorios españoles, algo de semejante á lo que es la clave de las bóvedas, punto de sostén y enlace de sus aristones y dovelas, pieza que determina la unión de las demás piezas. No por carecer de fisonomía igual en to-

da su extensión, es menor la importancia política que para España tiene. La investigación de otra nota común, resulta imposible; las comarcas navarras carecen de carácter idéntico que permite reconocerlas como partes de una misma unidad.

II

Lo que puede interesar en Navarra al curioso y al artista, se visita hoy sin grandes dificultades. *Hirache* dista sólo media legua de *Estella* y menos de dos las ruínas de *Iranzu*; desde *Sangüesa* se llega en tres horas á *San Salvador de Leyre* por *Liedana* y *Yesa*, sin acelerar mucho la marcha y partiendo desde *Pamplona* por la vía férrea ó en diligencia se alcanzan pronto *Tafalla*, *Olite*, *Tudela*, *Baztán*, *Roncesvalles* y el *Roncal*. *Urdax*, *Ujué*, *La Oliva* y algún otro punto, exigen combinaciones más molestas.

Convidan al viajero en los distintos sitios de estación, fondas, hospederías y posadas; y á lo largo del camino, halla numerosos sitios donde humedecer su garganta á estilo navarro, si es que no prefiere acudir al agua endulzada por los azucarillos ó fortalecida con aguardientes de procedencia sospechosa. No es hoy común tener que lamentar la falta de limpieza ó lo incómodo de los lechos; pero la composición de las comidas clásicas en el país, es singular y exige cierta facilidad de adaptación en el forastero.

Sírvese, en primer término, la ensalada; viene luego una ligera sopa de ajo, la suceden verduras cocidas ó patatas; acompaña á los platos anteriores, en determinados momentos, tomate y pimiento revueltos, y cuando el débil de estómago ó caminante cansado, comienzan á sentir vivas inquietudes ante aquel espléndido despliegamiento de una cocina vegetal, hacen su entrada en el comedor los guisotes de carne, los fritos de pollos con jamón y los solomillos rellenos, acompañados á veces por alguna trucha ó cordero asado, en cantidades dignas del día en que se festeja al santo de cada pueblo y con

condimentos muy á propósito para mantener siempre viva la energía nacional.

El ara para el sacrificio se dispone en armonía con la seriedad del acto. Colócanse á los extremos de la mesa enormes hogazas de un pan bastante metido en harina, que el patrón distribuye en rebanadas á los comensales. Anuncian casi siempre los manteles que el vino no se economiza, y el anuncio se encuentra confirmado por la presencia de botellas, que allá en Valtierra y otros pueblos de la Ribera, son de tales dimensiones, que más parecen destinadas al tráfico en grande escala, que al consumo de una familia. Admira al observador la cantidad del típico clarete que se gasta en muchas villas y aldeas, y crece luego el asombro al ver la serenidad con que terminan su comida, después de hechos tan hazañosos, los intrépidos pobladores de las llanuras y aun de cuando en cuando los sobrios montañeses.

Gorgonio, el dueño de una fonda en *Estella*, y *Labay*, propietario de la posada de *Oronoz* en *Sangüesa*, presiden la mesa de su casa como aquellos dueños de hospederías que conservan tan tradicional costumbre en diversas provincias occidentales de Francia; pero hay que establecer una diferencia que resulta en favor de nuestros compatriotas: *Gorgonio*, *Labay* y otros colegas de profesión navarros, tienen á punto de honor que no consideren los huéspedes la estancia en sus hosterías cual período de penitencias para la remisión de los pecados; en tanto que no olvidará jamás quien los haya visto, los prodigios de fina disecación ejecutados sobre las aves por los económicos patriarcas galos.

No falta alguna sombra que atenúe la luz de este cuadro: en contraste con las fondas limpias de *Pamplona*, *Estella* y *Sangüesa*, recordamos aquí lechos con sábanas grises, y paños de mesa, en los cuales podía aún estudiarse la lista de los manjares servidos desde dos ó tres semanas antes. Manchas amarillas, moradas, rojizas y de otros cien matices, hacían de la tela un verdadero mosaico poco admirable, bajo el punto de vista artístico, y menos estimulante para el apetito. Los platos venían acompañados de abundantes condimentos, no elegidos precisamente por el cocinero, y los dedos benéficos

de las mozas de servicio solían introducirse en el fondo de las salsas con gran oportunidad para salvar la vida á diferentes seres que corrían grave riesgo de perderla en justo castigo de su intemperancia y golosina. Añadamos en justicia, y para honor de Navarra, que ésta nos parece la excepción, no la regla.

Mas no es en las fondas donde puede apreciarse bien el carácter hospitalario del pueblo navarro: es necesario haber penetrado en las moradas particulares para saber lo que valen aquellas gentes tan inhumanas y sanguinarias en la lucha, cuanto generosas y complacientes en los períodos pacíficos. Recuerdo, entre otras, dos casas: la de un propietario de *Valtierra* y la del párroco de Abárzuza (1), que son cuadro en acción de la práctica sincera y por amor al prójimo de las principales obras de misericordia, la naturalidad con que se recibe al viajero tiene mucho de la sencillez homérica y la hidalga obsequiosidad corresponde á las pinturas de las recepciones en los castillos, bastante más de lo que corresponderían en pasados tiempos.

Y hechas estas indicaciones, vamos á otras de carácter muy diferente. No hay que buscar en Navarra ciudades semejantes á Toledo, Tarazona, Cáceres y sus análogas, que permanecen envueltas en el tantas veces citado polvo de los siglos, y se hallan divididas por calles tan llenas de telarañas, pero tan poéticas durante la noche, como la del *Conde* ó la *Traición* en la segunda, ó los pasadizos cubiertos de *Santa Clara* ó *Santo Domingo el Real* en la primera. Apenas si la parte alta de Estella guarda dos ó tres rincones con carácter, y puede pasearse en Sangüesa por pequeños trozos que recuerdan todavía las viviendas agrupadas á la sombra del desmochado castillo de D. Alfonso *el Batallador*, durante los siglos en que no se colocaban como ahora sobre sus muros las convocato-

(1) D. Nicasio Ochoa es uno de esos sacerdotes ilustrados y bondadosísimos, honra de su clase, que parecen vivir en un mundo distinto del que conocemos: su casa, modelo de pulcritud holandesa, y su familia, encanto de familias, dejan gratisimo recuerdo en todo el que pasa por aquel pueblo.

rias á las operaciones de la quinta ó los anuncios de rectificación á las listas electorales.

Abundan, sí, muchísimo, en poblaciones importantes y miserables aldeas, los palacios señoriales, indicio fehaciente del poder y la extensión que alcanzaron allí las aristocracias, y el número de las casas con blasón es tal, que de suponerlas moradas de magnates, habría de preocuparse seriamente el investigador en averiguar dónde podían vivir los siervos de aquellos dueños. Extensos portales, desproporcionados casi siempre con la magnitud de los edificios, ostentan sobre su arco de entrada escudos pocas veces complejos, compuestos por reducido número de cuarteles en la mayor parte de los casos. El estado de muchas viviendas no anuncian el desahogo ni la opulencia en sus actuales poseedores.

III

Enfrente de los célebres monasterios aragoneses de *Alahón*, de *Ovarra* y de *San Juan de la Peña*, puede poner Navarra los no menos gloriosos y renombrados de *San Salvador de Leyre*, de *Urdax*, de *San Zacarías*, de *Urdaspal* y el *Igalense*; en éstos como en aquéllos hubo tumbas de reyes, hoy destrozadas; el asiento de unos y otros es parecido, y más que su asiento es semejante su destino. Las iglesias de *Urdax* y del *Igalense* sirven de parroquias á pobres aldeas, del *Urdaspalense* quedan sólo vestigios; no hay noticia segura del emplazamiento que tuvo el de *San Zacarías*, y permanece solitario el templo de *Leyre* en medio de ruínas, donde se adivinan á la vez indicios de construcciones rudas, anteriores al siglo IX, y de las menos artísticas entre las del pasado siglo.

Los restos irreconocibles ó los edificios mejor conservados han quedado señalando los sitios en que se formó el reino de Navarra, cual las conchas y fragmentos de mariscos abandonados en las payas señalan los límites extremos á donde han llegado las olas, y cuando se les visita, advierte el observador

que no se ha retirado la vida sólo de sus recintos, que han quedado sin ella los lugares en que se alzaron. No hay caminos que los enlacen con pueblos y ciudades, y el viajero deseoso de pensar en edades pasadas sobre aquellos cimientos que ya nada sustentan, tiene que apelar á los antiguos medios de locomoción; pisar los pedregales que pisaron centenares de peregrinos ó montar caballerías de tan viejo pelaje como los monumentos objeto de su curiosidad.

Dominando los últimos pueblos, en contacto ya con la antigua frontera aragonesa, álzase, en primer término, San Salvador de Leyre, señalando desde lejos el sitio que ocupa unas agujas de roca cortadas por las aguas, para servir, sin duda, de obelisco á los olvidados caudillos que allí estuvieron sepultados. Al llegar al dintel del templo ofrécese, en primer término, á la consideración del artista y del arqueólogo una curiosa portada de estilo románico cluniacense, levantada en el último tercio del siglo XIII, para dar fe de cómo se perpetuaban las formas de construcción en cada una de las órdenes monásticas, en medio de las invasiones de otros estilos y otros géneros, cual si quisieran representar con esto plásticamente ante el mundo la inalterabilidad de su disciplina.

Hállanse esculpidas en piedras, asentadas sobre las archivoltas de un arco abocinado, formas caprichosas, semejantes á los extraños artistas de la *Walpurgis*: una cabeza de leona deja fuera de sus fauces dos manos humanas; rostros de mujeres acompañan á cuerpos de rana; paquidermos inclasificables reposan al lado de paradógicas aves cuadrúpedas; osos de contornos mejor delimitados, serpientes enroscadas y mil seres monstruosos más forman la grandiosa cohorte de las severas y medio borradas figuras de personajes desconocidos que contiene el tímpano. Parecen éstas talladas en pórfido rojo, para indicar su excelsitud y descubrir ante las miradas del observador su génesis oriental, probándose con ello su mayor nobleza y antigüedad que aquellas otras labradas en modesta arenisca.

Al penetrar en la iglesia alta sorprende lo original de su construcción. La nave única del siglo XIII, con cuatro tramos, que se extiende hacia el hastial del templo, se halla dividida

del lado contrario en tres estrechas naves, de tres tramos cada una, que terminan en el presbiterio y capillas absidales laterales, resto de las construcciones del siglo XI. Conviene una y otra mitad en lo severo, mejor diríamos en lo excepcionalmente seco de su estilo, y la antigua presenta en sus capiteles una ornamentación semi-bárbara, que parece referirse al gusto de siglos más remotos, mientras que la relativamente moderna descubre la mano y modo de fabricar de los monjes del Cister, disfrazado apenas con la presencia de arcos apuntados, único y aislado elemento en que pudiera señalarse la influencia del arte ogival.

Bájase á la cripta por una escalera abierta en la nave del Evangelio, cercana á una puerta de comunicación al claustro y con restos en el exterior de otras gradas, por donde quizás se pasaría antes al mismo recinto. Disipan apenas las densas sombras que imperan en aquel lugar los rayos de una lámpara de aceite, encendida siempre ante la imagen de un Cristo, rara concepción de escultor desconocido. Quizás se guardaron en escavones dentro de sus muros los caudillos ó reyes mirados como fundadores de dinastías por una historia elemental al uso que lo refiere todo á la organización de las actuales sociedades; quizás buscaron allí cien veces consuelo los toscos y sencillos monjes del primitivo cenobio, para sus místicos temores y para otras inquietudes menos místicas durante los años en que casi toda España era mahometana.

Algo se siente entre los espesos paredones que no se impone al viajero, en templos también severos y más grandiosos de otras regiones y de otras edades. Parece la impresión mezcla de respeto, de terror, de admiración..., mezcla de algo real y efectivo que encarna en las piedras, hojas de una historia poco descifrada todavía, con cosas que se esfuerza inútilmente en representar la fantasía, á modo de recuerdos vagos de una vida pasada.

Este monumento tan histórico, tan lleno de recuerdos poéticos y de detalles tan bellos, permanece casi solitario, al cuidado de una anciana, convertido en modesta parroquia rural, salvado sólo de su completa ruína por los esfuerzos de algunos eruditos, visitado de cuando en cuando por el sacerdote

que dice misa ó los artistas que copian en parte sus líneas, restando como recuerdo de sus más augustos y silenciosos moradores una mala tabla con ridículas inscripciones de nombres; pues de los repulcros de los Reyes no quedan ni los gusanos dentro, y la capa blanca exterior de aquellos otros sepulcros, imagen de las gentes que fingen unas creencias con unos sentimientos que no tienen, y abandonan así los supuestos objetos de su amor y veneración (1).

Sospéchase que allá, por el siglo XVI, hubo grandes Reyes que sintieran pequeñas tristezas al recordar los hechos de antiguos Reyes pequeños y que impusieran ó toleraran á la adulación baja y miserable el destrozo de las tumbas y el amontonamiento de los cadáveres. Ello es lo cierto, que un siglo después aparecían quince esqueletos bajo una losa, y uno solo en otra urna, acompañados por revueltos restos de espadas y cetros. Los desdichados huesos han andado luego de San Salvador de Leyre á Yesa y de Yesa á Leyre, cual trasto de buhonero que se transporta de lugar en lugar y de feria en feria para solaz de los muchachos, esperando el momento en que el más elemental respeto á los sentimientos humanos diera á los que fundaron una nación el reposo que no se niega á las cenizas de los criminales.

Pasando luego del Norte á la faja central y á las comarcas meridionales navarras, se encuentran otros monasterios interesantes también y también deteriorados bajo la influencia del vandalismo manso que reviste unas veces las formas exteriores del aseo, extendiendo capas de cal sobre mil preciosísimos detalles ornamentales, y acusa otras la falta de respeto de los pasados siglos hacia los que los precedieran, no templada por la mayor cultura del siglo presente. La *Oliva*, *Hirache* é *Iranzu*, son tres severos monumentos, y en los tres hay que lamentar atentados de esos que no pueden explicarse por la ciega pasión de masas ignorantes. Y es que cuando en las sociedades humanas ó en una corporación cualquiera se pierde el

(1) En el presupuesto de Fomento para el actual ejercicio económico, figura el nombre de San Salvador de Leyre en una partida de 660.000 pesetas, destinadas á la restauración de diferentes monumentos.

amor al arte ó el sentimiento para comprenderle, no hay preceptismos que puedan resucitarle, ni órdenes severas que impidan los mil extravíos que cometen á cada paso los toscos sucesores de los genios que le crearon.

El *Monasterio de la Oliva* parece destinado á subsistir, y después de haber ostentado largo tiempo sus ruínas melancólicas y tristes bajo el alegre cielo de la ribera, se restaura hoy por cuenta del Estado; su precioso cláustro ojival y la severa sala capitular cisterciense, seguirán despertando en el alma de los artistas las mil extrañas ideas que su contemplación produce, y el hombre soñador podrá ver reproducirse los ventanajes en el suelo á la luz de la luna, ó forjarse en su fantasía nocturnos paseos de monjes blancos.

Hirache tiene hoy completamente blanqueados sus ábsides, que parecen capillas de moderno hospital y no lo que son, construcciones románicas de indisputable mérito. Los curiosos evangelistas adosados á las columnas, ofrecen también medio borradas sus líneas por los que entendían de un modo raro las reglas de buena conservación en los templos, é igual delito de mal gusto se ha cometido con los capiteles del presbiterio y capillas colaterales. El elegante cláustro en que alborea el Renacimiento, presenta numerosas señales de culpables destrozos. ¿Obtendrán buen resultado las activas gestiones que practican para devolverle su primitivo esplendor los hijos de San José Calasanz que hoy le habitan? (1)

Iransu se reduce á polvo rápidamente, y toda clase de esfuerzos serán ya impotentes para salvarle. En el último año se han hundido dos tramos más de su iglesia, y en las bóvedas del cláustro, que permanecen en pie, se observan casi desprendidas varias claves. En breve espacio de tiempo acabará el interés que tenía para los artistas el poético rincón que todavía le alberga, y pocos cruzarán ya la puerta natural abierta entre dos peñascos que señalaban el límite entre el mundo bulli-

(1) He podido examinar detenidamente esta joya artística, y ver numerosos restos de esculturas, que han aparecido entre escombros, gracias á la amabilidad y cultura de los dignísimos padres de aquella comunidad.

cioso y el monasterio en que buscaban en vida su tumba las almas doloridas.

Y al mismo tiempo que los cenobios solitarios se derrumbaban sin servir para los antiguos ni los modernos usos, cual si la nación debiera derrochar sus excesivas riquezas y anular en el polvo el trabajo de sus individuos, sufren las iglesias de las ciudades y villas la acción de otras influencias quizás más destructoras del arte, y cuyos efectos consisten en modificaciones más desdichadas.

El templo de *San Cermin*, en *Pamplona*, está hoy cubierto por un pórtico pintado, en la parte inferior de gris, y en la superior de ladrillo, con un aspecto muy semejante al de esas casitas, encanto de los chiquillos, que se vendían antes en la Plaza de Santa Cruz, para ser colocadas en los Nacimientos.

San Pedro y Santa María la Real de Olite, que ostentan curiosas portadas románicas y ojivales, han sido abovedadas, blanqueadas, teñidas por mil colorines, y deterioradas de tal modo, que es ya difícil reconocer en sus naves elemento alguno que concuerde con los elementos de construcción que anuncian los hastiales.

San Salvador, Santiago, y Santa María del Puente en *Sangüesa*, sufrieron la influencia de iguales trabajos de aseo. El presbiterio y los colaterales de la última estaban decorados con elegantes arquitos de medio punto, apeados en columnillas con capiteles llenos de figuras: por debajo corría una imposta con ajedrezado. Hace algún tiempo se abrieron á derecha é izquierda de la capilla mayor dos grandes comunicaciones, cuya necesidad no se comprende, y el aparato entero de una preciosa ornamentación románica quedó destruído en el ábside central, y muy deteriorado en los de la Epístola y el Evangelio.

Para completar la grandiosa y transcendental reforma, se pintó la iglesia de gris, y se trazaron sobre esta capa de color líneas blancas cual imaginarias separaciones de sillares, que parecieran sin duda más hermosos que los reales ocultos bajo los plastones de yeso, al que discurrió é hizo ejecutar la obra, alcanzando con ella el merecido título de digno admirador del genio de los pintores de puertas y ventanas.

Los ejemplos podrían multiplicarse, y el inventario completo de los delitos del mismo género cometidos en Navarra, sería largo de redactar. Dentro de las ciudades, y fuera de las ciudades, en los pueblos de importancia, y en aldeas insignificantes; en las regiones mejor pobladas y entre los peñascos más solitarios, se embadurnan aquí, como en el resto de España, los templos, se abandonan los monasterios á la destructora acción de los agentes naturales, ó se consideran los olvidados monumentos bienes de aprovechamiento común, á los que se puede acudir uno y otro día para sacar las ventanas, puertas ó sillares que hacen falta en las casas de los vecinos. La repetición de estos hechos da un matiz muy singular á los sentimientos tradicionalistas de las gentes de la comarca.

IV

Las ruínas de los edificios enseñan al observador lo que tuvo vida en las edades pasadas, así como los establecimientos predominantes en un país le aleccionan sobre las instituciones que se miran con respeto en la época presente: los recursos no faltan jamás en absoluto para lo que es objeto de una veneración sincera.

Si los monasterios se desploman en una región; si los paredes levantados en siglos de fe se reducen á polvo; si los monumentos que guardan escritas en sus sillares páginas de la historia nacional son dados al olvido, es inútil que se hagan alardes de sentido tradicionalista, cuando los hechos muestran lo contrario de lo que se quiere afirmar con las palabras: si al lado de los escombros no se desenvuelven centros de enseñanza ó grandes talleres, bien puede asegurarse del mismo modo que no se ha intentado siquiera sustituir el ideal antiguo por los intereses modernos.

Las gentes de la edad presente desandan á grandes pasos en otras naciones la senda recorrida en un período de apasionamiento y lucha por la anterior generación: al mismo tiem-

po que se desenvuelve grandiosamente la industria y se multiplican los centros de la cultura pública, se restauran los cenobios, las catedrales y los claústros; y es que al sobreponerse el sentido más recto humano á las pequeñas odiosidades y las inquinejas de seres todavía más pequeños, se rinde tributo á los genios creadores de todas las formas en que su poderosa iniciativa ha podido ser fecunda para el bien moral y físico del hombre.

En nuestra patria ocurre lo contrario con duelo de sus buenos hijos: se restaura solo por cuenta del Estado, pudiéndose adivinar la exclusiva influencia de un reducido número de personas amantes del arte, á quienes dejan obrar por simple pasividad los demás. Los elementos de la vida moderna se desarrollan con tanta lentitud en la mayor parte de las localidades, que más que á componer centros de producción de la riqueza, parecen destinados á servir de reducidos modelos para una obra que ha de realizarse en el futuro. Los establecimientos de enseñanza yacen aprisionados en locales insuficientes y carecen de recursos con que cumplir de un modo práctico su misión. Asociando unas á otras cosas, se piensa en su vista con tristeza que hemos perdido el ideal antiguo, sin adquirir el moderno; que no hemos tomado de la vida actual más elementos que la costumbre de las discusiones bizantinas suscitadas á cada paso por chismes de vecindad, donde se revela, para vergüenza nuestra, la falta de espíritu elevado.

Aunque ajustada, como no puede menos de estarlo, á este patrón general impuesto á la existencia patria desde los centros en que se fabrican á troquel las Corporaciones administrativas actuales, no es Navarra de las provincias que resultan más desfavorecidas bajo el punto de vista de la energía y el vigor que abriga en su seno; pero por la acción de extrañas influencias, ó quizás por esta misma, es de las más expuestas á violentas agitaciones y de las que encuentran difícilmente su posición de equilibrio dentro de la órbita en que se mueve la política española en el último cuarto del siglo XIX.

Hay algo en la historia de cada comarca que no logra fijar la atención de nuestros hombres de Estado hasta el momento

en que se manifiesta en forma ilegal y exige la represión por la fuerza; algo hay desatendido por todos, y por todos mirado cual cosa anticuada, como si pudieran envejecer aquellos sentimientos y aquellas ideas que van infiltradas en las entrañas de un pueblo, sin producir al mismo tiempo su decrepitud ó su muerte. Navarra era quizás más rica de organismos diversos que los demás reinos españoles, y tenía una constitución profundamente aristocrática, que, á despecho de sus grandes vicios, daba firmeza y vida al país: la destrucción de la mayor parte de sus instituciones locales y la ruína de ésta, han dejado al antiguo reino tan privado de existencia propia como los demás suelos españoles; pero no sin recuerdos más frescos y más tenazmente sostenidos que explican cien conflictos. Castilla, reducida á maniquí, se maneja sin peligros ni tropiezos, mientras que Navarra se encuentra en el ansioso estado, entre la vida y la muerte, por que pasa al final de la obra el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.

Sus clases sociales han desaparecido unas, y otras no han llegado. Aquella aristocracia que mereció su duelo, por las mismas razones que lo merece la de Polonia, está hoy arruinada, sin quedar de ella sombras de lo que fué; su decadencia es mucho mayor que la de la aragonesa y castellana. Hállanse ocupadas las ciudades, villas, villorrios y aldeas por numerosas casas de aspecto señorial, con escudos en sus frentes y puertas de amplio dovelaje, pertenecientes á la transición del siglo XV al XVI, adivinándose en ellas que los momentos de mayor esplendor de la grandeza coincidieron con los estertores de la existencia nacional. Pero á medida que pasan los días se alimentan los montones de escombros con los sillares de las nobles moradas, y las piedras con blasones vienen al suelo para ser juguete de los muchachos ó servir alguna vez á fines más prácticos.

Palacios curiosos, el de los Duques de Granada de Ega, en Estella, el de los mismos próceres en *Sangüesa*, el castillo real de *Olite* y otras cien augustas moradas, se desmoronan solitarios bajo la influencia combinada del viento y la lluvia ó son profanados, arrendándose por sus dueños para los usos más extraños. Aquella joya románica, á que primero hemos

aludido, llena de preciosas columnas, está hoy destinada á cárcel pública, y donde los poderosos campeones figurados en los capiteles se retiraban á descansar después de haber conquistado tierras á sus vecinos, se encierran ahora, por auto del Juzgado, los que se apoderan de lo ajeno sin sujetarse á caballerescas leyes. Sobre su primorosa ornamentación se ha extendido una espesa capa de cal, que bueno es que se sacrifique el arte para mostrar aseo en el exterior, ya que lo de dentro no cumpla con las condiciones higiénicas deseables.

Ante las ruínas de la que fué mansión de Reyes en Olite, se siente la melancólica tristeza y el religioso respeto que despiertan las sombras de pasadas grandezas. Sus galerías están ya nada más representadas por una doble arquería ojival trebolada; y las preciosas torres, primorosamente labradas, se alzan aún; más sólo al modo de momias reducidas á la piel y privadas de todo órgano interno.

Tal cual se levantan sus palacios y castillos, se presentan ante los ojos del observador los herederos de las gentes que los poseyeron y edificaron; guardan algunas exterioridades; pero caminan faltos de energía y fe, revelando bien su descreimiento é impotencia en el abandono de éstas que fueron en el pasado muestras de su poder, y sobre las cuales fundaron su entonces legítima influencia.

Agítase al lado de los restos oligárquicos la clase media con sus abigarrados elementos y sus aspiraciones de actualidad, realizando también allí, en la medida de sus fuerzas, la belleza diminuta, la limpieza de las moradas, la vida cómoda, el buen orden en los mercados y la discreta reglamentación de los paseos, la cultura dosificada con fin personal utilitario, la caridad organizada y medida, los entusiasmos circunspectos, las pasiones dirigidas por el interés y con buen exterior, el esparcimiento en el café ó el casino, el arte con molduras de escayola, las casas monumentales con la ayuda del cartón piedra ó de otros materiales equivalentes, y las cien y cien cosas pequeñas que son para los tenderos de nuestros días, tipo de ciudadanos mimados, el ideal de cada veinticuatro horas y su admiración y encanto por treinta minutos.

Luchan en medio de esta masa muchos hombres ilustrados,

dando un culto al arte superior al que ya revela el aspecto coquetón de la Pamplona de nuestros días, y los lindos, aunque diminutos jardines de la ronda en Estella. Propagan con generoso esfuerzo los principios de una educación pública más real y extensa, estimulando al doble desarrollo moral y económico de que andan bien necesitados los individuos y el suelo. Sus esfuerzos no resultan infructuosos; pero de lo muchísimo que allí queda por hacer, se apercibe el viajero apenas penetra en Navarra, observando que aún permanecen sin provechoso y extenso cultivo las inmensas llanuras de las Bardenas, iluminadas por el brillante sol que vivifica el insecto, desarrolla el abrojo y no determina el crecimiento de la fibra textil, ni madura el fruto de las plantas más necesarias.

Comienza también el desenvolvimiento de los poderes sociales modernos, aunque no se ha llegado á la altura de cambiar una sociedad por otra sociedad, y un mundo por otro mundo. No han ocupado el lugar que deja vacío la aristocracia de la sangre otras poderosas aristocracias industriales y mercantiles: no turba la calma y el silencio de las poblaciones más importantes de Navarra el ruido atronador de los martillos pilones, el continuo girar de los volantes, el paso de las sierras mecánicas sobre el hierro y la madera, el golpe de cien telares moviéndose á compás arrastrados por la correa sin fin; no ennegrece las fachadas de sus casas el carbón dividido, arrojado con el humo de innumerables chimeneas, ni circulan por todas partes los tranvías y ferrocarriles económicos; no ensordece de cuando en cuando al pacífico habitante la explosión de los cartuchos de dinamita en los barrenos de las minas; al sonido de la santa campana que llama á los fieles á la oración, no se unen las vibraciones repetidas de la otra campana que convoca los obreros al taller.

Las fundiciones á orillas del Arga y los molinos de la ciudad del Ega, con el beneficio de las minas en Vera y algunas fábricas más, inician el movimiento en la región y van dando á determinadas localidades un aspecto muy distinto del que presentan otras. En el seno de los altos valles y en el fondo de los bosques se guarda más tenazmente el espíritu patriarcal antiguo: resuenan sólo allí de cuando en cuando los golpes

descargados con el hacha sobre robustos troncos que podrían juzgarse contemporáneos de *Iñigo Arista* ó por lo menos de *Sancho el Fuerte*; dieron hace siglos sus maderas para las lanzas con que se luchó en las Navas, y fueron luego sus tablones á presenciar los hechos de la marina española; hoy se destinan prosáicamente á vigas de las viviendas más ó menos ricas y á quemarse en el hogar, y si la aplicación de los colosales vegetales ha cambiado, no puede decirse lo mismo de la explotación forestal, digna por lo sencilla y poco sujeta á reglas científicas de los primeros tiempos históricos. Hay en esto más sentido tradicionalista que en el respeto á los cenobios, y en general, al arte antiguo.

Todo anuncia que si la aristocracia ha muerto, la clase hoy dominadora no se ha elevado al ideal de nuevas formas de grandeza fundadas en el inmenso desplegamiento de las ciencias de observación, con sus infinitas aplicaciones á la creación de la riqueza. No se advierten allí señales del imperio, cada vez más pleno, que el hombre ejerce sobre las fuerzas de la Naturaleza; no hay muestras de la energía empleada en cambiar de mil modos las formas de los objetos industriales que ha sustituido, como rasgo más característico de nuestro siglo, á la facultad de traducir en masas de piedra la esperanza y los temores de pasados tiempos. El estado de crisis es, por lo tanto, idéntico al estado en que se encuentra el resto del país. ¿Por qué se traduce aquí en hechos más violentos que en muchas otras provincias de España?

No es el clero más intransigente en esta región que en las demás; allí, como en diferentes partes, he oído citar los nombres de algunos sacerdotes, más ganosos de glorias militares que de alcanzar la eterna, porque es común que llamen la atención las cortesanas que escandalizan y no las esposas y madres retiradas en su hogar; pero en contraste con aquéllos existen párrocos del tipo angelical del de Abárzuza, que son verdaderos pastores evangélicos con el corazón lleno de amor al prójimo y el alma rebosando caridad.

Tampoco se manifiesta el fanatismo del pueblo en forma que diferencie radicalmente á éste de los habitantes de villas y aldeas en Burgos, Toledo, Ávila, Soria... y muchas comar-

cas que permanecen tranquilas. Los que se estiman signos exteriores de una devoción extremada, no se observan de un modo excepcional en Navarra: la *Virgen del Puy*, santuario de los más venerados en el antiguo reino de García Ramírez, contiene sólo en su atrio treinta ó cuarenta retratos ofrecidos por personas enfermas, en los que se debe admirar más la piedad de los donantes que el genio artístico de los autores, mientras que dos habitaciones de la ermita de *Sonsoles*, en Ávila, y la iglesia de la *Paloma*, en Madrid, tienen cubiertas sus paredes por brazos, piernas y cabezas de cera, mortajas, cintas, trenzas de pelo, restos de armas, muletas, ataúdes y cien objetos más, pruebas fehacientes de que se ha desconfiado más veces del esfuerzo humano en Castilla que en Navarra, y han acudido en mayor número de ocasiones castellanos que euskaros á la intervención milagrosa de la divinidad en sus asuntos personales.

La instrucción de aquellas gentes no es inferior á la de otras muchas, y la tradición y la historia explican aún menos su singular sentido político en el presente: dos veces desplegó noble energía aquel pueblo varonil para poner la Corona en las sienes de otras tantas Princesas, desafiando el entonces temible poder de Francia, y oponiéndose á los principios de su vecina sobre la forma de sucesión al Trono, y el pueblo que se manifestó tan abiertamente en contra de la ley Sálica, aparece en los tiempos presentes derramando su sangre por los que pretenden representar esta forma de derecho por él tan odiado; ¿cuál es, pues, la razón fundamental del estado de eterna protesta, unas veces mansa y otras armada, en que el país se encuentra?

Navarra es un rincón donde quedan, aunque no muchos, organismos particulares, de esos que nacen de la vida misma de los pueblos, que se engendran por necesidades reales sentidas, y no se imponen por un abstracto espíritu de uniformidad. Navarra es el país que más fácilmente se hubiera prestado al desenvolvimiento de la libertad, tal cual la entienden Holanda, Suíza, Inglaterra y los pueblos que se han sentido bastante cultos y bastante fuertes para no fundar su progreso sobre la copia servil de extrañas naciones. Queda vivo allí el

espíritu histórico y propio: no son aún cera tan moldeable estas comarcas desde las oficinas ministeriales.

En el corazón de sus sierras permanecen representadas la propiedad en común de los *foranos de Aizuriaga*; la tenacidad para mantener los derechos alcanzados por pactos con diversos pueblos de los *roncaleses*, y las asociaciones comunales al modo de pequeños Estados subordinados á los Poderes y Estados superiores del Baztán, de Navascués, y otras cien instituciones curiosas, semejantes á las que llenaban España y llenan todavía las naciones bastante afortunadas para haber sentido la imposibilidad de no ser víctimas de una burocracia estéril para el bien, y docta en la ciencia de anular las energías humanas, si reducían á polvo todo lo que no es administración ó individuo suelto.

Castilla y Navarra salen igualmente perjudicadas de ese imperio de lo artificioso y de ese triunfo del preceptismo legal sobre el genio creador del país: el extraordinario desequilibrio entre la enormidad de cosas que se decretan y el escaso número de las que se adaptan bien al espíritu y costumbres de nuestras gentes, hieren lo mismo el sentimiento en una que en otra, pero hace siglos que *Castilla* se ve reducida á un papel meramente pasivo; piensan por ella los hombres eminentes que produce y se deja modelar á gusto de los que teorizan sobre la vida pública, en parte por patriotismo y en parte por cansancio, mientras que Navarra repugna esta lenta substracción de su existencia y forma con estas repugnancias un sedimento dispuesto á fermentar en cuanto se agregan á la anterior otras causas determinantes de la explosión. Por eso se mantiene aquí el espíritu tradicionalista con energía y tenacidad superiores á las de varias regiones.

Las demás acciones que complican el problema de la paz ó la guerra, son por todos mejor conocidas. Los legisladores que olvidados de su deber convierten en academia el Congreso, tratando de irreverente modo creencias que se sentirán siempre y no se discutirán jamás; los que realizan una política naturalista digna del *Assomoir* ó de las pasiones pintadas en *Nana* y olvidan que son sólo modestos actores en una escena contemplada por el público español; los que estiman

virtud de primer orden, la habilidad para realizar las pobres picardigüelas del salón de conferencias, bastante olvidados del patriotismo para no ver que sobre sus intereses pequeños, del minuto, hay otros intereses de siglos; los que entienden que la bilis derramada en un artículo puede sustituir á la energía de la nación entera, dense un paseo por Navarra, penetren en las aldeas, conversen con los habitantes, y se convencerán de que aquí y en otras partes el resultado final de su obra es mantener vivo el juego de los elementos morales de 1834 y 1869.

¡Y qué tristes sombras proyectan los hechos de la última contienda civil sobre un país pobre y poco cultivado en muchas de sus regiones, pero atractivo y simpático para el viajero, lo mismo en éstas que en las fértiles y ricas!

Después de formar el Ega el pavimento movable de una calle de Estella y caer en ancha cascada por la presa de un molino, encierra entre sus aguas y la vía que se dirige á Mañeru, una esplanada, desde la cual se observa el cementerio. Visítanla hoy gañanes robustos y mujeres hacendosas que labran la tierra.

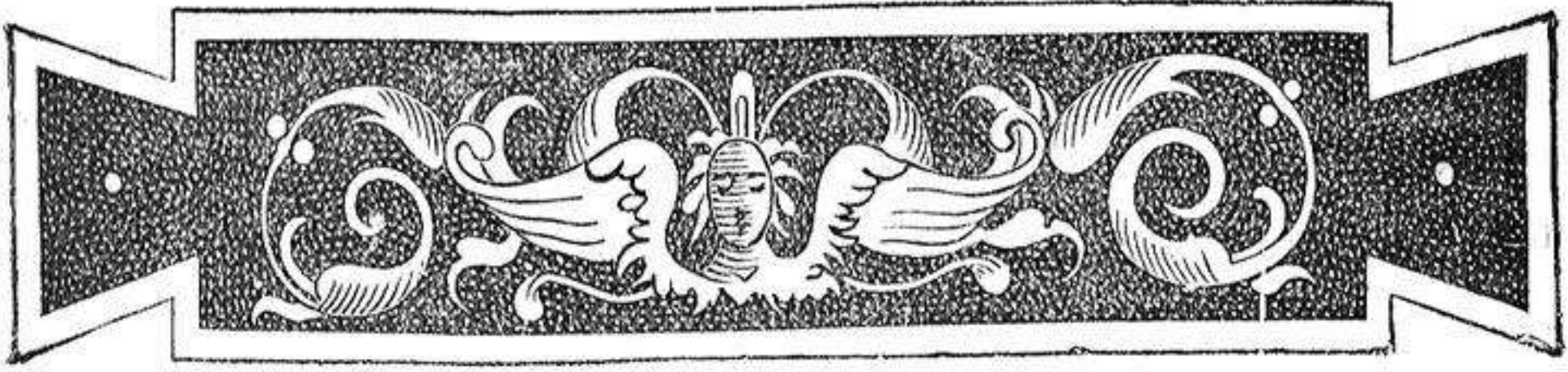
Hace trece años el suelo de aquel rodal estaba yermo: no se escuchaban canciones, ni había bullicioso movimiento; no entraban en él los ganados á sestear, ni jugaban los muchachos. De cuando en cuando pisaba las secas arenas un pelotón de soldados con boínas que llevaban en medio otros soldados sin ellas; permanecían allí un momento, se escuchaba el ruido de una descarga, y había que transportar luego cuatro ó seis cadáveres á la sombría morada de enfrente.

Un día lograron arrojarse al agua dos prisioneros, y con la violencia de un esfuerzo desesperado rompieron sus ligaduras; nadaron con energía, perseguidos á lo largo de la orilla por los hombres del piquete, hasta que en el momento de levantar su cabeza fuera de las ondas hicieron blanco en ellas las balas; y mientras el color verdoso del río se teñía de rojo en algunos sitios, quedaban en otros pueblos de España sin hijos dos madres, que no los habían enviado á luchar contra las creencias ni contra los ideales de nadie; que se habían separado de ellos para que cumplieran el deber que la Patria les impone.

Cuando yo visité la pradera atronaba el aire con agudos gritos una banda de chiquillos, que simulaban combates y luchas, celebrando alegres sus infantiles hazañas; sentadas en un ribazo mecían dos mujeres sus niños de pecho, mirándolos amorosamente, y más allá una jovencuela de catorce años hablaba, llena el alma de ilusiones, con un mozo de diez y seis. ¿Estarán destinados tantos inocentes á que acabe por culpas ajenas su sencillísimo idilio, de igual modo que la historia de los quintos prisioneros en 1874?

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.



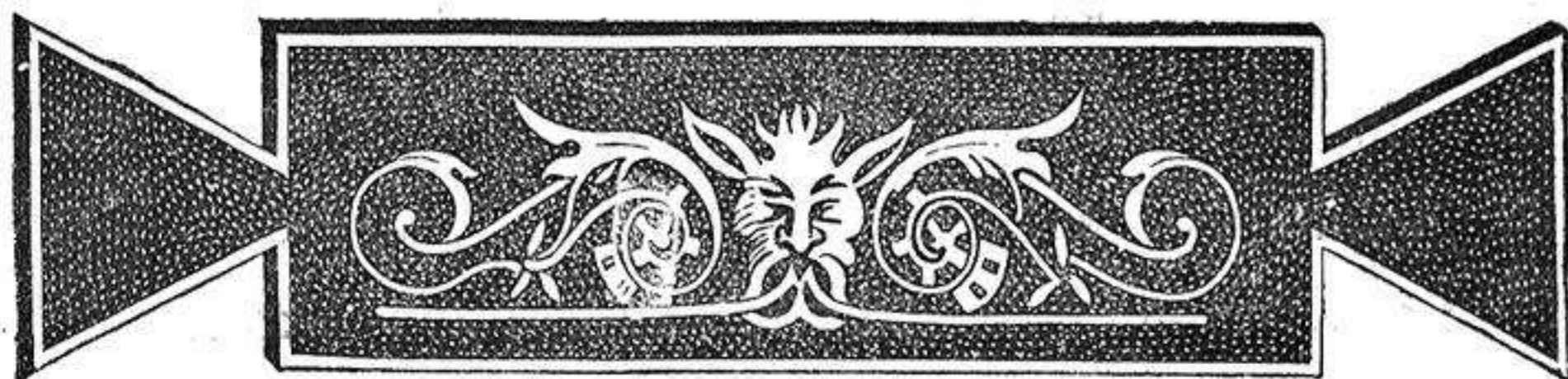


AD REGALEM ACADEMIAM HISPANIENSEM

EPÍSTOLA (I)

Cum Deus, ipse suæ descriptor imaginis almæ,
Plasmata de limo paradise condidit ampla,
Inter divitias animæ, vel munera summa,
Quæ donavit eis, prædulce charisma loquelæ
Eminet in primis. Naturæ at in ordine Cœles
¿Quid dedit humanis tam mirum, tamque stupendum?
¿Quid majus potuit mundi navare Creator,
Quam protoplastis ferre inspiramina linguæ?
¿Quid melius valuit reperire scientia Divi,
Ut cum cœlicolis homines commercia habentes
Mutua sese inter statuant documenta salutis?
¿Quæ potiora Deus potuit dare vincula amoris,
Ut pax in terris regnet stabilita per ævum,
Ac ut amicitias homines sine fraude colentes,
Munia singuli agant, cuncti communia curent?

(I) De un tomo de poesías latinas próximo á publicarse.



A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EPÍSTOLA

Entre todas las gracias y carismas,
que Dios, al imprimir su santa imagen
en limo del Edén dió al primer hombre;
entre tantos regalos con que el alma
enriquecida fué, ¡cuán eminente
el dulcísimo dón de la palabra!

¿Qué otro más admirable y estupendo
en orden natural pudo el Celeste
al hombre conceder? ¿Qué otro más grande
que la inspirada lengua al protoplasta
le pudo dar el Creador del mundo?
¿Otro mejor de Dios la suma ciencia
pudo encontrar á fin de que los hombres,
en relación viviendo con el cielo,
de salvación formasen mutuos lazos?
¿Qué vínculos de amor más poderosos
pudo formar, para que siempre reine
en el mundo la paz, y los humanos,
fieles cultores de amistad sincera,
al bien público sirvan y á sí mismos?

Cum ditatus homo apparet virtute loquelæ,
 Jamjam naturæ angelicæ fere compos habetur,
 Et meritò in cunctis rex ipse animantibus extat.
 ¡Oh linguæ munus, perquam spectabile donum,
 Quod genus humanum sociabile fecit, et amplum!
 Sermo ferè in divos homines convertit, ut omnem
 Ex proprio influxu cuncti dominantur in orbem,
 Atque Deo similes fiant, cœlique capaces.
 —Sermo tamen multo pressus languore periret,
 Sicut et in cassum ceciderunt plurima dona;
 Vel saltem fieret vitiosus, sordeque plenus,
 Niforet in terris custos, servator, et altor,
 Qui Dei opus recolens, poliat, vel lumine ditet.
 Sic ideo sermo revirescit prosperè iberus,
 Namque ipsum vigilans curas, Academia magna,
 Tu linguam tergis, vel purgas labibus ipsam;
 Tu exanges ejus numeros, rhythmumque canorum,
 Atque facis dignam divinis vatibus esse.
 Sermoni hispano vigilanter prospicis, atque
 Thesaurum sacrum condis, velut arca fidelis.
 Alma parens nostræ linguæ celebraris et altrix,
 Quam semper vigilas quasi mater honorificata.
 Singula membra tua immensâ sapientiâ abundant;
 In cœtum vero transcendis sidera cœli,
 Atque Dei arcanum nullo molimine prendis.
 Desuper omne datum mortali scibile noscis;
 Omne quod Æternus dedit inspiramen Adamo,
 Tu magno studio, magnoque labore es adepta.
 Historiam linguæ tibi fas est noscere soli;
 Nam sola hispani Custos idomatis extas.
 Tu sophiæ invigilas linguæ, vel originis ejus:
 Sic ideo mirè coalescit prospera lingua,
 Namque ipsam, sapiens Academia, tergis et auges.
 Nempè tuo in gremio Sapientes gentis iberæ,
 Qui disciplinæ celebrantur in orbe gigantes,

¡Cómo enriquece al hombre la palabra
 haciéndole del ángel compañero
 y monarca entre todos los vivientes!
 ¡Oh gracia del lenguaje, oh dón preclaro,
 que asocia á los humanos y engrandece!
 La palabra les hace casi dioses;
 por ella son del orbe soberanos,
 y á Dios iguales y del cielo dignos.
 —Mas, como tantos dones se han perdido,
 de languidez opresa la palabra
 moriría, ó si no de vicios llena,
 ó de máculas fuera, si no hubiese
 un servador, un guarda y un maestro,
 que la obra de Dios explenda y pula.
 Así la lengua hispana reverdece
 por tu celo, perínclita Academia:
 tú la limpias, tú púrgasla de manchas,
 tú aumentas su cadencia y armonía,
 tú la haces digna del divino vate.
 Como arca fiel conservas tú, celosa,
 tan sagrado tesoro: así te aclaman
 nutriz de nuestra lengua y santa madre:
 ¡Madre honorada, siempre vigilante!
 Cada cual de tus miembros es muy sabio
 y todos juntos son más eminentes
 que los astros del cielo; y sin esfuerzo
 los secretos de Dios los haces tuyos.
 Lo que es dable saber tú lo conoces,
 y por tu gran estudio has alcanzado
 la ciencia que en Adán Dios infundiera:
 del lenguaje español la historia sabes
 tú sola, y sola tú su guarda eres.
 Velando por la lengua de los sabios,
 ó celosa cuidando de su origen,
 próspera y fértil haces nuestra lengua,
 que acreces tú, sabia Academia, y bruñes:
 porque en tu seno adunas los ingenios
 de la nación ibera, que gigantes

Et nunc et semper cum perpete laude refulgent.
 Æde suâ in celebri tantos Academus, Athenis,
 Cum sub divino doctore Platone coibant,
 Hospitio numquam sapientes jure recepit.
 Græcia non totidem prælustis protulit olim,
 Et quisque ex vobis septenos vincere pollet.
 Non tenuere Scios famosa Synedria tantos;
 Tot nec Areopagus quondam, neque mundus habebat.
 Ædibus in vestris fulgent nunc arma, togæque,
 Atque Lyræ reges, hodie miracula mundi.
 Istic magniloquus nitet, altisonusque cothurnus;
 Comica vis quoquè præfulget cum fabulâ amenâ,
 Artes divinæ, ingenuæ, fascisque supremus;
 Magni politices rectores, atque magistri;
 Summi magnates vestrâ spectantur in Aula;
 Valde Viri insignes, disciplinisque potentes;
 Docti oratores patriæ, plebisque Tribuni;
 Magni philologi Cætu numerantur in amplo.
 Istic resplendet genius, spiramine dives,
 Qui, quamvis juvenis, præhibet documenta senectæ.
 Singuli in excelsis scripti conventibus estis,
 Ac ideo obsequium generale per æva meretis.
 —Attamen invidiæ sceleratus spiritus atræ,
 Officium nequam peragens ab origine mundi,
 Suscitât in terris artis quandoque inimicos,
 Quos juvat imprimis sapientes carpere cœcè.
 Virgilius, Cicero, {quid dico?} magnus Homerus
 Sæpe subire nigri livoris tela solebant!
 Attamen apparent in mundi annalibus ipsi,
 Laudibus elati, splendentes lumine et auro.
 Fulget in historiâ Cicero diademate lauri;
 Sed Ciceromastix combustus in æva peribit.

de la ciencia celebra todo el orbe,
 y ahora y siempre brillará su gloria.
 El divino Platón no presidía
 en el jardín del ático Academo
 á tantos sabios como en tí se apiñan.
 ¿Qué son los siete de la Grecia ilustre
 si cualquier de vosotros les supera?
 ¿Qué célebre Asamblea tuvo tantos?
 ¿El Areópago? No: ¡ni aun el orbe!
 Brillan en tí las leyes y las armas,
 y hoy prodigios del mundo, los poetas:
 magniloco orador, trágico excelso,
 el cómico y ameno fabulista
 explenden con purísimos fulgores:
 el haz divino de las bellas artes,
 los nobles, los políticos maestros
 en tu gremio contemplo: ¡qué varones
 por su sabiduría tan insignes!
 los doctos oradores de la patria,
 los fogosos tribunos de la plebe
 con los grandes filólogos se adunan
 en tu seno, do brilla, en numen rico,
 un genio, que aunque joven, representa
 de la prudente ancianidad los dones.
 Cada cual de vosotros se halla adscrito
 á ilustres Asambleas, por lo tanto
 de todos merecéis eterno obsequio.
 —Mas el malvado genio de la envidia
 ya, desde el primer sol, perverso siempre,
 alguna vez suscita de las artes
 enemigos, que gózanse malévolos
 en herir ciegamente á los más sabios.
 Virgilio, Cicerón, ¿pero qué digo?
 El mismo Homero, de la negra envidia
 los tiros recibían muchas veces:
 sin embargo, sus nombres en la historia
 ensalzados se ven y luminosos.
 Ciñe el laurel de Cicerón la frente,

Sic ideo in patriâ criticus, si hoc nomine surget,
Atque tuas operas mordebit dente maligno,
Aëra vel plectens, livorem pandat et ausum;
Si quis Pseudo cato joculari non reverenter,
Sivè tuæ famæ maculas aspergere tentet,
Temnito, nam maculæ, quamvis sint forte reapse,
Exaugent operum spciem, meritumque tuorum,
Sicut splendorem maculæ Titanis adaugent.
Cuncta tua affulgent opera, et sine fine nitebunt,
Sic prout in cœlo solis lux emicat alto.
Nam res humanæ, quas vera scientia dictat,
Quamvis invidiæ subeant mastigia dura,
Non tamen intereunt criticorum dente sub atro.
Andax é contra criticus sine laude macescet.
Ut Ciceromastix olim derisus ab orbe,
Vel nupto nebulis obscuris nomine in ævum.
Partus legitimi, quos fert Sapiencia, vivent,
Nomina scitorum sculpentur in ære, et in auro.

X.



pero su azote para siempre ha muerto.
 Si en nuestra España un crítico surgiera
 —no merece tal nombre— que su audacia
 mostrase vanamente con su envidia;
 ó si falso Catón de tí burlarse
 intenta irreverente, ó si tu fama
 quiere manchar, despréciales, las mismas
 manchas, si existen, el fulgor aumentan
 de tus obras, y el mérito avaloran:
 ¡Así del sol el brillo immaculado
 se acrece con las máculas que ostenta!
 Todas tus obras brillan, y por siempre
 brillarán, cual la luz en las alturas,
 porque los hijos de la ciencia fruto,
 aunque de envidia sufran los azotes,
 jamás mueren al diente de los Zoilos;
 estos sí, para siempre confundidos,
 yacen sin loa, ó son del mundo befa,
 como el de Cicerón, ó eternamente
 se hunde su nombre en tenebrosa noche.
 ¡Los legítimos partos del ingenio
 vivirán, y los nombres de los sabios
 grabados se verán en oro y bronce!

X.





LA INMIGRACIÓN CHINA EN FILIPINAS

CONTINUACIÓN (I)

Que sucediendo todo esto, haya quien afirme que los chinos han sido tratados en todos tiempos con encono en Filipinas, es cosa que, en verdad, no se comprende. Mas todavía, por si no bastase lo anteriormente expuesto para demostrar lo contrario, recordaré la Real cédula de 17 de Junio de 1679, de la cual se deduce que precisamente los chinos que se difundían por los pueblos, eran los que perseguían y molestaban á los indígenas dedicados á las mismas industrias ú oficios que ellos, abuso que por dicha soberana disposición se trató de corregir; y en cuanto á la época presente, bastará transcribir aquí la contestación dada por el periódico de Manila *La Oceanía Española* á su colega *El Comercio*, en la polémica que sobre esta materia sostuvieron el año pasado: «Si no los considera, decía, la Administración como extranjeros, si les entrega casi todos los servicios públicos contratados, si no les cierra ninguna industria y á sus hijos los considera como nacionales, y en esto estamos conformes, y si hasta les exime de requisitos vejatorios para permanecer en el país que á los mismos peninsulares no concede sin fianza, lo que es muy curioso y sólo por antiguo no extraña á nadie, si de

(I) Véase la pág. 514 del número anterior.

esa manera benévola y con esa especial predilección, sin ejemplo en ningún país, los acoge, aun á riesgo de que fijando en ello la atención, pidan el mismo trato otros extraños cuyos Gobiernos y el nuestro han pactado solemnemente recíprocas ventajas de la nación más favorecida, ¿qué son de hecho en este país los chinos, sino extranjeros nacionalizados sin necesidad de carta de naturaleza? ¿Dónde está la hostilidad del país ni de su Administración? ¿Cuál es la provincia donde no puedan residir sino al amparo inmediato de la Autoridad?

»Y es el caso que la idea fija tan errónea del colega, adquiere más firmeza donde dice que están considerados aquí los chinos como parias, y que si á algo se parecen ante la opinión, es á los gitanos en la Península, siendo esta condición triste y humillante la que les obliga á formar «rancho aparte,» por lo cual vienen «á constituir un pueblo dentro de otro pueblo, á agruparse por el instinto de propia defensa.

»¿Para quién escribirá todo esto el colega? ¿Habrá en Manila un solo lector que tome en serio cosas semejantes?

»Esos *parias*, de los cuales vemos muchos en magníficos trenes, que en tanto número circulan por nuestras calles, que explotan casi todos los negocios, interesados en barcos, dueños de las contratas, que dan fiestas á las cuales concurre lo más distinguido del vecindario, á contar desde sus Autoridades, que cuando litigan tienen á sus órdenes los primeros letrados, y que como dicho queda ya, disfrutan de situación de hecho más ventajosa que los nacionales, si se agrupan no es por necesidad de defensa, sino porque nunca se asimilan á la sociedad en que residen temporalmente y en la cual hacen vida parasitaria, que no retorna interés ni servicio alguno.»

Tal es la realidad de los hechos. Los chinos se encuentran hoy día en Filipinas en situación privilegiada, respecto á indígenas y peninsulares, ya por ministerio de las leyes, ya por culpable disimulo de las Autoridades. Véase, pues, cuán lejos están de la verdad los que pretenden presentarlos como víctimas de toda clase de atropellos.

Uno de los medios más poderosos que los chinos emplean en todas partes para conseguir el monopolio del comercio al por menor y apoderarse de los oficios y artes mecánicas, es el

de establecer una verdadera masonería, mediante la cual, unidos estrechamente entre sí, prestándose mutuo auxilio y cooperando todos al mismo fin, forman esa red inextricable que en vano trata el indígena de romper. Las casas extranjeras que en Manila importan géneros europeos, los entregan á un corto número de comerciantes chinos. Éstos los reparten equitativamente entre todas las tiendas de sus compatriotas, haciendo la correspondiente remesa al agente principal que tienen en cada provincia, el cual, por medio de los llamados *cabecillas*, los distribuye entre todos los tenderos chinos de los pueblos.

Al hacer la distribución y remesa de las partidas, los cabecillas marcan escrupulosamente todos los precios, que por ningún concepto es permitido á los tenderos rebajar. Con este sistema, pues, sucede que, por muchos que sean los establecimientos de chinos en una población, en todos hay los mismos artículos, y en todos se agotan á la vez los géneros, siendo inútil el tratar de buscar en otra tienda lo que en la primera no se encontró ó se rechazó por caro, pues en este último caso, antes de que el comprador haya traspasado el umbral de la puerta, ya ha salido sigilosamente un mensajero que corre á dar el aviso á las demás tiendas, para que de ningún modo cedan el artículo pedido á un precio inferior. De esta suerte el comprador tiene forzosamente que sucumbir.

Cuando el chino, siempre en la más extremada miseria, llega á Manila, pasa á poder de un cabecilla, mediante la cantidad de 20 ó 30 pesos, por la cual queda el neófito empeñado hasta que puede extinguir la deuda; comienza por los oficios más penosos y humildes, obteniendo una retribución sumamente exigua, pero de la cual siempre ahorra, á fuerza de privaciones, una parte más ó menos considerable, y de este modo consigue al fin recobrar su independencia, trabajar por su cuenta y reunir casi siempre un capital que le permite regresar á su país y disfrutar en él de alguna holgura. Muchos son los que en la empresa sucumben á causa de la rudeza de ciertas tareas, de su escasa y mala alimentación y de la infecta atmósfera que en sus viviendas respiran. Para estos desgraciados no hay conmiseración alguna entre sus compatriotas, pues el mutuo auxilio

no alcanza á los miembros de la sociedad explotadora, sino en tanto que son útiles. Aquellos infelices morirían, pues, en el más triste abandono, si nuestra caritativa Administración no les proporcionase gratuitamente en el hospital las camas y demás auxilios que por las cláusulas de la fundación, debieran únicamente facilitarse á los nacionales, y que los extranjeros, no chinos, tienen que pagar.

Con la organización masónica anteriormente indicada, con la benignidad administrativa que pone en sus manos las contratas de anfión ó fumaderos de opio, de galleras, de los arbitrios provinciales y municipales, titulados de carruajes y caballos, de mercados públicos, de portazgos y vadeos, de resello de pesas y medidas y otros varios, con su natural astucia, actividad y perseverancia, tiene el chino sobradas armas para imponerse á los indígenas, ejerciendo un poder efectivo que le proporciona gran ventaja para toda clase de negocios; pero todavía, no bastando esto á su codicia, recurre constantemente á los medios más reprobados para aumentar sus ganancias, ya cometiendo toda clase de abusos en el ejercicio de sus funciones de asentista, ya empleando en su negocio de reventa el fraude, la mixtificación y la estafa, hasta el punto que no hay artículo alguno que no expenda adulterado ó mermado en peso, medida y calidad. Los que suponen que el indígena abomina al chino por envidia, están en un craso error. Le detesta, es verdad, pero es por su falacia; y aun así, esa aversión jamás ha adquirido formas tumultuarias, excepto en aquellos casos en que los chinos han provocado serios conflictos, turbando la pública tranquilidad.

Para que un país cualquiera obtenga ventajas de la inmigración, es necesario que los inmigrantes aporten á él capitales, industrias nuevas ó conocimientos superiores que permitan perfeccionar las ya existentes, y en defecto de todo esto, que al menos apliquen su aptitud para el trabajo á tareas reproductivas para la sociedad en que se establecen, ó que se asimilen completamente con ella, proporcionando de este modo algún estímulo á las industrias y profesiones que prosperan por el aumento de población. Con los chinos nada de esto sucede, pues ni traen capitales, ni industrias desconocidas, ni

mayores conocimientos, ni se identifican jamás con la sociedad que les rodea, dentro de la cual viven agrupados conservando sus costumbres, ideas y creencias. Sus ropas, su calzado y hasta gran parte de su alimentación, proceden de China, adonde vuelven al cabo de un número más ó menos largo de años á disfrutar de su peculio, sin haber contribuído en lo más mínimo al aumento de riqueza del país en que lo formaron. Es más, no sólo no constituyen para éste un elemento de prosperidad y progreso, sino que, por el contrario, contribuyen eficazmente al atraso y á la ruína de todos los ramos de producción. Obsérvese cómo viven los chinos en Manila, y se verá que, refractarios á todo lo que es ornato, aseo y buen gusto, conservan sus tiendas en iguales condiciones que en los primitivos tiempos, sin la menor innovación en sentido de adelanto. De los chinos puede decirse, como ciertos economistas hablando del Estado, que su mano seca cuanto toca. Al apoderarse de varios oficios, como los de zapateros, ebanistas y otros, desbancando á los indígenas, han empeorado los artefactos, pues todo lo que hacen es de mala calidad y de escasa duración, con lo cual resulta más caro, á pesar de su aparente baratura. Lo mismo sucede con sus obras de carpintería y albañilería. En cuanto á los productos agrícolas, á ellos solos es debido el descrédito en que algunos han caído.

En el arroz consiguen, por medio de manipulaciones y mezclas con el de Saigón, comprando al peso por mayor y vendiendo á medida al por menor, ganancias considerables, pero en perjuicio del consumidor, que se encuentra burlado, creyendo comprar buenos arroces filipinos. En el abacá han suplantado con su actividad y astucia á los acopiadores peninsulares, mestizos y extranjeros; pero con su maligna habilidad en pesos, medidas, monedas y clasificaciones, van labrando ya el descrédito de esa valiosa producción. El añil, que en otros tiempos se cosechaba abundantemente en Ilocos, Laguna y Pangasinan, siendo muy estimado en los mercados extranjeros, ha desaparecido casi por completo desde que los chinos monopolizaron su comercio. En el azúcar, sólo se dedican al acopio del llamado de *fardérias*, por ser el que más se presta á fraudes y mixtificaciones. Por último, habiendo abierto el

desestanco del tabaco un vasto campo á su instinto especulador, invadieron inmediatamente las provincias productoras, en donde compran las hojas antes de estar en sazón, y sin apenas beneficiarlas, orearlas ni clasificarlas cual conviene, antes bien, mezclando las de diferentes clases y procedencias, las enfardan y traen á Manila para su venta, ó para su elaboración en las numerosas y grandes fábricas con que ya cuentan, y de las cuales salen cigarros de pésima calidad, que llevan á los mercados del exterior, en descrédito de tan importante artículo comercial, pues al probar esos cigarros baratos, creen los extranjeros que todos los que van de Filipinas son iguales, derivándose de aquí grandes é irreparables perjuicios.

Si los chinos constituyesen una raza verdaderamente colonizadora, en ninguna parte pudieran observarse mejor los efectos de su aptitud que en Formosa, en donde se hallan establecidos como conquistadores desde 1661. Pues bien; véase lo poco que hasta ahora ha adelantado aquella isla en riqueza y civilización.

En cuanto á Filipinas, yo no alcanzo á ver la participación que los chinos hayan podido tener en su actual prosperidad. Es evidente, desde luego, que en nada han contribuído á su adelanto moral é intelectual, y respecto al aumento de su riqueza, pensar que á ella han cooperado, sería lo mismo que si al ver un árbol vigoroso con el tronco plagado de insectos, se atribuyese á éstos su lozanía. La riqueza de Filipinas ha prosperado, no por los chinos, sino á despecho de los chinos, á beneficio de la civilización que, creando nuevas necesidades, ha estimulado hacia el trabajo á los indígenas, y por la eficacia de ciertas reformas, como la libertad del tráfico interior, la habilitación del puerto de Ilo-Ilo al comercio exterior, la activa persecución de la piratería, y la organización de la Guardia civil, que ha proporcionado á la población rural la seguridad de que antes carecía. La prueba de ello está en la prosperidad de ciertas comarcas, como la provincia de Batangas, la isla de Negros y otras, en que los chinos han sido siempre muy escasos. El chino, como elemento social parasitario, no hace más que chupar la savia del país en que se fija.

Para terminar esta parte de mi trabajo, copiaré las palabras de un ilustrado párroco (1). Ha dicho así: «Que los chinos jamás han importado capital alguno, es incuestionable; que extraen cuanto capital pueden formar, está fuera de toda duda; que no favorecen ni aun al comercio, *que es todo un sueño de oro*, tampoco lo disputará persona alguna; antes por el contrario, convendrán todos los que sepan cómo comercia el chino, en que ellos sólo arruinan todo comercio, por su mucha inmoralidad, y porque todo lo adulteran. Que ninguna industria mejoran, es cierto; que las artes no las conocen y no las quieren ejercer, tampoco es dudoso; que la agricultura no la aceptan ni la promueven, está á la vista de todos; que bajo máscara de atentos, corteses y sufridos, hacen la más terrible guerra al país, sería muy gran simpleza el negarlo; que para esta guerra cuentan con medios siempre seguros, como es su idioma, capital, unión ciega y hasta idólatra, tampoco puede combatirse; que la ley y la Autoridad los cobijan con demasiada benevolencia, esto es evidente á todos los moradores de Filipinas.»

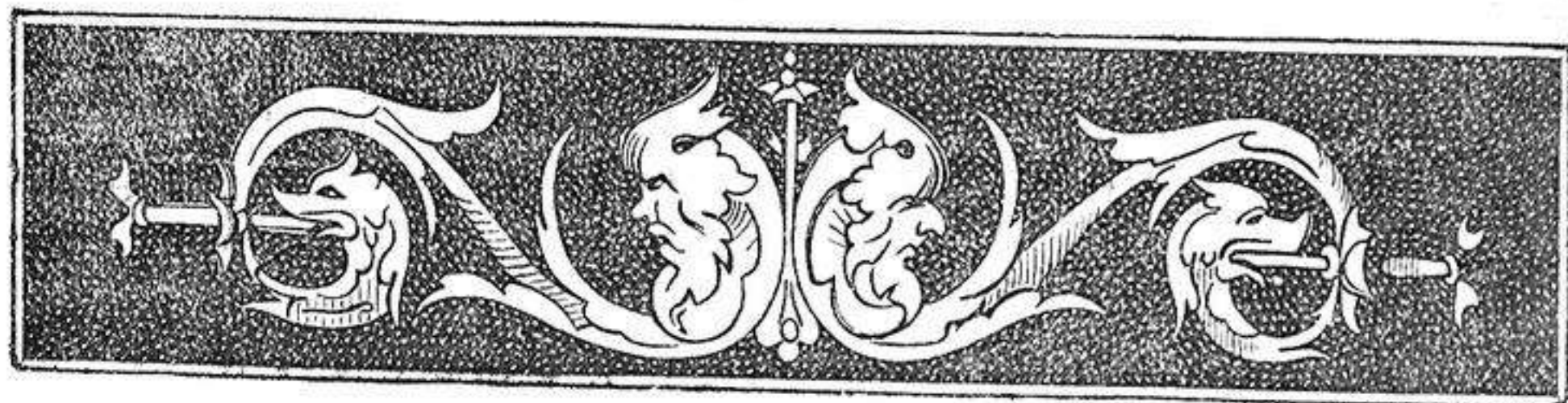
¿Cabe, después de esto, dudar de que, bajo sus actuales condiciones la inmigración china es dañosa á los intereses económicos de Filipinas? Creo firmemente que la duda no es posible.

RAMÓN JORDANA.

(*Se continuará.*)

(1) *Los chinos en Filipinas*, folleto publicado por *La Oceanía Española*, página 40.





REVISTA DE TEATROS

A fuer de imparciales, vamos á dar comienzo á la revista de esta quincena dando cuenta de un verdadero acontecimiento que hace años no figuraba en los fastos de la zarzuela española, debido á la fecunda pluma del Sr. Ramos Carrión y á la no menos inspirada del maestro Chapí, que han reanimado su decaído espíritu con la que han escrito, con el título de *La Bruja*, estrenada no hace muchas noches en el Teatro de la Zarzuela; y damos cuenta de esta su última producción en obsequio á nuestros lectores, porque, á decir verdad, la Empresa tan aficionada á los desprendimientos *ad hoc* y de relumbrón, no se ha dignado desmembrar los pingües productos de dicha obra, acordándose de nosotros, seguros de que su olvido no había de torcer nuestro imparcial juicio.

Copiosa y abundante es la Edad Media en invenciones ilusorias de trasgos, fantasmas, encantamientos y brujos; el arte mágico dominaba por completo en aquella época; el deseo de adivinar lo futuro, que partiendo de la India y del Egipto se refundió en Grecia y en Roma, y, haciéndole patrimonio suyo, los árabes le legaron á la Edad Media envuelto en los nombres de Rogerio Bacón en Inglaterra; el Marqués de Villena en España; Alberto el Grande, Cornelio Agripa y Silvestre II en Alemania, confundiéndose después, cuando los estudios filosó-

ficos tomaron rápido vuelo y total incremento, con los de Platón, Pitágoras, Porfirio, Jamblico y Plotino, que convirtieron la metafísica en arte mágico, dando un fundamento filosófico á la piromancia, acreomancia, hidromancia y quiromancia, que andando el tiempo y á través de los siglos, habían de refundirse en el magnetismo y espiritismo, síntesis de las ciencias ocultas que tanta importancia tuvieron en los pasados siglos.

La secta de los brujos se subdividía por aquel entonces en varias categorías, y su importancia fué tanta, que el Santo Oficio, que desarrolló las propensiones del genio español, tenaz, sombrío, ardiente, melancólico, religioso y místico por instinto, y fanático por ignorancia, la persiguió con la tenacidad propia de aquellos tiempos, hasta ensangrentarse en el siglo XVII con la reunión que de ellos se verificaba en Zugarramurdi, á cuyo aquelarre, presidido por una tal María Jurreteguia, fué conducido por la confesión de una muchacha francesa; y según la opinión de D. Vicente de la Fuente en su historia de las *Sociedades secretas*, fueron sorprendidos por dicho Tribunal veintiocho de aquellos insensatos, de los cuales, diez y ocho perecieron entre las llamas de la inquisitorial hoguera.

Aunque en los primeros años del siglo XVII todas las supersticiones mágicas que habían recorrido el gran círculo de los desvaríos humanos perdieron todo su vigor, porque conforme el juicio emitido por Salvador Constanzo, las luces que desaparecen y las ciencias que iban adquiriendo fuerza y energía disipaban las tinieblas de la ignorancia, encaminaban á los hombres por la senda de la observación y de la crítica, intérpretes fieles de los fenómenos naturales; pero á pesar de esto, desde 1661 á 1700 que constituye el reinado de Carlos II, las supersticiones mágicas y la brujería contaban con poderosos auxiliares y no escaso valimiento, como lo prueban el hechizamiento del Rey y otros muchos hechos que figuran en la historia de tan desgraciado Monarca.

En esta época precisamente, y en una de las provincias vascas, si no estamos equivocados (porque habiéndola visto sólo una vez y sin habernos remitido ningún ejemplar, en lo que el autor no hubiera perdido nada, y nosotros hubiéramos

ganado mucho, es casi imposible hacer una relación exacta), fija el Sr. Ramos Carrión la acción de *La Bruja*, y tomando por base una hermosa joven encantada, que es la protagonista, y cuyo desencantamiento estriba en que un joven se case con ella, hilvana un drama perfectamente combinado, en el que un militar toma á su cargo el desencanto de *La Bruja*; marcha á Flandes, vuelve de aquellos terrenos con la banda de Capitán, y al poner en obra la realización de su plan, la Inquisición, azuzada por el espanto que produce al pueblo el *aquelarre* que preside la bruja en aquella localidad, trata de prenderla, y el Capitán, como es natural, se empeña en salvarla, y en esto estriba la acción principal del drama, que se desenvuelve con el auxilio de una sucesión de escenas, en que la verosimilitud moral predomina, el ingenio se manifiesta en todo su esplendor, los caracteres de los personajes están dentro de la ficción dramática, el interés no decae un solo momento, y el plan, muy bien concebido y magistralmente desarrollado en una acción lógica y natural con relación al asunto, conducen á un final que, si bien nos pareció algo oscuro, creemos que está en armonía con la idea primordial y en consonancia con las situaciones culminantes de la obra, que revelan un perfecto conocimiento del teatro.

La que más llamó justamente nuestra atención, es aquella en la que la Inquisición se apresta á prender á la bruja y el Capitán se dispone á salvarla, y aunque no ha faltado quien acuse ese momento como contrario al dogma católico porque el cura excita al pueblo á que ruegue para que la bruja no caiga en las garras de la Inquisición, nosotros opinamos, que si bien el autor ha olvidado por un momento el exagerado y característico fanatismo de aquella época, no ha perdido de vista que la caridad y el amor al prójimo, que tan santa virtud practica, han luchado siempre, y en todas épocas, y en todos tiempos, por abrirse camino entre las aviesas doctrinas del fanatismo y de la incredulidad, y que, por lo tanto, el cura, comprendiendo que desvanecido el sortilegio quedaba sólo un alma humana, por ella dirigía sus ruegos, resorte, á nuestro juicio, hábilmente manejado, como todos los de la obra, por el Sr. Ramos Carrión; pues si el ruego lo hubiera puesto

en labios de un fraile, no hubiera estado dentro de la época en que se fija la acción, por más que, si hemos de ser francos, no es ese el punto vulnerable que tiene el personaje, pero es de tan poca monta, que no merece mencionarse, teniendo en cuenta que la crítica ha de ser severa cuando deba serlo, y el ensañamiento, es tanto más ridículo, cuanto carece de oportunidad.

Cuanto hemos dicho del libro, es pálido para lo que debemos decir de la música; inspirado, digámoslo así, el Sr. Chapí, en la misma inspiración que el autor de la letra, sintiendo el drama lo mismo que aquel lo ha sentido, dentro también de la época, é identificado con el asunto de un modo admirable, ha escrito una de las partituras en las que estriba uno de sus mayores triunfos.

No un número, sino todos los que la constituyen, son dignos de la inspiración de tan acreditado maestro.

La escena de las brujas, la jota, el zortzico y el coro de pe-lotaris, están perfectamente dentro de la época en que se desarrolla la acción; arrancan de aquellos tiempos de apocamiento intelectual, de superstición y fanatismo que convertían aquella edad en un lóbrego calabozo, dentro de cuyos pesados muros pugnaban por salir, comprimidas por una religión mal entendida, un absolutismo tiránico y una autocracia despótica, refractaria y contradictoria del carácter peculiar de nuestros pueblos, que se reflejaba en esos hermosos cantos populares que tan bien ha sentido y ha descrito el maestro Chapí.

El concertante del segundo acto es una obra magistral; la riqueza de la instrumentación, la magnífica combinación de los tonos, y el reflejo fiel de la situación, constituye su principal mérito, así como el sentimiento y la armonía del duo y cuarteto del primer acto, y el duettino del tercero.

La interpretación, debida á las Sras. Di-Franco y González, y los Sres. Berges, Soler y Loitia, mereció justo aplauso, así como el modo de presentar la obra, aunque algo más hubiera podido hacerse.

El Sr. Soler dirigió la obra de una manera perfecta.

Con gran satisfacción hemos cumplido nuestro cometido, primero porque creemos haber hecho justicia, y segundo, por-

que conocidos de todos y sabiendo que el desinterés y la verdad caracterizan nuestros actos, podemos desmentir la errada opinión de los que creen que el periodista en general y el crítico teatral, tuercen su opinión por una localidad más ó menos; nosotros, y todos los periodistas en general, tienen en más la reputación de un escritor que el olvido, quizá involuntario, de una Empresa.

*
* *

Reconocidos á la amabilidad del Sr. Mario, asistimos al estreno verificado en su teatro, ó sea en el de la Comedia, de la última producción del Sr. Vital Aza, titulada *El Sombrero de copa*.

Uno de esos éxitos tan unánimes como espontáneos presentamos aquella noche, en nuestro juicio merecido, porque si bien no pertenece al género de la alta comedia, ni resuelve ningún problema social, está dentro del genuino terreno de la comedia festiva y nada enseña, sin embargo, cumple con su cometido, entretiene al público, y si por una parte carece de un fondo filosófico, la idea primordial está bien desarrollada; la ausencia de caracteres se suple con la presentación de tipos muy bien trazados; el interés no decrece un momento; los chistes de buen género superan á los de color subido, y se suceden sin interrupción durante toda la obra, manteniendo al público en continua hilaridad. Los resortes cómicos están diestramente manejados, así como las situaciones de la misma índole, siendo, en fin, la comedia en cuestión, un modelo de las de su género, en las que el autor revela un perfecto conocimiento de la escena y del público; y, que si bien por un lado pertenece á ese género que vulgarmente se dice *gordo*, en el que el convencionalismo y la verosimilitud toman una parte muy activa, no rayan, ni por un momento, en lo chabacano ni en lo grosero, como hoy se acostumbra, revelándose el ingenio del autor en la manera de urdir la trama, desarrollar la acción y sostener el interés.

No hemos pretendido nunca que el teatro sea una Academia, sino una diversión culta, dentro de la cual caben lo mismo las

obras que desarrollan altos problemas sociales, como las que retratan escenas íntimas de familia, ó reflejan los ensueños de la fantasía. Dentro del segundo grupo figura el autor de *El Sombrero de copa*, y con un argumento sencillo en extremo, logra cautivar la atención del público, y además, hacer un acto tercero con escasos materiales, cuando en el segundo se creía terminada la obra; y si bien éste es más flojo que los anteriores, no descompone el conjunto de la obra. El público no aprende nada, pero se divierte, y el autor demuestra que lo es.

Respecto á la interpretación podemos decir que fué admirable, y no se crea exagerado el calificativo, porque si fuéramos á hacer mención de cada uno de los que en ella intervinieron, nos faltaría espacio. Ni un detalle se escapa á los ojos del espectador, ni una omisión ni una falta se nota en todo el curso de la representación, que desdiga de la base fundamental de la obra.

La señora Tenorio hace de una manera discretísima y encantadora la mujer casada que sospecha que la es infiel su marido. La señora Guerra, la mujer entrada en años que, unida en matrimonio con un joven, de cuya falsedad no sospecha hasta el fin de la obra, gracias al ingenioso rasgo de quemar el forro del sombrero encontrado en casa de su querida, y que marca en su frente la señal de su infamia. La señorita Górriz, en su papel de señorita de lugar, á quien toman por la querida en cuestión, y que viene con su padre á cobrar unos cuartos á un Diputado cuya elección fracasó en su pueblo, está admirablemente. El Sr. Mario hace un característico de los que él sólo tiene el molde, y borda de tal manera su papel, que sin tocar, ni por asomo, en los límites de la exageración, sostiene su tipo hasta el final, sin incurrir en esas chocarrerías tan peculiares en nuestros actores cómicos. El señor Mata tiene á su cargo un papel de galán cómico que interpreta á las mil maravillas, demostrando que maneja su difícil arte con la misma perfección en la comedia que en el drama. Muy bien, pero muy bien el Sr. Sánchez de León en su papel de marido calavera y encogido. Admirable el Sr. Martínez en su papel de portero. Discretísimos los dos muchachos que hacen los papeles de mozos de cuerda, y por último, el conjunto resulta perfecto.

Lo mismo podemos decir, incluyendo á señorita Guerrero, de la interpretación que obtuvo el disparate en tres actos, titulado *Veinte céntimos*, traducido por el Sr. Pina y Domínguez, estrenado en el mismo teatro la tarde de Nochebuena.

Respecto al mérito literario de la obra, insistimos en que es un verdadero disparate traducido del francés por el Sr. Arderius, y puesto en escena en el Teatro del Circo á modo de zarzuela, con el título de *Suplicio de un hombre*, y acompañándole en su desempeño las señoritas Lola Fernández, Montañés, Bordan y el Sr. Jiménez; la ha vuelto á traducir el Sr. Pina dejando en pie los defectos más cardinales, cuales son, falsedad, inverosimilitud y convencionalismo, sin tener más de bueno que los chistes que son cultos; pero como ha sido presentado el día de Navidad, se puede decir aquello de: para quien es D. Pedro, con Doña María basta.

El mismo dicho es aplicable al apropósito escrito por los señores Lastra, Prieto y Ruesga, con música del maestro Chapí, titulado *El esclavo ó la venida del Mesías*, que se estrenó en el Teatro de Novedades. Las decoraciones son viejas; la música, pasa; la letra también; los chicos se ríen; el teatro se llena y *tutti contenti*.

En Apolo vió la luz primera una zarzuela, letra de D. Felipe Pérez, música del maestro Mariani; la decoración merece verse, lo demás, llena un hueco y.... nada más.

El Crimen de anoche, escrito por D. Constantino Gil, y estrenado en el Teatro Lara, es un juguete muy chistoso que entretiene al público.

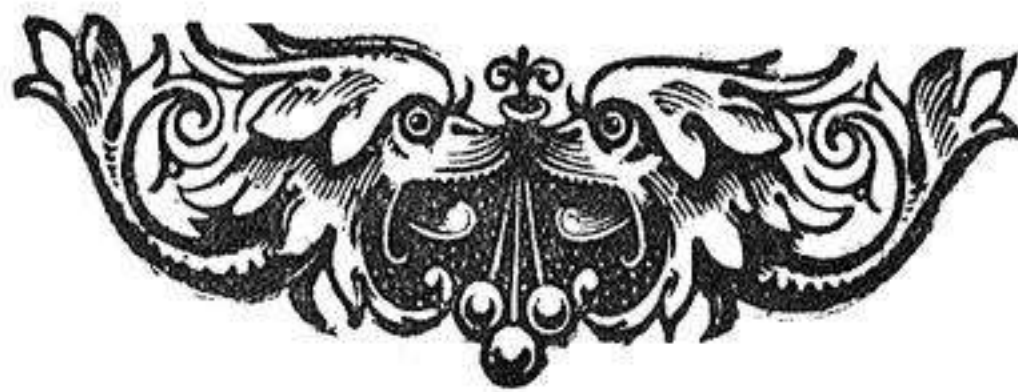
En Eslava y Variedades se han estrenado respectivamente dos zarzuelitas, revista ó cosa así, tituladas *Los Inútiles*, letra de Perrín y Palacios y música del maestro Nieto, y *La Chiclanera*, libro de Jakson y música del maestro Caballero. Las dos corren parejas, y valen poco, con el sainete del Sr. Luceño, que con el título de *Los Portales de la Plaza*, se estrenó en la Comedia, y en el mismo un sainete titulado *¡Viva España!*, con buenos chistes y de mejor corte, pero resulta algún tanto lánguido. Su autor, que lo es D. Miguel Echegaray, y todos los actores de la compañía que en él tomaron parte, merecieron nutridos aplausos.

Mejor éxito tuvo, y justos aplausos ha merecido, el que hemos visto en Lara titulado *Manzanilla y Dinamita*, hijo de la pluma de D. Miguel Echegaray.

*
* *

Al Teatro de la Princesa se ha trasladado la compañía que actuaba en el Español. Los Sres. Calvo y Vico siguen explotando el repertorio, y la *cremme* de la sociedad madrileña acude solícita, como movida por un resorte, á presenciar la exhumación de valiosos cadáveres literario-dramáticos, convirtiendo aquel coliseo en un Teatro Real.

RAMIRO.





LA MANO IZQUIERDA

CONTINUACIÓN (1)

Corría á ambos lados de la ligera construcción una empalizada bajita que la separaba un poco de la plazoleta del bosque, y servía como de protección á un arriate de flores primorosamente dispuestas. Por uno y otro lado la empalizada y el arriate terminaban cerca de la misma muralla que rodeaba la finca; pero la casita tenía otra fachada por la parte exterior, cuyas ventanas no podían verse de ninguno de los tres lados que se visitaban por el bosque. Ahora bien; precisamente en la habitación reservada á las miradas curiosas, era donde se oía el piano que tanto intrigaba á nuestra amazona. Esta recorrió inútilmente el circuito que estaba abierto á su investigación; escaló la empalizada y fué á mirar lo que se distinguía desde las ventanas bajas, todas ellas discretamente veladas por graciosos ramajes de helechos disecados en los cristales. Arrimóse cuanto pudo á la muralla, no menos discreta, aunque menos graciosa que las ventanas; se puso á todas las distancias posibles: ¡en vano! Hasta tuvo la idea de subirse á un árbol, pero hubiera sido igualmente inútil: la frágil casita no descubría su secreto ni á los árboles ni á los muros. Y

(1) Véase la pág. 525 del número anterior.

aquella mujer, acostumbrada á satisfacer todos sus deseos, no llevaba con paciencia abandonar aquel sitio en la inviolabilidad que lo había encontrado.

Contrariada y de malhumor subió al caballo, sin hacer caso de la proposición que de nuevo le hacía M. Berton de llamar á la puerta; y sin contestarle siquiera. Como le hubiese cruzado una idea por la mente, rodeó la pequeña empalizada por la parte de la izquierda, y arrimando el caballo cuanto pudo al ángulo formado por la muralla y la pared de la casa, agarrándose diestramente á un tronco de árbol, con la mayor agilidad y valentía se puso de pie en la silla del caballo, y sin desasir sus manos del tronco, alcanzando á sentarse en el ballete de la muralla, inclinó el cuerpo de tal suerte, que pudo mirar por la ventana cercana á la esquina y enterarse á su sabor de lo que dentro de la habitación pasaba.

Un hombre y una mujer estaban allí. El piano ya no sonaba; pero ella seguía sentada en la banqueta; el hombre tenía el brazo derecho enlazado á su cuello y la cabeza muy inclinada, al par de la suya. Los dos miraban atentamente á un pajarito, al parecer enfermo, que tenía ella en la mano; pero la que espiaba no pudo enterarse ni del pajarito ni de la mujer, que estaba completamente vuelta de espaldas. A quien reconoció perfectamente en el hombre que abrazaba, fué á M. de Beauford, porque, con efecto, su figura no era de las que pueden olvidarse ni confundirse con otra.

La inspección no duró sino un instante, ni permitía otras dilaciones lo delicado de la postura. Con la curiosidad no satisfecha, sino muchísimo más excitada, volvió nuestra amazona á encontrarse en posesión de las riendas de su caballo, con la misma facilidad que si acabase de hacer la cosa más sencilla del mundo, y pocos instantes después la emprendía á galope, á desandar lo andado, seguida de su marido, á quien no se había molestado en dar cuenta de lo que acababa de ver, y bien decidida esta vez á dar con la pista de los cazadores.

III

M. de Beauford no asistía á las recepciones de su mujer, pero gustaba mucho de comentarlas; hacíase contar al por menor todos los episodios ocurridos, y no dejaba pasar ninguno sin acabarlo y rematarlo con el cuño y sello de su propio juicio, que no dejaba de ser por todo extremo genial.

La hora de la comida era la única que reunía á la familia, porque el almuerzo lo tomaba M. de Beauford muy ligero en su cuarto, y todas las horas del día, desde que se levantaba, que era invariablemente al amanecer, las pasaba en las diferentes ocupaciones que se había creado. Así, pues, como no abusaba de la sociabilidad, tenía en reserva la suficiente para encontrar gusto en las reuniones que presidía todos los días después de comer.

La chimenea del comedor era tan hospitalaria, tan tentadora, que la familia no abandonaba la extensa pieza, y al levantarse de la mesa cada uno buscaba el puesto que más le convenía, ya en las cómodas butacas, ya en mesitas apropiadas para hacer labor y jugar. M. de Beauford, y Mad. de Lagarde echaban su partida de bezigue después de pasada la primera trabajosa digestión. Rosa solía tocar el piano y aun cantar algún *couplet* ligero de las operetas más en boga en París; esto por complacer á su tío, el cual decía que la música había de ser alegre y solazar el ánimo, porque para cosas serias y difíciles de entender sobraban en la vida.

Antes de verles reunidos y escuchar lo que se dijo acerca de la recepción y de otras muchas cosas la noche del día siguiente al de la fiesta, hemos de poner al lector en conocimiento de ciertas particularidades; conocimiento indispensable para que no le cause extrañeza el lenguaje de algunas de estas personas y las relaciones que entre ellas parecían establecidas.

Mad. de Lagarde conocía á M. de Beauford desde niño;

amiga íntima de su madre, le había visto crecer; de todo tiempo, él la había tuteado, y no obstante de la diferencia de edades, se trataban el uno al otro con gran confianza y bajo el pie de la más perfecta igualdad. A pesar de estas antiguas relaciones de familia y de la especial afición de esta señora para concertar matrimonios, Mad. de Lagarde no había tenido parte ni arte en el de su sobrina con el hijo de su amiga: al contrario, habíase declarado enemiga de semejante alianza, porque pretendía para Amelia, en aquel tiempo hermosísima, mejor proporción que la que ofrecía un hijo de familia sin posición formada ni apariencia de horizontes brillantes en su porvenir.

Pero pudo más la inclinación de las partes contrayentes, y el casamiento se efectuó no sin cierto género de escándalo, como es el de elegir libremente en un país donde la costumbre establece para las jóvenes bien educadas que acepten lo que les den elegido. M. de Beauford tenía figura distinguida y que impresionaba: era sumamente alto y vestía muy bien, pero singularizándose y saliendo de los carriles de la moda. Su cabeza erguida, de movimientos rápidos, su fisonomía expresiva con la nariz encorvada, ojos penetrantes y larguísima barba negra, poseía cierto género de atracción, así como la de las aves de presa. Había sido, pues, cuestión de impresionabilidad la elección de Amelia, y saliérale bien ó mal la cosa, ella no se había quejado nunca á nadie. Duros fueron los primeros años de matrimonio; tenían muy poco dinero y cada uno llevó su parte de carga con energía: ella haciendo prodigios de economía doméstica, él trabajando sin cesar. Pero la fortuna en el orden metálico les recompensó ampliamente sus sacrificios. Cuando heredó á sus padres, mucho antes que la edad de éstos pudiese hacerlo esperar, ya se había asegurado él una posición sólida en la primera Compañía de crédito en París: sus aptitudes de hacendista eran notables, su potencia para el trabajo extraordinaria y su ambición nada escasa. Con estos tres elementos llegó á la meta que se había propuesto y se retiró de los negocios el día que los consideró bastante redondeados para formarse una instalación completamente á su gusto y al abrigo de toda eventualidad.

Por su parte, Mad. de Beauford no se había negado lo que

le correspondía por justicia; nunca se violentó hasta el extremo de amoldarse á los gustos de su marido. Era muy social, parisiense hasta la sustancia vital, y no concebía ni quería aprender otro género de placeres que los que ofrece y proporciona á los inteligentes y conoedores la Madre Villa; esto debe entenderse en el buen sentido, porque Mad. de Beauford había sido siempre muy juiciosa, y por lo tanto muy respetada. En la edad á que habían llegado, viendo aún delante la vejez, pero ya detrás la juventud, guardábanse los esposos la mejor de las consideraciones de la vida: la de respetar cada uno el gusto del otro. Menos afortunados en la cuestión de afectos que en la de millones, habían perdido dos hijos de corta edad, y aunque procuraron evitar la soledad del hogar protegiendo á unos y otros de la familia, en el corazón de la mujer quedó siempre un deseo que ninguno de sus placeres sociales pudo llenar. Su hermano Julio, muchísimo más joven que ella y á quien quería entrañablemente, había hecho el sacrificio de su carrera militar por venir á su lado; era el compañero de todas sus expediciones y su mejor auxiliar. Un secreto deseo de que Rosa llegase á mirar con buenos ojos al excelente joven había impulsado tanto á Amelia como á M. de Beauford á insistir en que Julio pidiese su excedencia y se viniese junto á ellos, porque al fin una gran fortuna adquirida á pulso inspira cierto apego, y aunque por esto no fuese, y sí sólo por humanidad, obliga al que la posee á mirar bien entre qué manos la deja, cuando la fuerza de los hechos le obliguen á abandonarla.

Creemos suficientes estas indicaciones para no hacer descolorida ó poco clara la sucesión de los acontecimientos, y vamos á encontrarnos con nuestros conocidos en el momento amigable de la digestión, en el hermoso comedor de la residencia, más ó menos al amparo del moderado calor de la chimenea; cada uno de la manera más acomodada á su gusto. Madame de Beauford, sentada delante de una mesita pequeña, hacía con agujas gordas una labor de lana, y además tenía á su lado una novela inglesa que estaba traduciendo. Cecilia descansaba en la más discreta de las butacas. Mad. de Lagarde y Monsieur de Beauford discutían; los demás escuchaban, y Mlle. Ser-

val, en un extremo de la mesa del comedor, se ocupaba en llenar, con su correcta letra inglesa, muchos pedacitos de cartulina cortados en forma de ángulo agudo, y que decían todos invariablemente de esta manera: «Licencia á favor de Fulano de Tal para coger leña seca en el bosque de Villepaix. Septiembre de 18... vale por seis meses.»

—Yo encuentro eso ridículo—decía M. de Beauford discutiendo con Mad. de Lagarde.—Que mi mujer se vaya de caza por un lado con los que vienen de París, y que tú recibas en el salón á las visitas; que se marchen éstas después de haberse aburrido de muerte, y que luego se les dé á los cazadores una comida soberbia y se les trate á cuerpo de Rey, llevándoles en coche hasta la estación; francamente, yo, si fuese de los cazadores, lo encontraría muy bueno; pero si me encontrase entre los que se ven obligados á hacerte á tí la visita, no volvería á esta casa.

—Es demasiado fuerte eso de que tú quieras vivir fuera de la sociedad, y al mismo tiempo establecerte en árbitro, juez y heraldo de sus estatutos,—respondió Mad. de Lagarde, haciendo uso de los mismos procedimientos de franqueza con que era tratada.—La recepción de los jueves nada tiene que ver con la partida de caza. Todas estas personas que vienen aquí un día á la semana, reciben otro, y es un simple cambio de visitas. Además, Amelia las convida á comer una vez al año, lo que basta para sostener relaciones de vecindad.

—Perfectamente; pero supongo yo que á Amelia no la recibirán *in partibus*, y además, que no le pasarán por debajo de la nariz los manjares que estén preparados para otros más felices.

—Querido, no reconozco tu competencia para calificar mi representación en este asunto; en cuanto á eso de pasar los manjares por debajo de la nariz, lo encuentro demasiado grosero para imagen, sin contar con que es la *última* inexactitud: no creo que á ninguno de ellos le haya llegado una partícula del tufillo de la cocina, y al contrario, me parece que se darán por satisfechos de haber asistido á la llegada de los cazadores, y á ese momento de tanta animación en que se cuentan las peripecias. Aunque sólo fuese por eso, ya podrían con-

siderar que Amelia les ha hecho un favor invitando á sus amigos de París el mismo día.

—A fe mía, no son difíciles de contentar, si con eso se pagan,—observó el satírico.

—Desengáñate, Armando:—dijo á esta sazón M. Julio.—Sólo por haber visto la entrada de Mad. Berton, y haber oído su descripción pintoresca, cualquiera hubiera afrontado esas decepciones de que hablas, no sin algún fondo de razón.

—Verdaderamente es pasmosa esa mujer—dijo Mad. de Beaufort, dejando sobre la mesa la labor de lana para exponer con más libertad sentimientos que se notaban en ella muy vivos.—Ha venido ayer, como quien dice, de su provincia; sus padres no han nacido en las gradas del Trono, y sin embargo, puede competir en *sprit*, en distinción, en elegancia con la mujer más distinguida y de la mejor sociedad de París.

—El hecho es—afirmó Mad. de Lagarde,—que su gracia, la naturalidad de su buen humor, el arte con que sostuvo la conversación con todos en la mesa, la confirman por mujer discreta y muy por encima de lo mediano.

—Es encantadora—dijo á su vez lleno de fe M. Julio;—yo te aseguro, hermana, que su trato te va á traer más cazadores que todos los faisanes de tus bosques: no hubo uno solo de esos señores que no saliese ayer de aquí, si no embriagado, aturdi-do: era un coro de alabanzas al unísono.

—¡No debe ser poco peligrosa esa señora!—Observó Rosa.

—No hagas caso—dijo su tío;—parece que no conoces á nuestra gente.—Tú observa: en la danza vertiginosa de gentes que cruzan por aquí al cabo del año, los ídolos se suceden unos á otros, pero siempre ha de haber uno: el año pasado no se juraba, sino por la Princesa de Florien; luego tuvo el incienso una temporada Mad. de Lorris, no sé si por ella ó por el renombre de su marido; ahora es la bella vecina, mañana será otra.

—Lo que es esta, querido—insistió M. Julio,—es bocado de gastronómo; ya me darás noticias cuando la conozcas.

—No pienso dártelas, porque tengo el mismo interés por conocerla que por la barba del Rey de Prusia.

—En cambio tú le intrigas á ella de una manera extraordinaria.

—¡Ah!—exclamó el favorecido,—eso me lisonjea.

—De veras no es broma—continuó Amelia.—Al entrar en el comedor miró con una curiosidad muy marcada, y cuando vió que nos íbamos á sentar en la mesa y tú no estabas, me preguntó con una discreción y una especie de timidez, que en ella me hizo muchísima gracia, si el castellano de estos dominios no se dignaba presidir el festín. Yo le contesté riendo que el castellano era un ogro arisco, sólo tratable en la intimidad, y que había que alejarlo en ciertos días para que no asustase á las mujeres tímidas.

—¿Y se las come?—me preguntó con mucha malicia.—Yo le contesté que en todo caso ella no tenía nada que temer, puesto que no pertenecía á la clase... de las tímidas, bien entendido. Pero antes de esto, desde que me encontró en el bosque, ya se había enterado si te gustaba la caza, si formabas parte de la expedición, en una palabra, se ve que tiene ganas de conocerte; hasta en eso se singulariza de las demás personas que aquí vienen.

—Gracias por el cumplido; eso deshace mis remordimientos, porque veo que me pagan en justicia. Y dime: ¿esta Madame Berton, es bonita?

—Arrebatadora—se apresuró á contestar M. Julio.

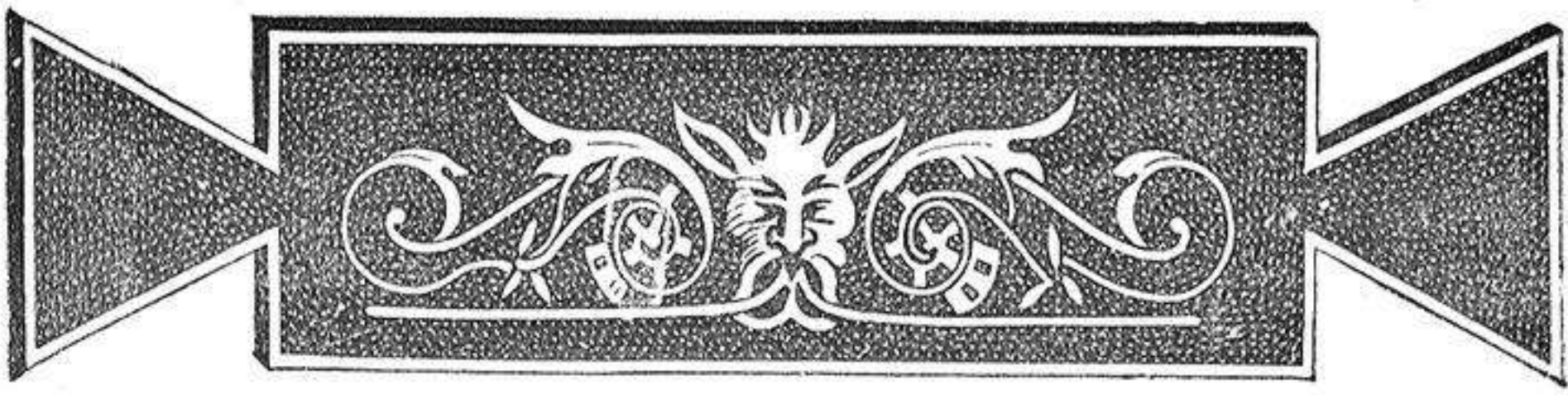
—Si quieres que te diga la verdad—observó Amelia,—no creo que sea una belleza, pero Julio ha dicho la verdad: es arrebatadora; se apodera de uno y le roba la voluntad irremisiblemente, porque su gracia y su atractivo no lo tiene nadie.

—Apuesto cualquiera cosa á que tú lo que quieres es que yo la conozca—dijo M. de Beaufort dejando adivinar alguna curiosidad.

—Me es completamente indiferente: con tal de que yo no me vea privada de su compañía, que me divierte mucho, tú puedes hacer lo que te parezca: no te la impongo—respondió su mujer.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Tregua.—Inevitable porvenir de la política del marasmo. —Necesidad de un cambio.—El General Salamanca, el actual Gabinete y el Senado.—Preparaciones.—Un banquete, una junta, y punto en boca.



REGUA de los confiteros se llama en Francia esta época del año en que el cielo encapotado, las heladas y la nieve convidan al calor del hogar y hacen que momentáneamente siquiera quede relegada la política en segundo término.

No hay realmente lugar á crónica política, y pasamos también aquí por la tregua de los confiteros... La atmósfera bajo cero ha llegado á hacerse sentir en los salones de Conferencias; los Diputados y Senadores duermen sobre sus laureles en las más apartadas provincias, y á pesar de las intenciones que tuvo el Sr. Sagasta de no conceder ningún día de asueto á los padres graves, todo pudo arreglarse á última hora; la costumbre se ha impuesto á los mejores deseos de hacernos felices; la tradición triunfa todavía, y no disfrutaremos ya hasta el 9 de Enero de las luchas parlamentarias que han de acabar con la vida de un Gobierno cuya caída fatalmente se impone, en primer lugar porque lo hace muy mal, y luego porque se nos afirma siempre, y es cierto, que llegan á hacerse insufribles los

Ministros agarrados al turrón durante tres Navidades seguidas.

Todo se gasta aquí, y mucho más esa política monótona que no va ni viene, contentándose con prometer á todos, violentar la máquina del presupuesto para distribuir migajas, esforzarse por egoístas medios á contentar á unos y á otros, mendigar aplausos, cosechar desprendimientos, cabildear mucho, y no hacer finalmente nada.

Así vamos viviendo.

*
* *

Pero el triunfo de esa política soñolienta no puede durar mucho tiempo en un país que se distingue por la viveza de su carácter y la impresionabilidad de sus sentimientos. Las fibras más delicadas, las del interés público, están conmovidas. Digan lo que quieran todos los que viven del lirismo pindárico, el país sufre y pide á voz en grito otros procedimientos y otros derroteros. Un cambio de política, la sustitución del marasmo por la energía, se ha hecho ineludible, y vendrá en la hora menos pensada. ¿Quién lo duda?

Se habla mal de los simples cambios de postura, y, sin embargo, los cambios de postura alivian muchas veces al enfermo.

*
* *

Muy quebrantado queda el Gabinete, después de la discusión del Mensaje en la alta Cámara. Los desaciertos en Ultramar, la inmoralidad administrativa, cierto espíritu de aventuras dibujándose en algunos delicados asuntos internacionales, la crisis agrícola y la industrial desatendidas de una manera inconcebible, la impasibilidad y la idiosincracia erigidas en exclusiva norma de conducta, todo ha demostrado palmariamente que los ideales políticos del fusionismo no pasaron nunca de ser una mera fórmula sólo relativa á la distribución de carteras, Embajadas, Senadurías y otros altos puestos, escasos al fin para el sin número de pretendientes que asedian al Presidente del Consejo y se cansan de buenas palabras.

Mucho se esperaba de la intervención del General Salaman-

ca en las discusiones políticas del Senado. Aun prescindiendo del espíritu batallador que siempre le ha distinguido, tenía cuentas graves que ajustar con el actual Gabinete, desde que un decreto le nombró Capitán General de Cuba y otro decreto le destituyó á los pocos días, interrumpiendo sus preparativos de viaje.

Llegó el día de las esperadas emociones. El General Salamanca, ó mejor dicho, sus indiscretos amigos, casi tenían anunciada aquella fatídica fecha como un plazo fatal en el que había de sucumbir irremisiblemente el Ministerio. Pero sabido es que en política no suele tener nunca decisivo efecto lo previamente combinado y con muchos meses previsto. La sorpresa es la mejor táctica, y sin duda por esta razón han quedado defraudados en parte los cálculos de los adversarios más belicosos.

El ex-Director de Administración Militar demostró que la inmoralidad existe en Cuba de un modo denigrante y vergonzoso, y afirmó que el Gobierno no ha puesto remedio alguno ni puede ponerlo por falta de energía. Aunque nada nuevo ni sorprendente decía, eran los cargos gravísimos y la acusación producía enorme escándalo; pero las diatribas resultaron excesivamente personales y tal vez rencorosas, faltó el encanto de lo imprevisto, el asunto era delicadísimo, aparecía tratado quizás con demasiada desenvoltura, y altas y justas consideraciones de patriotismo hubieron de imponerse.

Sin embargo, la piedra está arrojada, y producirá su efecto, mayormente cuando la disidencia del General fusionista no es sola y vino después de los terribles discursos del Duque de Tetuán y otros síntomas de descomposición que ya anuncian repetidas excomuniones y serios anatemas. La tarea de las verdaderas oposiciones casi pareció reducida en el Senado á presenciar una escarnizada riña de compadres y amigos. No cabía táctica más cómoda, más facil y conveniente.

En el Congreso, ya será otra cosa, y en los debates de la Cámara popular aparecerá delineada la próxima crisis que prevemos inevitable, muy á pesar de todas las habilidades del acomodaticio jefe del fusionismo.

*
* *

La calma política que consigo traen las actuales festividades del año se acorta por momentos, aunque sea muy agradable para un Ministerio que tan amigo se decía de discutir sin tregua.

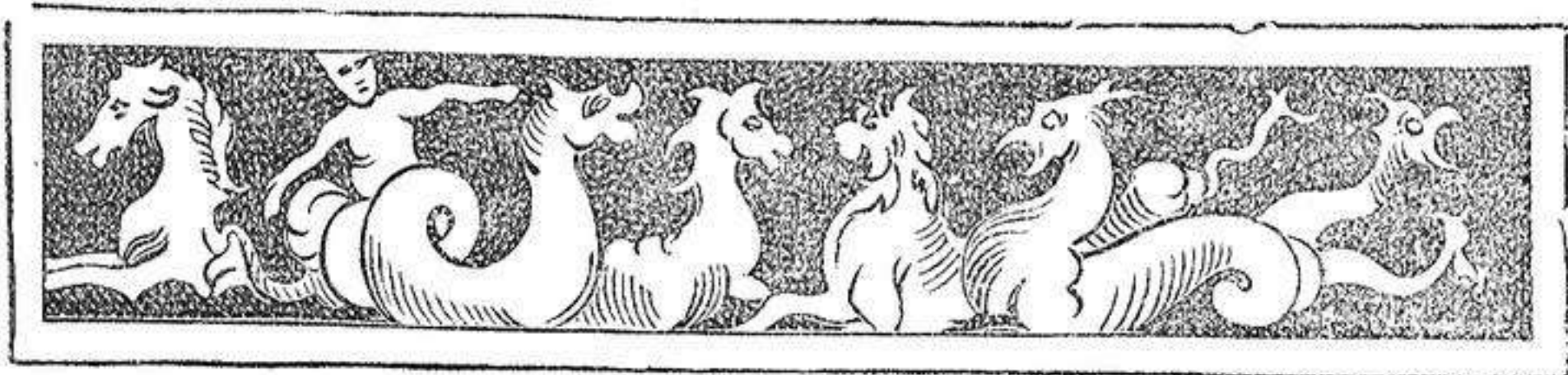
Sólo hemos tenido durante ese interregno parlamentario un banquete semi-político dado por el Sr. López Domínguez á sus correligionarios predilectos, la noche del 24 al 25, banquete en el cual parece se habló largamente de planes en estudio y de esperanzas futuras. No nos extraña. El partido reformista es todavía muy joven, y es natural que el movimiento, la impaciencia y el bullicio sean los distintivos de su carácter, lógicamente dado á emociones.

También el Círculo liberal-conservador ha celebrado el día 27 junta general de asociados para aprobación de presupuestos y renovación de Junta directiva. Con este motivo, y antes de levantar la sesión, el Presidente del Círculo, señor Cánovas del Castillo, pronunció muy lacónicas frases para manifestar que, apenas terminados los debates en el Senado—donde los individuos del partido que en ellos tomaron parte, han dejado brillantemente expuesta la doctrina liberal-conservadora, aunque no era necesario, por sabida—y próxima la reapertura del Congreso de los Diputados, donde se sostendrán con igual vigor los mismos principios, no creía ser ocasión oportuna para hablar de política.

Se limitó, pues, el Sr. Cánovas á afirmar á sus consocios que el partido liberal-conservador emprenderá en el Congreso una campaña enérgica y decidida en favor de los intereses públicos, y combatirá denonadamente todo lo que considere dañoso á los mismos.

Esto es por el momento lo más importante.

A.



REVISTA EXTRANJERA

Confusión de las noticias circuladas por las agencias telegráficas.—Especulaciones sobre el pesimismo.—La paz armada es un hecho de necesidad.—Francia y las dificultades con que lucha.



LEGRAMAS en sentido afirmativo se han sucedido diariamente á nuevos telegramas en sentido negativo, desmintiéndose á cada paso unas á otras las Agencias, como si se tratase de un verdadero juego de despropósitos, y dejándonos siempre en la duda de si las grandes Potencias están decididas por la paz, ó se disponen por el contrario á la guerra.

Fácil es acertar desde luego, á la vista de tantas y tan repetidas contradicciones, que la alarma sólo tiene por objeto influir en ciertas jugadas de Bolsa, cuando la noticia no es producto de alguna imaginación enfermiza ó deseosa de conflictos sangrientos que sólo pueden existir por ahora en las columnas de periódicos amigos de violentas sensaciones.

La paz es un interés común que muchas circunstancias especiales imponen á todos. Rusia y Alemania, Italia y Austria la necesitan; Francia é Inglaterra no tienen hoy influencia bastante para hacer quebrantar los propósitos sesudos y firmes de la conveniencia ajena.

Nunca hemos creído en una próxima guerra en el Norte, y sí nos parece que las Agencias telegráficas procuran abultar

hechos secundarios, bajo la inspiración de eternos enconos, ó más que todo, de especulaciones no muy dignas.

No quiere esto decir, que no haya complicaciones diplomáticas; pero no son tan graves que no puedan pacíficamente resolverse.

*
* *

El período de Navidad á Año Nuevo ha traído cierta calma en las impresiones del pesimismo, y la reflexión parece haber tranquilizado ya los espíritus en cierta medida.

Tendremos por ahora paz, aunque una paz necesariamente armada.

Un periódico ruso, órgano del Ministerio de la Guerra, del Gabinete de San Petersburgo, haciéndose cargo de ciertos artículos alarmantes, publicados por la prensa austriaca, con motivo de haberse enviado algunos regimientos de caballería rusa á la circunscripción militar de Varsovia, prueba de una manera concluyente que Rusia, lo mismo que los Imperios vecinos, no se dispone ahora á atacar, sino que se prepara, como es natural, á defenderse. Es claro que estas declaraciones no autorizan tampoco un optimismo exagerado.

Desde 1878, se nos dice, Alemania ha aumentado su ejército efectivo de paz en 65 batallones y 384 piezas de artillería; ha construído al Este 4.850 kilómetros de vía férrea, y ha creado plazas fuertes de primera clase, con campo atrinchera-do en Thorn, Posen, Dantzig y Kœnigsberg, habiendo además manifestado su intención de crear otra en Graudenz.

Austria procede exactamente de la misma manera. Ha añadido nueve divisiones de infantería á las 23 con que antes contaba, y tiene además, en caso de movilización, 14 divisiones de *landwehr* ó *honveds*. Las tropas de Galitzia se aumentaron el año último en 18 escuadrones y 13 baterías completas, y en la parte de Austria-Hungría, que pudiera ser teatro de una guerra entre austriacos y rusos, se han construído desde 1878 vías férreas en una longitud de 4.500 kilómetros, con cuatro empalmes que conducen á la frontera rusa. En Lemberg, Przemysl, Faroslaw, Dombitza, Riaschew y

otros puntos, se han construído acuartelamientos provisionales para las tropas austriacas, estableciéndose también allí mismo grandes almacenes de víveres. Las plazas fuertes de Przemysl y Cracovia se han transformado en campos atrincherados, habiéndose acumulado en esta última ciudad un considerable número de vagones, construídos de manera que puedan utilizarse en las líneas rusas.

En tal estado, es justo que Rusia haga también sus preparativos para eventualidades futuras que no pueden hoy preverse. Todas las grandes Potencias perfeccionan instintivamente sus armamentos defensivos y ofensivos; se ve ciertamente algo en lontananza; se repite el axioma militar *si vis pacem para bellum*; pero no existen verdaderas amenazas de actualidad, y todos los Gobiernos no pueden menos de convenir en que la guerra europea sería hoy una de las calamidades más espantosas.

La presencia de algunos regimientos de caballería en la región del Vístula, fué el primitivo pretexto que se tomó para atribuir á Rusia designios belicosos, cuando realmente no hace hasta ahora más que ejercer el derecho incontestable que tiene de atender á su defensa, tomando todas las medidas oportunas y necesarias para el mantenimiento de la integridad de su territorio.

La negrura de ciertos puntos, que realmente aparecen á intervalos en el horizonte político y en las cuestiones internacionales, suele exagerarse de continuo por la torcida diplomacia de los que siempre han esperado y aun esperan sacar egoístas ventajas de los grandes cataclismos.

En esta consideración estriba principalmente nuestra mayor confianza.

*
* *

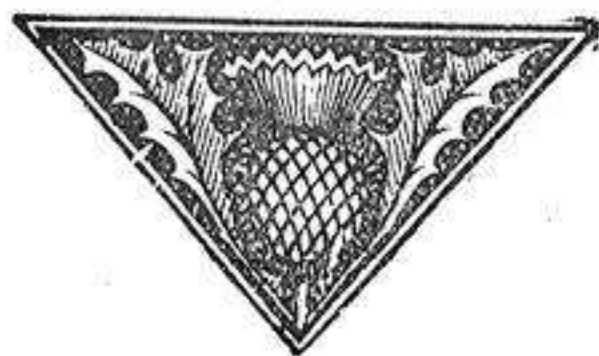
El espectro de la disolución de la Cámara ahonda en Francia las rivalidades existentes entre las múltiples fracciones republicanas, rivalidades que han hecho y harán efímero todo Gabinete, aunque esté formado con elementos tan heterogéneos como el actual. Mientras los oportunistas

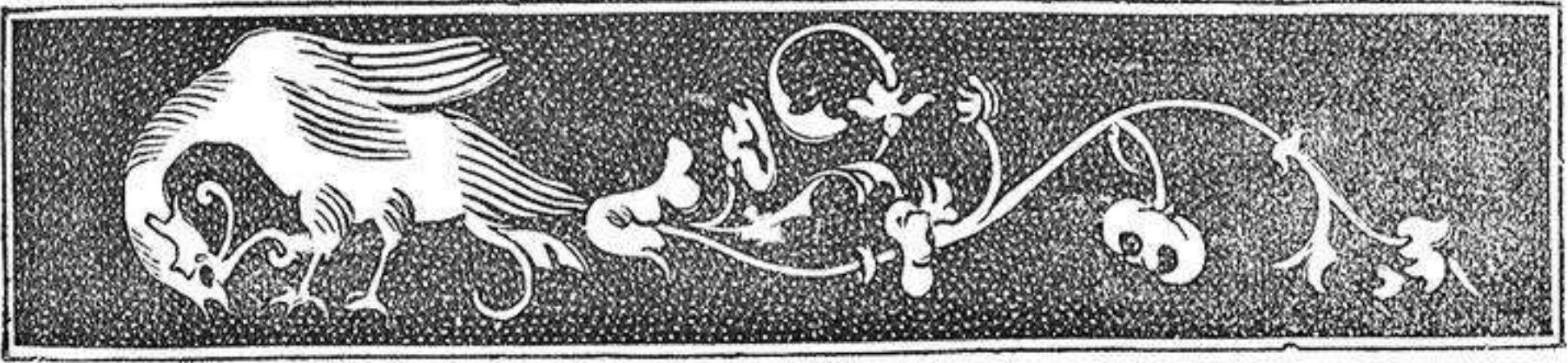
predican la necesidad de una conciliación republicana y abogan por la disolución de la Cámara de Diputados, los radicales se oponen resueltamente á ella, insistiendo en la necesidad de que se forme un Ministerio con hombres de la extrema izquierda. ¿A quién dará la razón el nuevo Presidente de la República, Sr. Carnot? Casi parece seguro un nuevo triunfo de la política de Ferry, que—dicho entre paréntesis y con las salvedades debidas—se presenta ahora con criterio más firme y mayor instinto de conservación propia.

Veremos el 5 de Enero en qué forma queda renovada la tercera parte de la Cámara de los Senadores.

Y suspendamos, entre tanto, todo juicio acerca de esta nueva faz que presenta la política en Francia, bajo la Presidencia nacida del famoso proceso Wilson y de las dolorosas y crueles angustias que han amargado los últimos días del anciano M. Grévy.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

L'Académie des Sciences, par ERNEST MAINDRON.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1888. En 4.º, 344 páginas.*

Esta interesante obra, que acaba de publicar el acreditadísimo editor de París, M. Félix Alcan, se divide en las tres secciones siguientes: *Historia de la Academia de Ciencias.—Fundación del Instituto nacional.—Bonaparte, miembro del Instituto.* Valiéndose el autor de esta división, presenta bajo forma muy agradable la historia completa de la más importante de las instituciones científicas de Francia.

En este libro aparecen por primera vez preciosos documentos referentes á los primeros años de la Academia, relaciones que se establecieron en el siglo XVIII entre la misma y la de Inscripciones y Medallas, concesión de pensiones reales á los Académicos y colecciones formadas por la docta

Corporación, que á principios del siglo actual sirvieron de base para establecer el Conservatorio de Artes y Oficios, etc., etc.

Mucho puede aprovechar la lectura de todos los documentos relativos á la fundación del Instituto de Ciencias y Artes. En ellos se descubren señales claras del ardiente patriotismo que animaba á los hombres de fines del siglo pasado.

Termina la concienzuda obra de M. Maindrón con un estudio detenido acerca de Bonaparte, miembro de la Academia. Es uno de los aspectos más curiosos de la vida de Napoleón, que había pasado hasta ahora inadvertido.

La edición está hecha con extraordinario lujo; contiene 8 láminas, 53 grabados, los retratos de los Secretarios perpetuos que ha tenido la Academia de Ciencias desde su fun-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

dación y autógrafos reproducidos cuidadosamente de los originales. Hállanse entre éstos la carta que dirigió Bonaparte á la Academia dando gracias por su elección, y el acta de la primera sesión que se celebró con asistencia del célebre Cónsul. Únense, pues, al singular mérito del texto, la belleza y primor del libro, el cual honra al editor M. Alcan, á quien, como á M. Maindron, damos la enhorabuena.

*
* *

Publicaciones de Daniel Cortezo y Compañía.—*Barcelona, calle de Pallars (Salón de San Juan), 1887.*

Acaba de repartir esta importante casa editorial el tomo segundo de *La Madre Naturaleza* (segunda parte de *Los Pazos de Ulloa*), por Emilia Pardo Bazán; pertenece á la biblioteca de «Novelistas Españoles Contemporáneos,» y forma un precioso volumen en 8.º de 268 páginas. La insigne coruñesa luce en este libro por modo admirable todas sus condiciones eminentes. ¡Qué estudio tan acabado de los caracteres! ¡Qué sencillez y naturalidad en la trama! ¡Qué exactitud y hermosura en las descripciones del país gallego, realizadas por un estilo fácil, elegante y fluído!... Imposible tomar en la mano *La Madre Naturaleza* sin que abstrayéndose de cuanto nos rodea, dejando aparte ocupaciones y cuidados, devoremos con singularísima delectación y creciente interés, las páginas todas del libro.

No referiremos el argumento de la novela, porque nos parece algo así como desflorarla. Que todo el que guste de la literatura amena, de la observación perspicaz y de los encan-

tos del estilo, lea la última obra de la ilustre hija de Galicia, que con sus talentos extraordinarios honra á su sexo y á España entera.

La misma casa editorial ha distribuído los cuadernos 45 á 48 de *Las Grandes Capitales*, cuajados de artísticos dibujos, y los cuadernos 164 y 165 de la monumental obra *España*, referentes á la historia de Extremadura, magistralmente escrita por D. Nicolás Díaz y Pérez, y en los cuales, como en todos los anteriores, abundan grabados primorosos y excelentes viñetas.

*
* *

Sui rimboschimenti eseguiti in Francia, rapporto del direttore dell'Istituto forestale di Vallombrosa COMM. F. PICCIOLI.—*Firenze, 1887.*—*En 4.º mayor, 137 páginas.*

Ya no desconoce nadie la necesidad de cubrir de arbolado las cimas de las altas cordilleras, particularmente en los sitios en que se producen torrentes é inundaciones. Que en nuestro país se ha creído así, lo demuestra la ley de 11 de Julio de 1877, promulgada con aplauso, cuando fué Ministro de Fomento el Conde de Toreno y Director general de Agricultura D. José de Cárdenas. Pero á pesar de la ley, se destina una pequeñísima cantidad á los trabajos de repoblación, los cuales no se han extendido más que á algunos millares de hectáreas. Lo contrario ocurre en Francia donde cada día aumenta la importancia de las repoblaciones, á las que se dedica anualmente más de un millón de francos. Italia, que progresa con paso firme, procura imitar á su vecina, y con este objeto comisionó al ilustre ingeniero Sr. Piccioli, hombre de vasto saber y clarísimo talento, para

que examinase detenidamente los repetidos trabajos.

Fruto de esta excursión es la excelente Memoria que motiva estas líneas, en la cual su autor trata de todos los puntos que se relacionan con su cometido. Está dividida en tres partes: en la primera estudia los principios legales y económicos y la organización del servicio de repoblaciones; en la segunda, los principios técnicos relativos á la corrección de los torrentes y repoblaciones; y en la tercera y última, describe los trabajos que se han efectuado en el departamento de los Bajos Alpes y en algunas comarcas de los Altos Alpes. Ilustran la obra cinco primorosos fotograbados.

La índole de esta REVISTA no nos permite, con harto dolor nuestro, ni aun dar breve idea de las materias que expone y de los atinados juicios y observaciones que hace el docto Director de la Escuela de Montes de Italia. Pero no hemos de terminar esta nota sin llamar la atención de los Ingenieros de montes españoles acerca de la Memoria del Sr. Piccioli (porque en la lectura de ella encontrarán datos muy interesantes y hallarán nuevos bríos para pedir á los Poderes públicos que se acometan en gran escala los trabajos de repoblación) y sin dirigir nuestros plácemes al sabio ingeniero Sr. Piccioli y al Ministro que le encomendó una tarea que tan brillantemente ha realizado.

*
*
*

La vida en el celeste Imperio,
por EDUARDO TODA.—*Ilustraciones de*
JOSÉ RIUDAVETS.—*Madrid, «El Pro-*
greso Editorial», 1887. En 4.º, 342 pá-
ginas. Precio: 4 pesetas.

Magníficamente impreso en papel satinado y con una artística cubierta y excelentes dibujos de Riudavets, se presenta el libro de D. Eduardo Toda. Este, que tantos aplausos cosechó con sus conferencias acerca del Egipto en el seno de la Sociedad Geográfica de Madrid, da ahora testimonio evidente de sus cualidades de hábil observador y de escritor correcto y elegante, al describir la manera de ser del Imperio chino.

Las condiciones naturales de China, población y razas en que se divide; las costumbres, para nosotros extrañas, de aquellos habitantes, que en la comida, por ejemplo, desprecian el faisán y se regalan con perros y gatos asados y hormigas blancas fritas. los principales objetos de uso doméstico, y la afición á fumar tabaco en hombres, mujeres y niños; el modo de hacer visitas; la disposición especial de las ciudades, vigilancia, limpieza, alumbrado y otros servicios; las tiendas chinas, los teatros, las fiestas populares, las plagas y miserias sociales, los vicios del opio y del juego, el robo, la condición de la mujer, las supersticiones, religión, manera como está constituida la familia, leyendas patriarcales, sistemas de locomoción, colonias extranjeras, producción del té, misiones católicas en China, en suma, cuanto detalle ofrece algún interés lo reseña el Sr. Toda con exactitud que encanta y amenidad que deleita.

Creemos, en definitiva, que á todos ha de ocurrir lo que á nosotros, que no supimos dejar el libro de la mano hasta leer la última de las 342 páginas que contiene.

*
*
*

Juana de Mercoeur, por PEDRO SALES.—Traducción de D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.—*Ilustraciones de Carcedo y La Cerda*.—Madrid, «El Progreso Editorial», 1887. En 4.º, 342 páginas. Precio: 250 pesetas.

Convencido el Sr. López Falcón, Director del *Progreso Editorial*, de que la novela es recreo que apetecen hoy todas las personas cultas, se propone dar á conocer en idioma castellano las novelas más notables que se publiquen en el extranjero y también algunas de nuestros escritores más famosos. Para ello ha cuidado de adquirir la propiedad de traducción de algunos libros compuestos por Farina, Pierre Sales, Racot, Paul Bourget, Rovetta y otros. Después de *El Conde de Morat*, por Edmon Tarbé, con que comenzó la serie, da ahora á conocer la interesante obra de Sales, *Juana de Mercoeur*, esmeradamente traducida por el Sr. Bermejo. Pinta en ella el autor con gran verdad de colorido y mucho ingenio el modo de ser actual de una parte de la sociedad parisiense.

*
* *

Idilis y Baladas, por MANUEL RIBOT Y SERRA.—Barcelona, 1887.—En 8.º, 107 páginas. Precio, una peseta.

El Sr. Ribot, autor de varios trabajos muy apreciables, ha reunido en un tomo algunas de sus excelentes poesías, llenas de sentimiento é inspiración. Quince son las que forman este hermoso libro.

*
* *

Almanaque del Empleado para

el año de 1888.—Madrid, imprenta de Moreno y Rojas.—En 8.º, 196 páginas. Precio, una peseta.

Perfectamente impreso y con multitud de noticias útiles, se publica por vigésima vez este *Almanaque* bajo la acertada dirección del distinguido Jurisconsulto Sr. Estirado. Los unánimes elogios de la prensa y la aceptación del público, demuestran su especial mérito. Las condiciones tipográficas son excelentes.

*
* *

El Pontificado, por D. JOSÉ MARÍN ORDÓÑEZ.—Madrid, 1887.—En 4.º, dos tomos de 412 y 430 páginas. Precio, 6 pesetas.

Con motivo del jubileo sacerdotal del Pontífice León XIII, ha publicado el distinguido Jurisconsulto don José Marín Ordóñez, bajo el título con que encabezamos estas líneas una excelente historia del Pontificado, que con razón ha de ocupar lugar preferente entre los estudios del mismo género españoles y extranjeros.

Abraza el libro de que nos ocupamos toda la vida del catolicismo, desde los primeros Obispos de Roma hasta el predecesor de León XIII, Pío IX, y en él se tratan con gran lucidez, con innumerables citas de autores católicos y protestantes y con incomparable erudición, todos los accidentes y demás sucesos notables ocurridos hasta el día, ya en lo que se refiere á la marcha de la Iglesia, ya en las relaciones del Pontificado con todos los países y Monarcas que los han regido.

El Sr. Marín Ordóñez es, antes que político, católico ferviente, y como tal combate la agregación de Roma al reino de Italia. Su trabajo es nota.

ble y se halla inspirado en un espíritu altamente religioso.

La obra está primorosamente impresa en la tipografía de Rivadeneyra.

*
* *

La Premeditazione, por el DOCTOR BERNARDINO ALIMENA.—*Torino, 1887.*—En 4.º, 286 páginas. Precio, 8 pesetas.

En este libro, que ocupa el número 44 en la Nueva Colección de Obras jurídicas, estudia su ilustrado autor las relaciones que existen entre la premeditación y la psicología, el derecho y la legislación comparada. Á este fin establece algunos principios tales como el derecho á la vida, el hombre primitivo y el salvaje, y hace, en suma, fructuosa excursión por los campos de la historia y de la literatura. En la parte primera expone los datos de la premeditación (teorías dominantes y legislación comparada); habla en la segunda de las inducciones á la premeditación (psicología, análisis, síntesis, enfermedades del entendimiento y legislación comparada); y en la tercera y última, trata de los límites de la premeditación (relaciones entre la voluntad y el suceso, error, complicidad, la premeditación relacionada con los Códigos).

La gran erudición y clarísimo entendimiento del ilustre Jurisconsulto Sr. Alimena, brillan en esta importante obra que consultarán con provecho las personas que se dedican á la magistratura y á la abogacía.

*
* *

Discursos leídos en la Real Academia de Medicina para la recepción pública, de D. SANTIAGO DE LA VI-

LLA Y MARTÍN.—*Madrid, 1887.* En 4.º, 55 páginas.

El inteligente catedrático Sr. Villa desarrolla de un modo magistral en su discurso el tema siguiente. «Resumen acerca de la sangre en general, considerada en su estado fisiológico y en sus relaciones con la higiene y con la medicina forense.» El Doctor D. Manuel Iglesias y Díaz, pone de manifiesto en su breve discurso de contestación los brillantes méritos y trabajos del novel Académico, á quien, como á la Academia de Medicina, damos la enhorabuena más cordial.

R. A.

*
* *

Diccionario del Mueblaje y de la Decoración, por ENRIQUE HARVARD.—*Tomo 1.º, casa Quantin, París.*

Esta obra que constará de 4 tomos, es una de las más hermosas, tipográficamente, que han salido de las prensas francesas en lo que va de siglo. Todo se reúne para hacer acabada y perfecta esta hermosura. El papel, de grandes márgenes, de rare nitidez, la elegancia de los caracteres expresamente fundidos para esta edición, la corrección del texto, los magníficos grabados en negro y las acuarelas ó láminas á dos tintas y en colores, que pasan de 3.000, todo hace al libro digno de la biblioteca del aficionado más exigente. Los elogios de la prensa francesa, nos parecen justos, como justos son también los otorgados al autor por el monumento que ha levantado al arte del mueblaje. Este arte, esencialmente francés, pues todos los pueblos cultos acuden á Francia en busca de sus muebles, no tenía un como código de la belleza, y

se lo ha regalado M. Havard. Diez años de preparación ha costado al reputado escritor el reunir los materiales para su libro, y no extraña cuando se calcula que pasan de ciento cincuenta mil los volúmenes ó documentos que ha manejado y extractado. Pero no es todo coleccionar elementos, hay que saber emplearlos, y aquí están usados con mano maestra. Suele creer el vulgo que un Diccionario, sea cual fuere, es como el de lenguas, que sólo sirve para ilustrar en los casos de duda. No así con este. Cada artículo es un todo completo que se puede leer con gusto y solaz igual al

que procura la lectura de un capítulo de buena literatura, pues la historia del mueblaje es la de las sociedades, y cuida el autor de trazar los usos y costumbres que dieron nacimiento á los muebles, utensilios ó enseres en que se ocupa. Los cuatro tomos de esta obra se publicarán sucesivamente con ligeros intervalos, y prometemos dar más cabal idea de ella cuando termine. Con lo dicho basta para que los amigos de buenos libros sepan á qué atenerse y se procuren esta notabilísima edición.

L. G-R.



ÍNDICE DEL TOMO LXVIII

Páginas

15 DE OCTUBRE DE 1887

La Exposición Universal de Barcelona.....	5
Presas marítimas (conclusión), por D. Isidro Pérez y Oliva.....	10
La noción de cuerpo simple en la química moderna, por D. José Rodríguez Mourelo.....	21
Las plagas de insectos en la provincia de Salamanca, por D. A. García Maceira.....	42
Dos poesías inglesas, por D. R. Alvarez Sereix.....	48
¿Quién es autor de comedias?, por D. Palmerín de Oliva.....	52
Las artes y las letras en Filipinas, por D. Manuel Lorenzo D' Ayot...	60
Camino de Trapisonda, por D. Ramiro Blanco.....	89
Revista de teatros, por Ramiro.....	97
Crónica política, por A.....	104
Boletín bibliográfico.....	108

30 DE OCTUBRE DE 1887

Desarrollo de la conciencia moral, por D. Mariano Amador.....	113
El dragón heráldico de Madrid, por D. Carlos Cambroner.....	140
Vida de León XIII, por X.....	150
La noción de cuerpo simple en la química moderna (continuación), por D. José Rodríguez Mourelo.....	160
A Elisa, por D. Vicente de Arana.....	182
Camino de Trapisonda (continuación), por D. Ramiro Blanco.....	185
Revista de teatros, por Ramiro.....	194
Crónica política, por A.....	200
Revista extranjera, por S.....	214
Boletín bibliográfico.....	217

15 DE NOVIEMBRE DE 1887

La inmigración china en Filipinas, por D. Ramón Jordana.....	225
Brihuega y su fuero (continuación), por D. Juan Catalina García.....	242
Origen y destinos del arte, por D. Carlos Soler Arqués.....	256
El Dies Irae, por D. Víctor Suárez Capalleja.....	275
Presas marítimas (prólogo), por D. Mariano Torres Campos.....	281
Cartas de París, por D. Leopoldo García-Ramón.....	287
Camino de Trapisonda (conclusión), por D. Ramiro Blanco.....	293
Lucha por las nacionalidades, por D. Carlos Soler Arqués.....	299
Revista de teatros, por Ramiro.....	315
Crónica política, por A.....	323
Revista extranjera, por S.....	327
Boletín bibliográfico.....	331

30 DE NOVIEMBRE DE 1887

Información agrícola, por D. Eduardo Abela.....	337
Socialismo (continuación), por D. Cristóbal Botella.....	359
Miscelánea, por D. Rafael Alvarez Sereix.....	377
In aureis nuptiis SS. P. N. Leonis XIII (Sacrum epitalamium), por R. del B. V.....	386
En las bodas de oro de Nuestro Santísimo Padre León XIII (Epitalamio sagrado), por D. V. S. C.....	387
Las tres edades, por D. Elíseo Guardiola Valero.....	398
La inmigración china en Filipinas (continuación), por D. Ramón Jordana.....	405
La mano izquierda (novela), por Doña Eulalia de Lians.....	413
Revista de teatros, por Ramiro.....	423
Crónica política, por A.....	431
Revista extranjera, por S.....	437
Boletín bibliográfico.....	442

15 DE DICIEMBRE DE 1887

Cervantes y su influencia en la marcha de la inteligencia humana, por Jules Lermina.....	449
Información agrícola (conclusión), por D. Eduardo Abela.....	461
Baza, II, por D. Nicolás Acero y Abad.....	489
Dos cartas referentes á la Historia de la literatura militar española, por D. Luis Vidart y D. Eugenio de la Iglesia.....	497
La inmigración china en Filipinas (continuación), por D. Ramón Jordana.....	514
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.....	525
Revista de teatros, por Ramiro.....	537
Crónica política, por A.....	545
Revista extranjera, por S.....	551
Boletín bibliográfico.....	555

30 DE DICIEMBRE DE 1887

En el Escorial, por Doña Emilia Pardo Bazán.....	561
D. Manuel Iradier Buflý y su obra como explorador en el Africa tropical española, por D. M. Rodríguez-Ferrer.....	566
¡Gabón! La Nochebuena vascongada, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	591
Navarra. Impresiones de un viajero, por D. Enrique Serrano Fatigati.....	601
Ad Regalem Academiam Hispaniensem, por X.....	625
A la Real Academia Española, por X.....	626
La inmigración china en Filipinas, por D. Ramón Jordana.....	634
Revista de teatros, por Ramiro.....	641
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.....	649
Crónica política, por S.....	657
Revista extranjera, por A.....	661
Boletín bibliográfico.....	665